

50

OBRA GANADORA DEL CONCURSO DEL LIBRO SONIORENSE
GÉNERO NOVELA 2003



EL SEÑOR DE LAS ROSAS

César Hernández Espinoza





César Hernández Espinoza (1953)

Nació en Puerto Peñasco, Sonora, México. A los dos años de edad emigró a la ciudad de San Luis Río Colorado donde cursó sus estudios primarios y secundarios. Después se inscribió en la Universidad de San Diego, California, donde realizó la Licenciatura en Literatura Hispanoamericana. Regresó a S.L.R.C. donde trabaja como docente en varias preparatorias. El autor ha incursionado en todos los géneros literarios, poesía, cuento, ensayo y novela. *El libro del poder* (ensayo en superación personal), *El mundo de allá* (poemario), *Canción azul* (poemario), *El espejo de Merlín y otros cuentos*.

El Señor de las Rosas

César Hernández Espinoza

Historia, personajes y ciertos lugares como la preparatoria Unisombra y Bellísima Sonora, son creaciones del autor. Pura ficción.



Instituto Sonorense de Cultura

2004

El Señor de las Rosas

César Hernández Espinoza

Primera Edición 2004

Concurso del Libro Sonorense 2003

Novela

® Derechos Reservados

Instituto Sonorense de Cultura

Ave. Obregón No. 58, Col. Centro

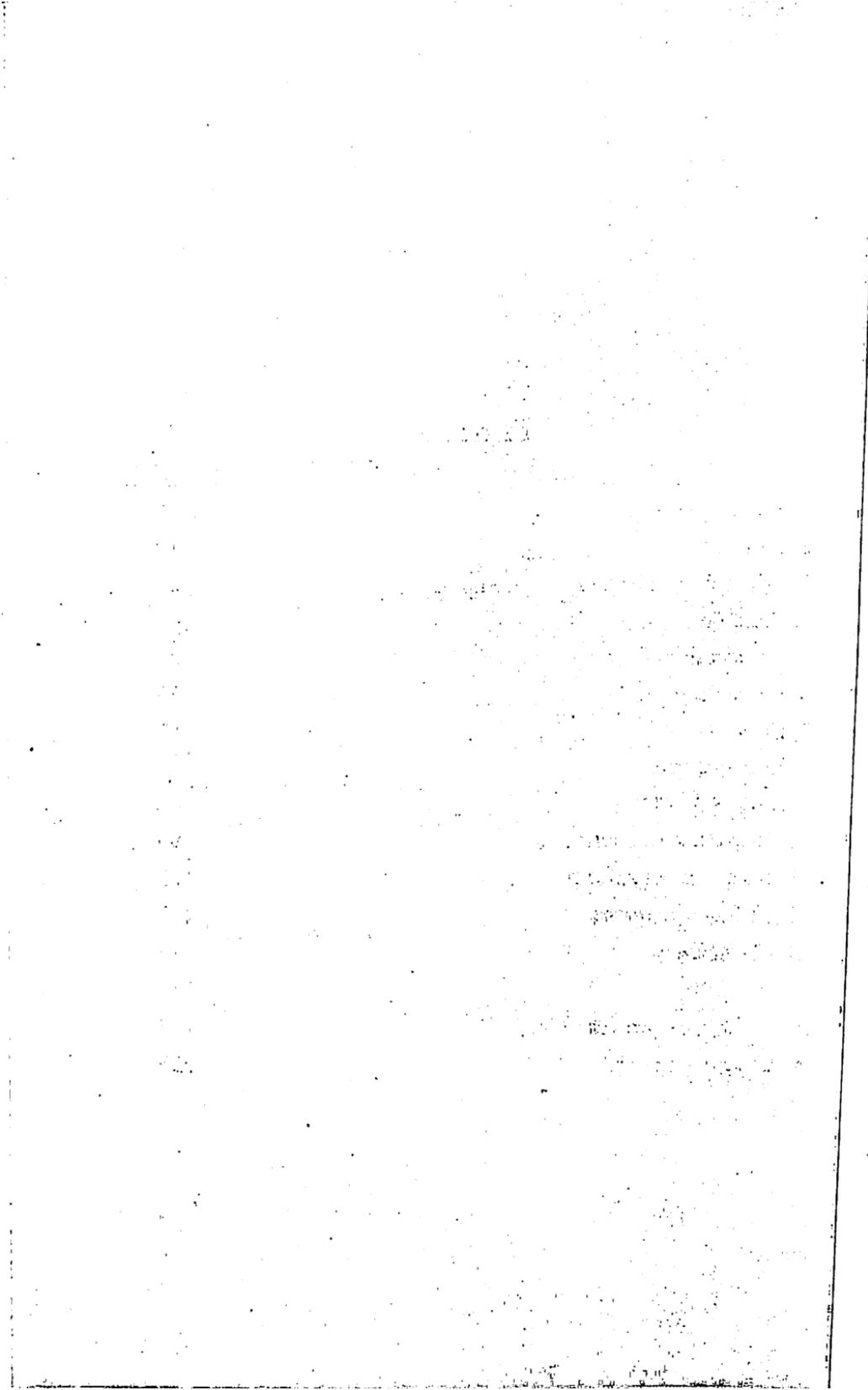
Hermosillo, Sonora.

ISBN: 968-5755-03-5

Diseño de portada: Ana Ivette Valenzuela

Índice

1. La búsqueda	5
2. La guerra	19
3. Principios de locura	25
4. Traición	41
5. La promesa	45
6. La visita	55
7. El pacto	67
8. El encuentro	75
9. Boda y Mortaja	83
10. El clamor del hermano	93
11. Sangre en el Zócalo	103
12. El Señor Ministro	107
13. El encierro	111
14. El escape	119
15. Epidemias y otras plagas	125
16. La convocatoria	135



Hay dos formas de conseguir la felicidad;
una, haciéndose el loco; otra, serlo.

Jardiel Poncela.

1

La búsqueda

1928. Cajeme, Sonora.

Le decían el hombre de hierro; ese era Don Esteban Blanco, hombre alto, musculoso pero demacrado por las pedradas de injusticia que le llovían en el alma. Por más que quiso disimular las bolsas que tenía en los ojos por el insomnio, no pudo tener éxito. Pero a pesar de todo, estaba decidido a conseguir su objetivo. *Aunque tenga que vender mi alma al diablo*, pensó; y apoyándose en el bastón caminó levantando el polvo de la terracería.

Más allá del camino con rumbo al cerro, se divisaban los saguaros, chollas y cinitas. Los gritos y ladridos se le metieron en sus preocupaciones mientras marchaba hacia el fondo, donde se percibía una luz azulada en una casa de adobe.

Un perro del color de la misma noche se confundió con las sombras para hacerle cola a Don Esteban. Le ladró igual que los pesares ladran con el fin de molestar las pocas ganancias y alegrías que le llegan a uno en esos momentos tan extraños. Le gruñó durante la mitad de la calle y cuando notó que nadie miraba, le devolvió la agresión con su bastón. La furia de Don Esteban se salió por la base del acero sólido que pegó varias veces en el cráneo del animal hasta arrancarle su

último quejido. El “chucho” quedó inmóvil. El marchante caminó cincuenta metros más y vio a un grupo de niños famélicos empujar una caja con construcción de ruedas caseras. La luna, oculta entre las humaredas de la noche, jugueteaba con la locura de los enamorados. El calor y la humedad eran terribles. Don Esteban sacó un pañuelo doblado en cuatro partes para secar el sudor que le escurría del cuello. Estaba nervioso. Era el segundo año de la cristeada. Pero parte de su intranquilidad

no procedía de las guerras de cruz y espada, sino de la enemistad que se avecinaba; de la posible discordia causada por un solo hombre: Don Filemón Pardo. Para evitar hostilidades había que compartir el agua, satisfacer las necesidades de tierras y animales de aquel vecino. Sí, Don Filemón le estaba robando agua a Don Esteban. Sabía este último que de momento era inconveniente hacerle un reclamo al gordo Filemón, hombre de carácter recio y duro, pues eso provocaría la verdadera guerra entre ellos.

Sin embargo, otro pesar era lo que más le atosigaba el alma. Se detuvo frente a la casa de adobe y tocó a la puerta como lo haría un rey. Vistiendo una toga hasta donde le llegaban las sandalias, un hombre de baja estatura, barba y bigote, abrió; con ojos de lechuza observó al visitante como queriendo adivinarle la mirada.

— Pase, lo estaba esperando, Don Esteban.

Don Esteban, de semblante fino e indumentaria elegante, se extrañó al escuchar su nombre, pero algo más lo desconcertó. Hizo un gesto y se tapó la nariz. Un olor a huevos podridos emanó de la cocina, y pensó que si el infierno existiese, así mismo apestaría.

En una esquina del piso de tierra, pegada a la pared, estaba una mesa. Esta tenía libros abiertos como ojos y bocas que miran y hablan de secretos prohibidos, de marcas de lápiz sobre algunas páginas, de renglones con sabor a misterios amarillos. Varios muñecos de trapo cocidos con hilo que colgaban por el techo, bailotearon por el viento que entró por una ventana. Una estampa dibujada de un santo desconocido sostuvo una calavera con una mano, y con la otra apuntó hacia un caldero de agua hirviendo. El hombre figuró que en esa tremenda olla todos los pecados del mundo se acrisolaban para ser destruidos. Una sonrisa le asomó coqueta como los pétalos de rosa asoman para disculpar el filo de sus espadas.

Abajo, un círculo con los doce signos del zodiaco pareció por su frescura, estar recién dibujado. En otra esquina, un bebé y dos gallinas dormían el sueño que sueñan los santos en una cama deshecha. Don Esteban escuchó el ritmo de un tambor; los graznidos detrás de la puerta trasera se mezclaron con el tum tum del timbal como comulgando con los sentidos de quien los escuchase. El hombre aterrizó la mirada en el shamán y dijo:

— Don Facundo, ¡ya no aguanto más! ¡Estoy hastiado! —dijo Don Esteban— Por una parte siento que en el mundo existe una completa apatía por las cosas; la gente carece de anhelo, de paciencia, de gozo por la vida; por otra, existe la guerra, la infidelidad, los celos, la ira, la traición, el asesinato. Lo peor del caso...

— ¡Qué es lo peor! —Exclamó el brujo.

— Lo peor del caso es que... siento que yo también sufro de ese mal.

— ¿Y yo qué tengo que ver con eso?

— Me dijeron que usted es mago y sabio. — Como Esteban ya había empezado a hablar, terminó diciendo:

— ¡Necesito una cura para nosotros, la humanidad!

— ¡Usted debe estar loco, Don Esteban! Dijo el brujo y al expresarlo, los ojos le brillaron. — Aunque sí... hay una forma de lograr lo que usted quiere.

— Dígame, ¿cuál es?

— Se la diré en un momento. — Dijo el hechicero, y dirigió la mirada hacia la ventana donde estaba el álamo.

— Sé que has venido a algo más — dijo el brujo y abrió una cajita.

— ¡Ella tiene que ser mía! — explotó el hombre, agobiado.

— Sé también que usted es Don Esteban Blanco, cacique del sur de Sonora. Hombre de gran fortuna — dijo, y le ofreció de aquel polvo.

Don Esteban vio la cucharita dentro, la llenó y la inhaló como se inhala el pasado que ha quedado incompleto, inacabado; como el ayer de un fardo tieso, mosqueado, carne cruda acomodada en un gancho filoso, puntiagudo... carne lista para espantar el miedo a lo desconocido, lista a descolgarse para rehacer las cosas.

El nigromante cerró los ojos y elevó el rostro hacia el techo para concentrarse. Sorprendido y esperanzado, Don Esteban frotó su brazo izquierdo, he hizo un gesto para hablar.

— Sí... a pesar de mi riqueza, no puedo obtener el amor de...

— ¡Isolda es casada! — adelantó el espiritista, como si le importase el estado civil de la mujer.

— No me interesa que esté matrimoniada, Don Facundo, yo estoy dispuesto a dar lo que sea si ella me corresponde.

— ¿Lo que sea? — preguntó el encantador, la frase se le llenó

de humo como el eco.

¡Lo que sea! —Repitió el cacique, y secando el sudor de su frente con el pañuelo, continuó—. Fue fácil deshacerme de Juan. El esposo se le fue con los cristeros; es probable que ni regrese —dijo él, encubriendo las maniobras que entabló con un capitán seudo cristero.

El hechicero lo miró un instante a los ojos. En forma de contestación, observó hacia la ventana donde estaba el álamo, elevó los brazos y los labios se abrieron para decir un encantamiento en voz baja. Después de un momento, infló los ojos como un sapo y dijo algo con el miedo colgado de las pupilas:

— ¡Eres...eres... !

Desconfió y se apartó del visitante.

— ¿Qué te pasa, brujo?

— Eres descendiente de la poderosa Demea —dijo con temor y por un momento dudó de la verdadera razón de su visita.

— ¿De la.. ? Dijo Esteban confundido y enmudeció.

— Sí. Demea es la sacerdotisa de Hecate.

— ¿Tecate?

— Hecate es la diosa de la oscuridad, del sortilegio y del arte de la hechicería.

Don Esteban lanzó los brazos a los lados y abrió las manos:

— ¡Explíqueme!

El brujo Facundo leyó en las hojas del árbol, y contestó:

— Brumildo, hijo de Dorotea Sifuentes, en un momento de celos, mató a Eréndita, su esposa.

— ¿Cómo?

— Eréndita fue ahorcada con una pañoleta cuando se refugió en la iglesia de Oquitoa.

una bolsa de papel con migas de pan en la mano.

— ¿Lo conseguiste? — Miró a Facundo, y puso las migas en la mesa.

Un cuervo entró volando por la puerta abierta, graznó y aterrizó delante de la bolsa.

— Sí, Luisa — dijo el hombre obeso. — Demea lo ha protegido con el poder y el dinero, pero se le acerca la hora.

— ¿Haz hecho un nuevo conjuro? — No. El que hice fue para el esposo de Isolda.

— ¿Y para el señor Esteban?

— No necesita.

Así fue. El augurio de Facundo se cumplió con el arresto de Juan, y murió como murieron los de Jalisco, Michoacán y Colima, al grito de “Viva Cristo Rey”, fue fusilado por órdenes del capitán Vásquez de la guarnición de Cajeme. En un vaso de leche Isolda bebió la poción y Esteban logró conquistarla. Él y ella se casaron y engendraron un hijo.

Un año transcurrió después de ese matrimonio.

— Míralo, Esteban, Pablito platica con alguien, ¿será un ángel?

— Sí, todos los niños de esa edad platican hasta con serafines. Hoy Pablito cumple tres meses de nacido. Míralo como sonrío, él es otro querubín — dijo Isolda con la faz iluminada de alegría.

Sin contestar, Esteban asintió.

— Hoy es sábado — dijo Isolda —, me parece un buen día para salir a pasear, ¿Qué te parece si llevamos a los niños al parque?

Esteban soltó la mirada hacia el infinito y divagó en el pasado. “Hace ya un año desde que miré aquel hombre. ¡Ah! No sólo quería yo el amor de esta mujer, sino también tener un hijo de ella. Ahora tengo los dos; aunque el otro no es mío, ya

hasta siento que lo es. Ellos no saben el peligro que les acecha en estos momentos. Tengo que tener mucha sangre fría para hacer lo que debo”.

— ¿En qué piensas? ¿Por qué no me contestas?

— Ah, perdón... Esteban detuvo sus reflexiones.

— ¿Qué te aflige cosita? Te noto preocupado.

— ¡Qué te pasa a ti mujer! ¿No ves que estamos en guerra?

— A ti te sucede algo que no me quieres contar...—dijo ella, bajó la cabeza y empezó a lloriquear. Él la vio gemir y un nudo se le hizo en la garganta.

— Es que tengo problemas, por más que trato de convencer al Coronel Menchaca, no puedo lograr que aleje a la policía secreta de la plantación; sospecho que se trae algo entre manos.

— ¿O temes algo más? Dijo ella.

— Temo que me relacionen con los cristeros; ya sabes como son los soldados del gobierno; cuando quieren algo...

— Pero ya te hubieran quitado de en medio. No pueden deshacerse de ti, eres un hacendado de renombre.

No seas ilusa, a la gente del gobierno nada le importa mi posición socioeconómica.

— Dijo él, llevándose su medalla a la boca — Perdóname Isolda, pero tengo que salir. —Le estampó un beso en la mejilla, y casi temblando, cogió saco y bordón —¡Vuelvo más tarde!

— ¡Esteban! —Protestó ella, pero él haciendo caso omiso, salió de la casa casi corriendo.

Cuando Esteban llegó a la plantación, citó a Federico. Percibió que todo era cuestión de horas, comprendió que tenía que salir de Sonora con su familia de inmediato.

El espía que Ismael sembró en la guarnición esclareció las dudas cuando declaró: “Don Jilemón y el Coronel Estrada

andan abriendo el hocico diciendo que su mercé está enviando armas a los cristeros de Michoacán, que mesmamente por eso lo arrestarán y le darán chicharrón en un abrir y cerrar de ojos. Clarito oí cuando el Capitán Cisneros abrió el bozal pa' decirle a un señor que no sé quien será que lo buscarán hoy mismo. Clarito oí que queren repartirse sus tierritas de uste' Don Esteban. Por eso mesmamente la semana pasada la polecía secreta voló el ojo en la plantación con más frecuencia, pa' ver si le jallaban algo, pero como no le jallaron nada, pos no liaunque...

Era un 20 de julio. El calor crecido como mar de Atlántida, se pegó en las camisas como el pejerrey se pega en la arena del golfo de Santa Clara.

Don Esteban y Federico estaban platicando dentro de un granero.

— ¿Estás loco...? No puedo comprar boletos de tren, Me aprenderían en la estación. Todo lo que huele a transportación está muy controlado. —Dijo Esteban.

— Pero puede que te respeten, recuerda que eres un hacendado...

— No repitas eso. —Dijo Don Esteban. Caminó como un león enjaulado y prosiguió— Hoy conducirás el camión con los rifles que salen para Jalisco. Después de limpiar el sótano, dile a Ismael que entretenga a los guardias de la salida.

— Pero eso es muy peligroso —dijo Federico—, con ruido de disparos el ejército caería pronto sobre nosotros. —Los ojos le crecieron como ciruelas.

— Es más peligroso quedarnos un día más; si lo hacemos, somos hombres muertos. Tal vez mi familia también corra la misma suerte. —Dijo Esteban cruzando los brazos.

Unos toquidos a la puerta los hizo callar. Entró un barbudo de túnica negra, posó la mirada en Esteban y dijo con voz de trueno:

— Vengo a cobrar una vieja deuda, señor Blanco.

El hacendado recordó la promesa, rascó la cabeza, y le tembló la voz.

— Es que el niño todavía necesita de la madre, pero en un par de semanas...

— No Don Esteban, un trato es un trato. Conozco a una mujer que acaba dar luz. Esa madre puede amamantarlo por igual.

— Pablito ha estado enfermo. Mire, déjeme tenerlo un día más, y yo mismo se lo llevaré —fingió súplica.

— ¡No me gusta la traición, señor Blanco, si me hace una jugada... !

— No, no, don Facundo, sólo déjeme al chamaco un día más...

El brujo pensó por unos segundos, levantó el ceño y expresó:

— Tiene hasta mañana del mediodía, Don Esteban. ¡Si no lo lleva, yo mismo vendré por él! —Sin decir más, el hechicero salió frotándose las manos.

Al anoecer, el camión ya estaba en marcha, listo para salir. Esteban regresó a la hacienda muy agitado; corrió a la recámara, miró el bulto debajo de la sábana, y lo sacudió con fuerza...

Dos niños jugaban en la alcoba. De entre la bruma, un ser con cara grotesca y alas de vampiro entró por el balcón. Sacó un cáliz y lo puso delante de los niños. El mayorcito metió al menor en el cáliz y sólo se le vio la cabecita. En eso entró la madre y al ver al extraño, preguntó:

— ¿¡Quién es usted!?

El ente puso la mano en la frente de ella y sonrió. La cabecita del niño dejó de verse. El niño buscó a su hermanito en la copa; ya no estaba. La madre, desesperada por la desaparición de su hijo menor, no se percató de la marca roja en el entrecejo. Buscó debajo de la cama...

El ente voló por la ventana del balcón riendo con una risa macabra, y como hipnotizada, ella fijó la vista en el ser infernal hasta que el punto negro desapareció del horizonte.

— ¡Despierta...! te dije que estuvieras lista, ¡rápido! ¡Sólo una maleta, mete un par de vestidos, un par de zapatos, ropa de los niños...!

— No me siento bien, creo que tengo calentura. —Dijo ella.

— ¡Rápido! ¡No hay tiempo! ¡Apúrate!, ¡Por lo que más quieras! ¡Alista a los niños! Me informaron que vienen los soldados. —Dijo Esteban.

— Tuve una pesadilla. —Comentó, tratando de abrir los ojos y como impulsada por un resorte, se levantó de la cama y corrió hacia la esquina del cuarto donde estaba la cuna de su hijo menor.

— ¡Esteban, Pablito no está! ¡Pablito no está!

Petrificado, el hombre se quedó como sin sangre en el cerebro, ido, y luego balbuceó algo incoherente.

— ¿Qué está pasando Esteban? Dime, ¿qué está pasando? Dijo, como sintiendo que en segundos sería privada de la vida ante un pelotón de fusilamiento.

— Rápido, no hay tiempo que perder, si quieres ver otra vez a tu hijo, haz lo que te digo. —Dijo el hombre con la vista puesta en el reloj.

Después de unos minutos, Don Esteban y su familia llegaron al costado de la calle donde esperaba el camión de los

rifles. En la estación, un brazo de acero protegiendo la salida cerró el paso.

“El silbato” fue quien recibió el paquete; envoltorio que el mismo abrió. Un juego de naipes, dos botellas de bacanora y una nota firmada por una tal Eugenia fue lo que encontraron. Al principio los soldados quedaron intrigados por el nombre de la mujer, pero después Remigio dijo reconocerla y admitirla como una admiradora suya. Sin decir aquí vengo yo, Genaro abrió la primer ánfora, no sin antes despachar al “nene memelas” por una bolsa de chicharrón con sus respectivos limoncitos para el amarre. A “El memelas”, a sus quince años, sólo lo dejaban quedarse en la caseta de inspección, con el único oficio de: “Memelas traes de la tienda”, “memelas traes de la pulquería”, “memelas traes de la taquería”. Que si aquí, que si allá, que si necesito esto o lo otro... pero nunca le permitían salir a revisiones. La primer garrafa se la bebieron como si fuese aguamiel. Al rato de quedar vacía, entre póqueres y veintiunas, el mismo individuo que destapó la primera, también abrió la segunda de las redomas. En cuestión de minutos, los dos soldados quedaron tan secos como pantalones de chino, alegres y chupados por el fundillo.

Rubio y de ojos azules, Ismael no pareció ser hijo de judíos. Llegó a México en 1905. Estableció una compañía curtidora de pieles y la perdió en la revolución. Sufrió muchas penalidades hasta que emigró a Sonora. Ahí conoció a Esteban y se hicieron amigos. Después se convirtió en el capataz de su hacienda. Poco después, Federico, un mestizo de origen humilde pero astuto, se les unió como administrador. Se llamaron a sí mismos el triunvirato de la amistad. Un trío que por la guerra, estaba apuntando a desaparecer.

Federico estaba al volante. A un lado de él, vistiendo el uniforme de oficial militar, Ismael fijaba la mirada en un mapa. En la esquina Federico vio a la familia Blanco y dijo en voz baja:

— ¡Rápido Esteban!, ¡suban rápido!

Cuando miró a Ismael, el hacendado arrugó el seño.

— ¡Federico! ¿Qué está pasando? ¿Por qué rayos...?—Confundido Esteban pidió explicaciones, pero un ademán de su compañero lo silenció.

Don Esteban y su familia subieron a la cama del camión y se cubrieron con los lienzos. Estaba oscureciendo. Al llegar a la caseta de salida, Federico ordenó a los guardias:

— ¡Abran pronto!

Uno de los soldados introdujo una lámpara hacia el interior de la cabina.

— Soldado, ¡Quite la barra! —Gritó esta vez Ismael con un español perfecto.

El otro guardia, sosteniendo una linterna, se dirigió a la parte trasera del camión para inspeccionar. El primero reconoció el rango del uniforme del copiloto y se cuadró.

— ¡Sí... mi coronel! —Gritó.

Al oírlo, el segundo de atrás soltó la lona que apenas empezaba a levantar; haciéndose a un lado para dejarlos pasar. El camión se alejó y al dar la vuelta por una esquina, se hizo humo.

2

La guerra

El aire se manchó de pólvora y volando anidó en la selva de cabello y barbas. Destechado, con ventanas rotas y picado como viruelas, un hospital quedó en ruinas. A cuatrocientos metros de ahí, una casa, no menos maltratada, sirvió como resguardo a una tropa cristera. En un nicho de la cocina, un fuego improvisado calentó a unos calzonudos con cananas. Una cafetera empezó a silbar y el olor a café penetró la casa. El emisario entró. El aroma lo llevó directo a la cafetera.

— Quítate el sombrero chaparro baboso. —Le dijo Uriás. El mensajero se removió el sombrero.

— Oh, tsch, tsch, no se me infle mi estimado campeón de las causas justas, tsch tsch —bajó la vista hacia el café— nomás deme una chancita... —se sirvió una taza, la bebió y corrió hacia el sargento. Se cuadró, se acercó para decirle algo al oído. Se volvió a cuadrar, giró en sus talones y regresó por donde llegó.

Recostado en una lona, detrás del bracero, Urias sacó algo de la bolsa del pantalón y se lo llevó a la boca.

— No sé como le hace pa' encontrar tabaco tan fácil. —Dijo el Sargento Espiridión Becerra.

— Este lo jallé en la mochila de Gutiérrez, tenía bastante. —Dijo con una risa de loco pueblerino.

— No le vi masticar tabaco antes, ¿por qué ahora?

— Sepa —expresó el soldado con la cara cubierta de hollín, y muy optimista dijo—. No tengo hambre Sargento.

De los anaqueles el suboficial agarró una lata vacía y le echó café hasta la mitad.

— Es cierto que se nos terminan los alimentos, pero no me cuadra que registren a los dormidos.

— Pero sargento, él ya no lo necesita, a donde jue ya no le hace falta.

Becerra lo miró un instante y volteó hacia la ventana. Así quedó en silencio, cabizbajo, inerte. Largó la mirada a través del cristal rajado por las balas y miró hacia los pastizales. Había una hilera de mesquites que al arropar varios nidos de ceniztlitos, se creían madres... estaban chiquititos chiquititos... Y los árboles manoteaban como si le hablaran al viento, como si le reclamasen... pues los pobres pajaritos estaban pequeñitos pequeñitos... recorrió la película de su vida —al menos lo último que recordó de ella— evocando la memoria de su madre en Cananea, cuando el pan y el vino se escondían como niños traviosos y haciendo pucheros se negaban a quedarse en la mesa. La crisis llegó a todos por igual. Incluso, sacrificó al amor de Lidia para enlistar en el ejército.

Como un autómata, sacó la cartera del bolsillo, la abrió para contemplar una foto; al cerciorarse de que nadie lo miraba, la acercó hacia él y le estampó un beso; luego dejó escapar un suspiro. Volteó otra vez hacia el soldado raso y le miró un instante. La figura cómica de Urías casi le provocó risa, ya que parecía todo menos un combatiente.

“La guerra es una estrella en la mano que quema a quien la toca, sirve pa’ perderse en las inmensidades del cielo donde ahí sola debe estar, intocable. Estos que tengo aquí son la milicia del pueblo, —hombres calzonudos con carrilleras; luchadores en la brega de la injusticia pa’ que muchos vivan bien, sólo que funciona al revés. Así es como lo puedo figurar, pero ni yo, ni mis hombres podemos permitir que el gobierno evite misas, cierre nuestras iglesias y asesine a nuestros padres. Lo malo es que la fuerza del Presidente Obregón es grande; tiene a Calles y a otros generales de escuela... ¡Qué caray! Dicen que ya terminó la revolución; tanto combatir con mi General Fonseca, después de tantos tirados por el camino, después de tantos burros por hijos, después de tantas mujeres panzonas que se nos mueren por no tener la atención necesaria... Sí, ahora Obregón dice que la revolución terminó; que nosotros la ganamos, y que el pueblo ha de tener parcelas pa’ sembrar y alimentar a nuestras familias pa’ no tener carestías. Pero yo veo que seguimos igual, ¿O peor? Sí, me punza en los meros dentro que el manco venga cantando desde hace más de siete años la misma tonadita, una y otra vez. Desde hace tiempo vengo sospechando que es puro tequila gringo pa’ revenderlo a mis paisanos. Ahora vinimos con la cristeadada pa’ defender nuestra religión, pues eso nos dijeron que hiciéramos, ¡nuestros padrecitos, pues! Oigo rumores que ellos andan diciendo que siempre no, que mejor dejemos las armas ¿Quién los entiende? ¿Y qué hemos ganando? Mis parientes y amigos dan mucho brinco estando el piso re parejo ¡Ahora no estoy seguro que diantres me pasa por la azotea! Hay algo que me da vueltas y revueltas y me deja bien mareado sin saber que hacer. Ellos pos ai todavía andan matando padrecitos y

cerrando iglesias; nosotros pos también andamos matando profesorcitos y cerrando escuelas. Me afiguro que los locos se soltaron del manicomio y nos están calentando la maceta pa' hacernos igual que ellos, pues como no va ser... A mi compadre Carlos Cienfuegos lo asesinaron por la espalda cuando dialogaba con unos hombres fuera de la cantina; dicen que lo encontraron sospechoso de un levantamiento. Nunca supe el nombre de aquel niño que apalearon a muerte, ni nunca supe la causa por la que lo hicieron; nomás oí decir que porque era indio, o dizque era hijo de un cristero.

Ahora yo tampoco puedo negar la matazón de aquellos enfiestados: La hacienda estaba adornada con globos y cadenas de papel con todos los colores de la sandía. Al compás de aquella melodía los federales con sus respectivas esposas e hijos fueron cayendo uno a uno, masacrados por mi pelotón; es que órdenes son órdenes, ¿o nó?"

Interrumpió sus pensamientos y metió la foto en la cartera para devolverla en el bolsillo. Levantó la cafetera y puso una jícara sobre la mesa. Varios hombres rieron y bromearon al ahorcar la mula de seis sobre la mesa.

— ¿Qué le pasa Sargento? Lo noto muy serio. —Dijo el Cabo Domínguez.

— Estoy pensando que debemos movilizarnos hacia el sur. Me figuro que debemos ponernos a las órdenes de mi Coronel Venegas.

— Sí, mi sargento. Todos creemos que a mi Capitán Gulmaro se lo llevó la...

— Pos así fue cabo, porque me acaban de informar que ya se lo tronaron.

Becerra apuró el café de un sorbo, y levantó los párpados.

— De cuarenta que éramos al comienzo, nada más quedamos diez, ¿Qué tanta fuerza podemos tener así? —dijo Becerra y amplificó— Pero si nos unimos con mi Coronel, otra será la historia de amores.

Miró el clavo en la pared y colgó en él la taza vacía que levantó de la mesa.

Alegre, el cabo se remangó los pantalones como listo para dar de brincos.

— Sargento, ¿Entonces ya no vamos a esperar más...?

El ruido de un motor interrumpió y el oficial vio por la ventana un vehículo aproximarse hacia el resguardo. Tomando la carabina, Becerra ordenó:

— ¡A cubrirse!

El auto se movió despacio. Se movió hacia un lado, hacia otro, zigzagueando. Los soldados apuntaron desde su guarida, y el camión siguió acercándose cada vez más. A cien metros del resguardo, el vehículo se estrelló contra un poste, y la puerta del conductor quedó abierta. Después de un momento, el camión quedó rodeado por el pelotón.

— Sargento, mire...

— Pero que es esto ¡Santo Dios!, ¡que peste! Dijo Becerra, tapándose la nariz con la chamarra desbotonada.

Al registrar la parte de atrás, el cabo levantó la cara.

— Aquí hay rifles y una familia.

— Sí, y están todos muertos. —Gritó otro soldado.

— Aquí enfrente hay dos hombres. Parece que el conductor todavía vive.

— ¡Sáquelo pronto! —ordenó el oficial, todavía cubriéndose con la chamarra.

El hombre quedó tirado en el suelo y el sargento se le acercó, enterró una mano en la arena y se puso en cuclillas. El individuo con la cara desfigurada abrió la boca para decir algo, pero una infinidad de gusanos salió de ella.

— Sargento... están... podridos —dijo Urías, protegiendo nariz y boca con un pañuelo.

— Sí, así parece. —Contestó Becerra, rascando la cabeza. Un leve quejido se escuchó en la parte de atrás.

3

Principios de locura

UNISOMBRA. Preparatoria.
Bellasilla, Sonora. Invierno de 1947.

A dos kilómetros de la carretera interestatal, el internado como un monstruo de chispeantes ojos de fuego, se divisó desde una colina. La barda de concreto se elevó como un Titán. En el ala derecha, los ojos luminosos de 365 recámaras se aseguraron con fuertes rejas de acero. Alrededor de la gran barda, dos docenas de manzanos, fieles como águilas que han de morir en vuelo, mostraron sus ramas desnudas. El canto de un gorrión rompió el silencio de la mañana. El jardín estaba a espaldas de la escuela. Era un jueves de luna nueva. Un alumno con muletas arrastró un costal de ixtle con algo dentro, lo dejó caer, apoyó las muletas en los sobacos y elevó los brazos hacia el oriente para emitir un sonido.

—“iiiiiiiiinnnnnnnnrrrrrrriiiiiii” —después, juntó sus manos y bajo los brazos en cruz para decir— Xochipilli, Oh gran señor por quien vivimos, dueño del cerca y del lejos, con alegría te doy gracias por nuestro señor Quetzalcoátl, quien con el sacrificio de su sangre y la penitencia hizo que entrara en mí Tu Vida. Hazme fuerte como él, hazme alegre como él, hazme justo como él.

A un lado de las pitahayas, iluminado por la luz de los faros, Pablo se fue sentando con lentitud, expresando la misma sonrisa. Del saco que tenía en la espalda sacó una pequeña pala y escarbó un hoyo de dos pies de profundidad por otros dos de anchura. Desparramó el cuarto de una taza de fosfato en el hoyo, luego puso un tercio de musgo carbonizado, y dos tercios de tierra común. Formó un cerrito dentro del hoyo. Sacó del costal el rosal y colgó la raíz sobre el cerrito asegurándose que el nudo que divide la raíz y el tallo quedara arriba del nivel normal de la tierra. Para tapar completamente, relleno el resto del hoyo con una mezcla de musgo carbonizado y tierra normal. Lo presionó con las manos para impedir que entrasen burbujas de aire.

— Despierten muchachas, despierten —dijo, mientras colocaba la manguera con el chorro de agua.— Pronto crecerán grandes y fuertes como sus hermanas.—Refiriéndose a los pequeños rosales que plantó la primavera pasada. Silbó y les canturreó una canción para semillas que él mismo compuso.

— Crezcan para que se pongan igual de bonitas que sus parientes y también me alegren con su belleza y colorido. —Dijo, y volvió a levantar los brazos al este.

— ¡Yo no soy mi cuerpo físico, yo no soy mi cuerpo astral, yo no soy mi cuerpo etéreo, yo no soy mi cuerpo mental. Yo soy Él, yo soy Tú... ¡

Pablo se sentó en una piedra. Escuchó el canto del grillo; le pareció dulce y agradable. Poco a poco los ojos se le fueron cerrando. Así quedó quieto por media hora. Cuando despertó, se levantó con una cierta dificultad, miró que el trabajo estaba bien hecho; retiró la manguera y se alejó tarareando la misma tonadilla.

Un temblor hueco se le salió a la campana y le vibró en la piel un sonido que se fue ensanchando incesante como un aullido. Dentro del edificio varios estudiantes apresuraron el paso; un adolescente, al querer llegar a tiempo, corrió y tropezó con una roca. Cuando los alumnos entraron al aula, Pablo ya estaba sentado. Con un bolígrafo entre los dientes, se estiró en su pupitre, sonrió de placer y sacó un cuaderno de la mochila. Desde atrás, Gilberto Pardo, con una cerbatana le asestó a Pablo un guijarrazo en la cabeza. El agredido volteó, y sólo vio el semblante inocente de Gilberto, pero Enzo, desde muy atrás observó todo.

El maestro, hombre delgado, de escaso pelo blanco, se acercó con dificultad al escritorio; sacó un libro y un gis del maletín. Escribió en el pizarrón: "*La caída del Imperio romano*". En la esquina superior derecha del pizarrón, escribió: "Ética e Historia". Sostuvo el gis con el dedo gordo y el índice; lo hizo girar una y otra vez como un malabarista. Todavía, a pesar de los años, el maestro hizo virar el gis con gracia y gala. Los alumnos miraron entretenidos.

— ¿Qué ocasionó la caída de este gran imperio? —preguntó y golpeó con una pluma la palabra romano. El maestro les regaló una sonrisa para disimular un gran pesar. Un silencio...

— Fueron tres causas. —Alguien contestó sin levantarse del asiento. Mirándolo, el maestro preguntó:

— Muy bien, ¿cuáles fueron?

— La niña, la Pinta, y la Santamaría. —Dijo el chico muy serio. Todos los demás estallaron en risa.

— Sáquelo maestro —gritó Gilberto—, los otros maestros siempre lo sacan.

Enzo se levantó, con una mano aprisionó la basura del

sacapuntas, y con la otra apretó el lápiz, caminó por la fila donde estaba Gilberto, fingió tirar el lápiz y después de levantarlo, le dio un tremendo pisotón.

— ¡Aaayyy! —Gritó el joven.

— ¿Te pise? —Dijo Enzo fingiendo aflicción.— ¡Ay!, que torpe, perdona, no fue mi intención —y siguió caminando hasta llegar al cesto, tiró la basura y regresó a su asiento. El maestro Diego miró, ignoró y comentó:

— Parece que el desayuno me cayó mal... ¡cof! ¡cof! ¡cof! —se llevó la mano al estómago. —Ahora sí Pablo, ¿cuáles son esas tres causas?

Pablo, inmóvil, dijo:

— La riqueza y el lujo llevaron al ciudadano romano al placer y a la comodidad. Estos cambiaron la filosofía estoica del burgués tornándolo irresponsable, desorganizado e inmoral.

— Muy bien Pablo. Si podemos sumarizarlo en tres cosas, ¿Cuáles serían esos ingredientes?

Pablo sonrió, abrió los ojos como tecolote, un brillo se dibujó en ellos y dijo otra vez con cara formal:

— Perejil, orégano, y pimienta.

Los alumnos rieron de nuevo.

— Tu repuesta es muy graciosa, pero ya dije que no puedo réirme; fue precisamente el picante lo que me cayó mal ¿Cuál es tu respuesta?

— Riqueza mal empleada, desorganización, y desmoralización.

—Contestó el alumno. —¡Ah!, también puedo agregar la influencia del cristianismo.

— Muy bien Pablo ¿Pero podríamos decir que una buena economía es causa de fallas en el sistema?

— No. La actitud humana es la causa de los males.

— Bien, ¿pero podría explicarnos que quiere decir con lo de actitud humana?

— Que la actitud determina la altitud del individuo; que los romanos despilfarraron su dinero en vino, mujeres y reventones, en vez de utilizar esa riqueza para su propio progreso.

El maestro asintió:

— Hablando de desarrollo, la actitud no es suficiente.

— ¿Por qué no? Preguntó Pablo, perplejo.

— Lo más importante es saber interactuar con el ser humano; aunque tengas carácter, no tienes mucho control de tu prójimo si no comprendes su perspectiva.

— No maestro —dijo Pablo confundido—, no entiendo.

— ¿Alguna vez has oído de los moldes del universo?

— Nunca.

— ¡Todos! —ordenó el maestro —, abran el libro verde en la página 48.

La página tenía una imagen, y el maestro ordenó mirarla.

— ¿Qué ven ahí?

Todos contestaron en unísono.

— ¡Un jarrón!

— ¿Seguro? —Volvió a preguntar.

— Veo los perfiles de dos caras que se están mirando mutuamente. —Dijo otro estudiante.

— Ahí tienen una realidad diferente, otro punto de vista, y por más que tengan la actitud positiva, no lograrán influir en las personas si no miran con los ojos de este molde. —Dijo el maestro.

— Pero, ¿en qué consiste esa norma? —Preguntó otro alumno.

— Antes de contestar necesitan saber que nuestros módulos universales, correctos o incorrectos, dan origen a nuestras

actitudes y comportamientos, influyendo mucho en la relación con otros seres humanos. —Cogió la pluma del escritorio y se la colocó en la bolsa de la camisa para contestar la pregunta.—Este molde es un modelo o paradigma que exhibe cada individuo —dijo el maestro y Pablo pensó en aquel incidente de su niñez... *“El día en que mi tío murió, mi hermano Lorenzo me dio un puñetazo en el estómago y lloré por media hora. Tendría yo alrededor de siete años cuando esto sucedió, y llorando salí a sentarme en la acera. Mi tío a quien yo adoraba, era un hombre muy conocido en el pueblo y ya los residentes del lugar estaban enterados de la noticia. Alguien me vio gimiendo en la banquetta y se acercó a consolarme: “No llores, deberías estar contento porque tu tío está en el cielo” me dijo. Yo respondí todavía sollozando: “¡No lloro por la muerte de mi tío, lloro porque mi hermano me pegó!”*

Eran las cuatro cuando las campanas volvieron a sonar. — De tarea me hacen un ensayo sobre los acontecimientos del primer triunvirato romano. —Al final de sus palabras, el maestro Diego empezó a toser mas fuerte.

Los alumnos, como impulsados por un resorte, salieron corriendo. Sólo dos quedaron en el salón, Enzo y Pablo. Este último puso los anteojos en un estuche, luego lo metió en su mochila que se puso en la espalda; se levantó sin prisa, acomodó las muletas y balanceándose en ellas, salió dando brincos como chapulín.

El maestro gritó:

— ¡Muchas gracias por su participación!

— ¡De nada! —Contestó Pablo. Enzo lo acompañó a la salida.

Afuera, Gilberto y dos bravucones los esperaban. Al dar la vuelta en la esquina del edificio de aulas, los tres se les

echaron encima. Primero fueron sobre Enzo; a Pablo no dieron tiempo de levantar las muletas.

— Conque fue sin intención, ¿eh? —Dijo Gilberto a Enzo —¡Esto también es sin intención! —Y estrelló una gran piedra en su cara, pero antes de llegar al blanco, la piedra se volvió confeti. Tirado en el suelo, y antes de recibir los golpes del bate de béisbol, Pablo pronunció otro conjuro. El palo se convirtió en serpiente, y apareció un par de arañas gigantes. Los bravucones corrieron espantados.

— ¿Qué pasó? ¿Por qué se fueron tan rápido? —Preguntó Enzo limpiándose la caca de perro de la camisa y sangrando por la nariz.

Pablo se asombró y soltó la risa.

— ¿Qué? ¿A poco querías más?

— Parece que vieron un fantasma. —Dijo Enzo limpiándose con la manga. Se volvió a sacudir la ropa, echó una mirada a su hermano y a una nopalera a escasos centímetros de él; lo envolvió por la cintura y lo levantó del suelo. Volvió de nuevo la vista a los nopales y meneó la cabeza.

— ¡Thst!, ¡thst!, ¡thst!, por poquito...

— Cállate, que a ti también te tocó tu parte. —Dijo Pablo peinándose con las manos. Ignoró el comentario y se acomodó las muletas. Los dos empezaron a caminar.

— Todo esto me parece muy molesto, Pablo, no sabemos cuando saltará la liebre de nuevo.

— Si lo dices por los descalabros, no te preocupes. Ya pronto saldremos de aquí, y verás; tengo un plan maravilloso. —Dijo Pablo logrando una sonrisa.

— ¿A qué te refieres? —Lo miró Enzo atónito.

— Después de que salgamos de aquí, estoy pensando que tú y

yo, pues... pediremos a papá un préstamo para comprar una hacienda de rosas.

— ¿Hacienda de rosas? —dijo Enzo— ¿Pero para qué?

Pablo sonrió y luego dijo:

— He estado estudiando libros de rosas; te enseñaré a cultivarlas. En la hacienda tendremos vacas y utilizaremos el excremento como fertilizante, ¿ves?

— Pero, ¿qué haremos con tanta rosa? — Preguntó Enzo.

— ¿No lo ves? Las venderemos a las florerías del país, y hasta podremos exportarlas.

— ¡Mmmnh! —Enzo se llevó la mano a la barbilla.

— Evitaremos depender de nuestros padres y podremos hacer cosas extraordinarias. —Dijo Pablo.

— ¿Cómo qué?

— Viajar al otro lado del mundo, ¿No te gustaría visitar Yugoslavia y conocer a los Yugos?

— Dijo Pablo haciendo fiestas con la cara.

Enzo admiró la fantasía de su hermano y sintió envidia.

— Podría ser formidable. —Dijo.

— Ya verás que te va a gustar. Mira, voy a pedir permiso en la escuela para que nos dejen plantar en el terreno de enfrente, el que está a un lado del jardín. —Dijo Pablo.

— Pero si ya tienes rosales plantados en casa, también aquí en toda la prepa, y creo que hasta te están saliendo de las orejas. ¿Cómo que quieres más?

— ¿Recuerdas el terreno que te dije?

— Ya sé cual dices; la parcela que está a un lado de la pileta.

— ¡Ésa! —contestó Pablo, recargándose en las muletas y friccionando las manos—. Créeme Enzo, tú y yo vamos a crear un emporio, seremos ¡Los señores de las rosas!

— No le tengo mucha fe a eso.

— Entonces, ¿a qué le tienes ley?, ¿qué es importante para ti?

— Pues no sé. —Dijo Enzo con su cara de limón.

— ¡Ah, mientras te decides, embelleceremos todas las casas de México con las rosas más hermosas del mundo! —dijo Pablo entusiasmado—. Cultivaremos todos los colores: amarillas, rosas, blancas, moradas, rojas, claro que sí, sobre todo rojas, las rosas carmesíes serán nuestra especialidad. —Dijo Pablo con la cara iluminada.

A las 7 de la noche las luces externas de los dormitorios empezaron a levantarse de la muerte para convertirse en iglesia de luciérnagas. El búho cantó por un momento. Sosteniendo una nuez, una ardilla corrió haciendo malabares por el camino; hasta que llegó a un fresno y lo escaló para introducirse por un hueco. Después la noche cayó en los dormitorios como un gran velo.

Enzo se acostó. Pablo, como de costumbre, antes de irse a la cama se metió a la ducha. Enzo lo miró embelesado y sintió unas ganas enormes de abrazarlo, pero se detuvo. *“¿Qué me pasa? ¿Acaso siento cosas que no debo sentir? ¿O tal vez la admiración que siento por mi hermano se debe a su anhelo de perseguir cosas que yo no puedo conseguir? He intentado varias veces ser feliz, y esas mismas veces no lo he logrado. Nada me llama la atención; ¿Por qué le dije a Pablo que me gusta la arquitectura si bien sé que la detesto? No tengo fe en la construcción, ni en la educación, ni en las mujeres, vaya, ni siquiera en las dichas flores. Pienso en cosas como aquella vez que Pablo me regaló los libros de arquitectura y le dije que los leería, y nunca cumplí. Al menos debería tener el valor de decir que nada me interesa en lo absoluto; así no tengo a nadie*

fastidiándome todo el día diciéndome lo que tengo que hacer. Sí, también ahí están todavía los planos de aquella hermosa casa que me gustó una vez, empolvados, esperando que los analice. Vaya que si soy terco: en otra ocasión Pablo me concertó una cita para presentarme al arquitecto afamado, el tal Gutiérrez; fue un jueves que vino de visita a nuestra escuela. Sí, ahí estuvieron todos, menos yo... ¿y por qué? Porque preferí visitar a Patricia; lo gracioso del caso es que ni ella me importa en lo absoluto. Debería hacerme cargo de mis propios negocios, o qué, ¿Acaso no debería?"

El desánimo lo inundó de lleno, y entró al baño. Pensó en el joven del periódico que se accidentó mientras se rasuraba. Miró el rastrillo que usaba para afeitarse y pensó en la navaja. Sacó la cuchilla y pasó el pulgar por el borde del filo: una, dos, tres...

Esa noche Enzo tuvo un sueño extraño:

— Bienvenidos a palacio. —Dijo el anunciador del rey.

Enzo entró por la puerta principal y fue presentado por el portero real.

— Damas y caballeros, está con nosotros, "¡el señor de las rosas!"

Muy gallardo y saleroso, Enzo caminó por la alfombra de bienvenida y todos los invitados lo admiraron. El rey del palacio dejó caer su pañuelo en señal. Sonaron cuatro golpeteos y los músicos iniciaron. Cada caballero acompañó a su dama, y todos portaron un antifaz. El baile de galanteo se prolongó por varias horas, en donde los comensales comieron y bebieron de la mesa real: jabalí rostizado, pavoreal a la cordon bleu, pato a la orange, pollos selectos de Bacadehuachi, entre otros suculentos manjares. De postre había dulces de biznaga,

empanadas de calabaza, de manzana, de pera, de piña, de durazno. También había todo tipo de frutas naturales, incluyendo las exóticas como el kiwi hawaiano, la fruta de la pasión, y sin faltar el afrodisíaco pinillo del Yemen o la frescura del guineo de Estambul por su sabor a hombre recto. Pero lo que más le llamó la atención a Enzo, fue una coyota de su tierra que se comió acompañada de un vaso de agua de canutillo. Después divisó a Pablo que ya venía hacia su encuentro. Ambos bailaron con tanta pompa, gracia y donaire que los demás hicieron rueda y aplaudieron. Cuando terminó el bailoteo, las parejas se metieron en unos conos. Para llegar a ellos, los huéspedes tenían que levantarse la faldilla un poco arriba de la rodilla, donde algunos pretendían en la imaginación que cruzaban el Danubio azul. Cada embudo tuvo su recámara donde todo, incluyendo el piso del cuarto, se cubrió de pétalos rojos. Las parejas hicieron el amor y de ese amor les brotó un huevo. Enzo y Pablo, desnudos sobre la cama, se abrazaron cerrando los ojos. Cuando Enzo intentó hacer el amor a Pablo, se encontró abrazando a un flamingo rosa, saltó de la cama asustado y abrió cada una de las puertas de los cubiles, hasta que encontró a Pablo y a una chica desconocida haciendo el amor.

Enzo despertó jadeando. Tenía el rostro húmedo; el resto de esa noche la pasó en vela.

Pablo imploró a Enzo para que fuese al convivio de las compañeras de la preparatoria vecina. Enzo se negó a ir porque tenía algunos libros que estudiar sobre filosofía Kantiana. Sin embargo, fue tanta la insistencia de Pablo que al final el hermano accedió.

El techo se elevó para terminar en una bóveda color de

cielo, de la cual gajos multicolores con franjas rosas en los centros lucieron espectaculares al dejarse ver por el enorme tragaluz con vitrales laterales. Estos mostraron figuras de cazadores y animales. Era un caleidoscopio que dejó pasar los últimos rayos solares. Diez sillones con olor a piel fresca, le dieron vuelta a la pared oval. Algunos estudiantes, recostados en el verde alfombrado, utilizaron cojines y almohadillas. Del piso central, cubierto de loseta, el fuego de una chimenea chisporroteó como varitas de pirotecnia. Un grupo de estudiantes hizo círculo en torno a la lumbre para entablar conversación.

Al entrar los chicos, lo primero que vieron fue a otro montón de alumnos sentados en uno de los sofás. Esther se levantó y saludó. Pablo contestó con un guiño. Esther señaló: — Estas son Patricia y Mirna. — Los chicos se presentaron mutuamente. Mirna, la ojiverde de tez morena, se dirigió a Pablo:

— Ya habías estado aquí, ¿verdad?

Sosteniendo un seis de sodas, Pablo sonrió. De la bolsa sacó una rosa y se la entregó.

— Sí, es un gran placer conocerte.

Complacida por su afabilidad, Mirna sonrió, y nerviosa, la acomodó en el pelo. Luego empezó a jugar con sus rubios rizos.

— Hace calor, ¿verdad? — Dijo apenada.

— Miren, traje unos refrescos. — Dijo Pablo, y sacándolos de la bolsa de plástico, ofreció a Mirna y a los otros.

— Gracias. Siéntense. — Dijo ella, y enrojeció de pena al ver los sillones ocupados.

— Aquí estamos bien — dijo Pablo sentándose con dificultad

en la alfombra—. Desde el primer momento que te vi allí —señaló otra vez el lado del fogón, y la tomó de la mano—, sabía que te conocería; esta visita no fue una casualidad.

— ¿Crees en el destino? —Preguntó Mirna, sonriendo.

— Sí, también creo que hay cosas del destino que pueden ser cambiadas si uno quiere. —Contestó Pablo y besó su mano.

Mirna enrojeció y preguntó:

— Pero...de veras, ¿puede uno algunas veces cambiar el destino? —Ella lo miró a los ojos y agregó— No sé por qué pero acabo de recordar algo que soñé anoche.

— ¿Qué fue lo que soñaste? —Preguntó Pablo.

— Mi madre escaló el trastero como si fuese una montaña. —Dijo

Mirna, hizo un ademán para preguntar algo más:

— ¿Tú crees que los sueños digan algo?

— Claro.

— Y mi sueño...¿qué habrá querido decir?

Pablo sabía de la muerte de la madre de Mirna por parte de un amigo.

— Tu madre falleció hace poco, ¿no es así?

— Sí, ¿pero como lo sabes?

— No me lo preguntes ahora.

Mirna se extrañó.

— Bueno, ¿pero qué crees que quiso decir mi sueño?

— Tu madre escaló el trastero como si fuese una montaña, y no lo hizo para practicar el alpinismo —se acomodó la camisa y preguntó— ¿Qué edad tenía tu madre?

— Cuarenta y dos años cuando falleció.

— A sus cuarenta y dos añadas sus huesos no le permitirían ser una gran alpinista; no lo hizo para hacer una travesura, aunque en la madurez la gente piensa que no importan tanto las travesuras,

pero lo hizo para mostrarte que hay que seguir en la lucha.

Alta y delgada, Patricia dio impresión de ser una modelo. Su sonrisa y mirada profunda impresionó a Enzo. Ella y él entablaron conversación por varias horas. Más bien era ella la que hacía las preguntas. Enzo se mostró tímido y taciturno. Sin embargo, Patricia manifestó interés por él.

— ¿Por qué te dicen ratón?

Enzo sintió la sangre írsele a la cara.

— ¿Quién te dijo?

— Tu hermano.

— ¡Ah!, él me dice así porque me encierro estudiando en la biblioteca... y porque casi nunca socializo.

— También dice que casi nunca sonrías —dijo ella— ¿Es verdad?.

— ¿Eso dice? —dijo sonriendo —, creo que exagera.

Fue hasta cuando vieron las botellas y las bolsas de cacahuates vacías que se percataron en el reloj de pared. Ya era tarde. Eran ellos dos los únicos que quedaron del grupo. Incluso Pablo se había retirado hacía un par de horas. La atracción de Enzo y Patricia fue mutua, y fue tanta en él, que inadvertió la salida de su hermano. Con la ayuda de Enzo, Patricia logró levantarse de la alfombra, y se despidieron con un beso en la mejilla. El caminó hacia la puerta, se detuvo un momento en la entrada, volteó hacia ella y se despidió otra vez sacudiendo la mano como un abanico; suspiró, salió y marchó a los dormitorios. Antes de llegar a ellos, Enzo recordó las palabras del profesor Diego: *Algunas personas ven el jarrón, otras los perfiles de las caras.*

— Sí —se dijo—, eso es. La conversación con Patricia y lo que nos dijo el profesor, me está quitando la venda de los ojos.

Pablo fue el único que siempre me escuchaba, el único que de continuo veía mi punto de vista —miró hacia el horizonte, con muchos brazos espectrales, como mirando el arco iris que regala verdad y optimismo por las ollas de oro y diamantes que hay donde termina su colorido—. Ahora lo veo claro —se dijo nuevamente—, puedo ver el jarrón y los perfiles... siento que camino sobre nubes.

Enzo quedó atrás, amarrándose los zapatos, cuando Pablo entró al estudio y vio la caja envuelta con papel de regalo. “Para Pablo Blanco”, decía la tarjeta. Se distrajo tanto que la abrió sin pensar; la explosión lo aventó con tanta fuerza, que la cabeza pareció una sandía rajada cuando se estrelló contra la pared. Unos segundos después, entró Enzo gritando.

— ¡Paablo! ¡Paaaaaablooooo!

Al ver el desorden que provocó la bomba, buscó a su hermano y lo encontró todavía sangrando bajo la mesa; le tomó el pulso y lo llevó a la enfermería.

— Espere afuera —dijo la asistente—, el doctor lo observará en un minuto. —Enzo asintió y salió. Después de una hora, el doctor salió con cara de desgano.

— Doctor, ¿cómo ve a mi hermano? —Preguntó Enzo, muy preocupado.

— Le aplicamos plasma, vamos a trasladarlo de emergencia al Hospital San José.

— ¿Está grave, doctor? —Preguntó Enzo impaciente.

— Requiere una operación muy delicada, la verdad, lo veo mal. Necesita sangre tipo “O” positivo.

— Es mi tipo, yo se la puedo dar, doctor —contestó Enzo.

— Pase con la enfermera y después contacte a sus padres, necesito autorización de ellos para la operación.

— Los llamaré. —Dijo Enzo, y después cerró los ojos, moviendo los labios en silencio.

— Sí, doctor, yo soy Esteban Blanco y esta es mi esposa Luisa.

— ¿Cómo ve a mi hijo?

— Pablo está en coma.

— ¿Cuánto tiempo durará mi hijo así doctor? —Preguntó Luisa, mordiéndose las uñas.

— No lo sabemos señora, pero si el mu...

— ¡Doctor! —se acercó jadeando una enfermera— ¡Doctor!, el muchacho despertó, y quiere levantarse.

— ¿Es una broma? —Dijo el galeno, incrédulo.

— No, doctor, se lo juro, el joven está consciente.

— ¡Jaque mate! —Dijo Pablo desde su cama reclinatoria; parecía momia con la cabeza llena de vendas y mirando a los ojos de un contrincante turbado por la impotencia. Enzo observó con congoja a la reina blanca llevarse a su torre negra, al mismo tiempo que amenazó a su rey sin ninguna esperanza de cubrirlo o de ayudarle a escapar, estaba perdido.

— Estás tan bien, que podría jurar que es cierto lo que dicen de ti en el internado. —Dijo Enzo.

— ¡Ah!, no sabes lo que dices —se llevó una mano a la cabeza por el dolor que sentía— ¿Qué es lo que dicen de mí?

— Qué eres brujo; ¡tú mismo me confesaste que lo eras!, ¿recuerdas?

— ¿De dónde sacas esas sandeces? —dijo Pablo, pensando que su hermano le bromeaba.

Enzo continuó dudando la sanidad mental de su hermano.

— Entonces, ¿nunca fuiste un mago como tú me lo decías?

— ¡No... Nunca!

Traición

En una recámara de la mansión de los Blanco, Renato entró por una puerta que dejó entreabierta. Ahí estaba Luisa, descubierta de la cintura para arriba, mudándose de ropa.

—Perdón comadre, no sabía que estaba aquí. —Dijo mirándole los senos.

Luisa destapó la blancura de su sonrisa. En vez de cubrirse, soltó la falda, cayendo esta en la alfombra.

—No te hagas el chistoso Renato, y entra; te estaba esperando.

El compadre se le acercó, le acarició los senos; ella sonrió y lo abrazó. En ese momento Beatriz pasó por la recámara y vio cuando ambos se besaban. El monstruo verde de los celos se apoderó de ella; quiso gritar, reclamar, descubrirlos, pero algo la detuvo; una idea le llegó como inspiración. "*Maldita*—pensó, frunciendo el ceño—, *pero voy a vengarme con lo que más te duele. Le voy a dar la noticia a Esteban*" —se dijo entre dientes—. "*Pero será en el momento apropiado*", y rasgó el mandil que tenía en las manos.

Era un día sereno y cálido en altamar. El olor a sal y humedad desprendíanse del agua, pegábanse en la piel de los marinos, sustrayéndoles las energías. Las gaviotas para hacer sus planeadas, dejábanse llevar por fuertes ráfagas de aire.

Don Facundo y Renato estaban en un viaje de pesca a bordo del Luisa 1, el impresionante velero que Facundo bautizó en honor de su esposa. Los brazos de los pescadores se abrieron en abanico para tirar la red. Cuatro cajas de cerveza, dos botellas de tequila, contenedores para peces, un cesto de sándwiches de jamón y queso... entre otras cosas, era lo que parecía importante y que contenía la embarcación. Un par de botellas de tequila y veinticinco botellas de cerveza vacías, rodaron en la borda del velero. Los dos empezaron a apostar. El que atrapase más peces en la red, ganaba. Renato hizo a un lado la cubeta con la pata de chivo dentro, para que su compadre Facundo descargara su chinchorro.

— Esta vez sí me ganó compadre. —Dijo Renato —

Con el índice y el pulgar de la mano izquierda cubrió la corcholata, y con la hoja de un cuchillo destapó la botella de cerveza que se llevó a la boca, y cuando quedó sin líquido la dejó caer. Se pasó la mano por los bigotes y volteó hacia su compañero.

— Oiga compadre, ¿y cómo quiere que lo llame, Facundo, Esteban, o señor Duque...? Facundo jaló la malla con torpeza y desparramó los peces en los contenedores; algunos salieron saltando hasta quedar asfixiados. Fingió no escuchar. Mirando a los peces caer en los baldes, Renato recogió algunos que cayeron al suelo para regresarlos a los contenedores. Facundo, que había suplantado con papeles falsos la identidad de Esteban Blanco, quedó arrepentido de haber confiado al compadre su secreto.

— Compadre, le juro que jamás había visto tanta hospitalidad; yo le agradezco que después de la quemazón de mi casa, me haya admitido en la suya; quiero que sepa que siempre le voy

a agradecer porque cuando eso sucedió, mi Beatriz y mis críos pos no teníamos a donde ir.

— No se preocupe por corresponder compadre, si mi casa se hubiese quemado, usted me hubiera asistido igual, ¿Qué no?

— ¡Claro compadre! —Una gaviota chilló desde lo alto, Renato alzó la vista y luego pateó un pescado hacia los baldes. Facundo continuó:

— Además, Pablo y Enzo son mis únicos hijos, y les hace bien la compañía de los retoños de usted.

— Entonces, Pablito mi ahijado es el hacendadito, ¿no es así compadre? —pero Facundo volvió a ignorarlo.

— Algún día tendré la riqueza que siempre he deseado compadre, y usted me va a ayudar, ¿verdad? —Preguntó Renato.

Con la cabeza dándole vueltas, y meneándose hacia atrás y adelante, Facundo se detuvo del borde del navío para no caer. Renato se acercó y lo tocó en los hombros. Miró de reojo hacia el mar y le guiñó un ojo con el pensamiento, como si el mar fuera su aliado o socio en contingencias.

— Sí compadre, usted no se preocupe de nada. —Contestó Facundo.

— Oiga compadre, también la comadre le hace a la...

— ¿Brujería? —Vamos, porque no lo dice; usted mismo me pidió que le presentara a la gran Demea.

— Sí, es verdad. Ya van seis meses que me inició usted con la sacerdotisa; pero es que la comadre también es tan misteriosa...

— ¿Por qué?

— Pues porque cuando usted y yo estamos en el estudio, ella nunca nos acompaña.

— No sé, así es Luisa...sus razones tendrá —y mirando por todos lados, dijo—Oiga compaito, entonces, ¿se acabó el

tequila?

— Sí, hace mucho que nos lo bebimos todo. —Dijo Facundo apuntando hacia una botella en el piso.

— Usted ya sabe como son las mujeres, nunca las va a comprender uno, compadre. —Dijo Facundo, y se agachó para agarrar una cerveza de la hielera.

Los ojos de Renato se abrieron y un fulgor extraño emanó de ellos al toparse con la espalda de su compadre. Tomó la barra de acero que estaba al lado de un contenedor, y dio un paso al frente...

5

La promesa

La mansión se vislumbró desde donde empiezan los arbustos de canutillo que dan al camino real, a un lado del peñón de los muertos y el lago de las zarzadoras. En la parte posterior de la finca; el laboratorio se conectó hacia abajo, donde corre el arroyo. En la noche casi siempre se miró un rectángulo de luces sobre la estancia. Éstas permanecieron encendidas hasta muy tarde. Dentro, a un lado de la entrada, un enorme cuervo disecado terminó parado en un pedestal de herrería. Había mesas largas cubiertas de probetas y frascos de químicos con ingredientes extraños.

Puesto sobre una repisa, una estatua de San Cristóbal y otra de San Martín Caballero, quedaron iluminadas por velas color brea. En la misma pared estaba un espejo empolvado y cubierto de telarañas. Un baúl con la chapa recién forzada, yacía en una esquina como un castigado. Todas las jaulas eran enormes. En una, cuatro papagayos comieron granos de trigo y chiles jalapeños; uno de ellos voló retozón a través del espacio libre, añorando la jungla de su libertad; en otra, seis conejos mordisquearon unos pedazos de lechuga. Enfrente de los roedores, otra jaula le dio hogar a dieciocho canarios amarillos y azules. *¡Cocorico! ¡cocorico! ¡cocorico!* Un gallo retozón voló hacia

la mesa y de un manotazo fue a dar al suelo. Un gato paseó nervioso, lamió los bigotes y fijó la mirada en donde estaban los palomos. El hombre sentado en la mesa cogió la botella, se la empinó, y al poco tiempo la dejó caer vacía.

— ¡Melitón! —Gritó, y un perro labrador despertó, se levantó al instante y se dirigió meneando la cola a su nuevo amo.

— ¡No!, ¡a ti no Rulfo! ¡Melitón, estate quieto!

Muy disimulado, el minino se hizo el inocente y empezó a maullar para llamar la atención. El hombre, ignorando el hambre del felino, sostuvo el libro de encantamientos con una mano y con la otra señaló con el índice una oración. La mirada se le perdió y llevó una mano a los bigotes para peinarlos con los dedos. Así se quedó por un instante.

— ¡Claro! ¿Porque no lo pensé antes? —Dijo en voz alta, como si estuviera acostumbrado a platicar con fantasmas.

Tambaleándose, se levantó moviendo la silla a un lado, se dirigió al baúl, lo abrió, y sustrajo un estuche.

— ¡Demea! ¡Demea! ¡Ilumíname para obtener el poder del escapulario! ¡Dame ese poder para abrir el estuche sagrado!

Por contestación reinó el silencio.

— ¡Oh, gran Demea! ¡Perdóname por haber violado el baúl de mi ahijado...! —Más silencio...

— ¡Permíteme ser el que obtenga ese poder, pues fui yo quien vengó al verdadero Esteban...!

Un trueno hizo que las jaulas cayeran. Al hacerse añicos, un pedazo del espejo se le incrustó en el ojo derecho, haciéndolo gritar:

— ¡Noooooo! ¡Perdón Demea, perdón Demea! ¡No me castigues! —Llevóse la mano al ojo que ya le chorreaba sangre, pero no se atrevió a tocarlo. Con el ojo bueno pudo observar

una neblina que se coló por la puerta abierta. La bruma tomó la forma de una serpiente emplumada con cabezas de tigre. Un joven vistiendo una túnica de jaguar, un penacho de quetzal sobre su cabeza, sacó una concha que tenía oculta en la capa; la llevo a los labios y la hizo gritar con tal furia, que un estruendo de graznidos y aletear de pájaros irrumpió en el lugar. Las cabezas felinas abrieron las fauces para mostrar lenguas viperinas y hablaron.

— ¡Renato! ¡El elegido es otro...!

Las voces tronaron y las paredes se cuartearon. El piso se partió en dos y entre la bruma Renato vio un esqueleto con la ropa de su compadre Facundo.

— ¡Perdón!, ¡perdón por haberte matado!—repitió el hombre—, ¡por querer aprovechar tus reliquias! ¡Perdóname y juro que ayudaré a mi ahijado a recuperarlas, pero no me mates...!

El hombre cayó al suelo retorciéndose como un gusano, cerró el ojo bueno, y después de unos quejidos, se sumergió en el sueño.

Temprano en la mañana, una mujer en bata abrió la puerta del laboratorio.

— ¿Otra vez borracho, Ren? —Le dijo ella sacudiéndolo de un hombro—. Me imaginé que por esto no fuiste a dormir a casa ¿Qué te pasa, por que esa cara?

Sin contestar, Renato se llevó la mano al ojo lastimado. Se levantó y vio que todo a su alrededor estaba como siempre. Las jaulas en su sitio, las paredes sin cuarteaduras. Se dirigió al espejo y contemplándose en él, descubrió sus ojos sanos. — Rayos... podría jurar que lo que soñé anoche fue tan real como la sed que tengo —Llevó el dedo índice a la nariz como pensando— ¡Sí!, ¡creo que anoche tomé de más!

Sacudió el pantalón y se dirigió hacia los anaqueles para sacar una botella de whisky. La destapó y la empinó como un condenado a morir de sed. Sin extrañar su forma de beber, Beatriz preguntó:

— Nunca habías hecho esto. Tirarte en el piso en esa forma, ¿Qué te pasó anoche?

— Tuve un sueño... no, una alucinación.

Abrióse la puerta y por ella entraron dos jóvenes.

— ¿Qué pasa mamá? ¿Por qué mi papá no vino a dormir anoche? —preguntó Rebeca, la hermosa chica de 18 años.

— Yo ni me di cuenta. —Contestó Felipe, el hermano, un año mayor que ella.

— Claro, si son como su padre; cómo se van a dar cuenta si una llega a una hora y el otro a otra, ¿A dónde fueron? — Preguntó la madre.

El joven se llevó la mano a la cabeza y la rascó.

— Te dije un día anterior que iba a quedarme con Ramón; hubo reventón, ¿no lo recuerdas mamá?

Ignorándolo por un instante, la madre vio con curiosidad el estuche negro sobre la mesa:

— Sí, ya recuerdo; pero vámonos, Luisa ya tiene listo el desayuno.

En eso la puerta volvióse a abrir, y un niño de tres años, vistiendo una pijama y un gorrito de béisbol, entró.

— Lo estaba buscando por todas partes. —Dijo el hijo de Luisa. Renato se levantó de la mesa y vio al niño con adoración. El niño jugueteó con sus manos metidas en las bolsas del pantaloncito.

— ¿Que tienes ahí, Tochito? Preguntó Renato

—Aquí teno una danita, y acá teno una lagadtija —limpióse los mocos con la manga de la pijama y puso la ranita y la

lagartija en el suelo—. La etoy entenando pada un concudso de cadedas. —Dijo, meneándose para un lado y otro muy contento.

— No se dice danita ni lagadtija.

— Ra ni ta, La gar ti ja. —Corrigió el hombre.

— A ver, ¡repítelo!

El niño se volvió a limpiar los mocos.

— Da ni ta, la gad tija.

El padrino volvió a corregir.

— ¿Cuándo vas a aprender? Preguntó Renato, desesperanzado. Con los mocos salidos, el niño contestó:

— ¿Y si mejod las pateo?

Todos los ojos estaban puestos en Tochito. La lagartija corrió perdiéndose por la grieta de una pared. Mientras Renato jugaba con el niño, Beatriz los observó como un águila espía a su presa.

— *“No puede ser —se dijo—. Las caras son idénticas”*. Ella se puso del color del zacate en primavera y los ojos le chispearon cuando levantó el estuche de la mesa, lo trató de abrir, y al no poder hacerlo, lo aventó con tal fuerza, que fue a dar a un lado del platón de Rulfo.

— Luisa ya tiene listo el desayuno, será mejor que vayamos al comedor. —Dijo Beatriz para disimular su ira.

El hombre levantó al niño en los brazos y mirándolo le dijo:

— Sí, usted y yo nos vamos a comer.

Sentados en la mesa servida, Beatriz comunicó:

— Esta tarde les tengo una sorpresa. —Y esbozó una sonrisa.

— ¿De qué se trata? Preguntó Renato

— Les voy a cocinar algo delicioso. —Dijo, haciendo énfasis

en delicioso.

— ¿Por qué no dejas que Luisa te ayude? —Dijo Renato, paseando algunas partículas de huevo que le colgaban del bigote.

Luisa tomó un cacho de pan de la canasta y rompió el silencio.

— La ausencia de Esteban me preocupa —partió un pedazo y miró a Renato, luego a Beatriz—. Desde que hizo el viaje a Peñasco, no he sabido nada de él. No sé si esté aquí, o tal vez...

— ¿O tal vez que, Luisa? —Preguntó Beatriz.

— No, nada... terminando de desayunar voy a indagar al pueblo.

— Yo la puedo llevar comadre —dijo Renato sonriendo, al mismo tiempo que acomodaba la corbata. Luisa miró a Beatriz, luego objetó:

— No creo que a la comadre le guste, pues va a quedarse sola.

— ¡Se equivoca comadre!, usted necesita que la lleven, además, a mí también me preocupa la ausencia de mi compadre. —Dijo Beatriz, apremiante.

Renato pasóse la servilleta por los labios:

— Pues será mejor que nos apuremos, si usted ya terminó comadre, yo estoy más listo que un cachorro, además, por la tarde ya estaremos pronto de regreso para saborear tu delicioso platillo. —Volteó hacia su esposa.

Al transcurrir el día y parte de la tarde en la cocina, Beatriz preparó lo que pensó fue el manjar más delicioso. Esa noche, Renato y Luisa regresaron muy hambrientos. Beatriz tenía todo listo.

— Mientras les sirvo, díganme, ¿qué noticias trajeron de mi compadre? —Dijo Beatriz muy amigable.

Renato adelantó:

— Fuimos al departamento de policía —clareó la garganta y

tomó un sorbo de leche para calmar los nervios—, preguntamos por él, pero como no supieron decirnos nada, llenamos una forma para que lo localicen en los pueblos vecinos.

Luisa participó:

— Preguntamos por todas partes pero parece que se lo tragó la tierra.

Beatriz puso la olla del cocido al alcance de ellos para que se sirvieran. Se metió otra vez a la cocina y al momento regresó con el guiso.

— ¡Mmmm, esto se ve y huele delicioso! —Dijo Renato.

— Gracias. El cocido lo hice con pétalos de amor porque así sabe más sabroso.

— A mí lo que me llamó la atención es el estofado de picadillo, le salió riquísimo; ¡me tiene que dar la receta! —Dijo Luisa chupándose los dedos.

— No se preocupe, se la daré.

Renato repitió su plato y después que terminó, Luisa hizo el intento de levantarse.

— Y Tochito, ¿no le dio mucha lata?

— No se levante, Tochito esta dormido. Jugó tanto que el pobrecito quedó bien cansado —dijo Beatriz y se metió en la cocina ensimismada en sus pensamientos. — ¡Pobrecita, que preocupada se encuentra!

Impresionado y un poco confundido, Renato quiso decir algo, pero Beatriz, que ya venía con el pichel de agua fría lo interrumpió:

— Tengo otra sorpresa. —Dijo con la cara que hace la gente cuando hablan de la natividad.

— ¿Todavía hay más? Dijo Renato muy complacido.

— Sí, el postre. —Dijo su cónyuge, y entró otra vez a la cocina

para regresar al instante.

— Entonces, ¿De veras les gustó la carne? —Preguntó sosteniendo la olla con la mano derecha y la tapadera con la izquierda.

— Sí, muchísimo. —Contestaron con una gran sonrisa.

— Qué bueno contestó Beatriz —dejando la tapadera sobre la mesa, sacó de la olla una cabeza cercenada mostrando los dientes, y sarcástica, continuó—, porque él se veía tan tiernito, se los sabrá agradecer. ¡Dios lo conserve en su gloria! ¡Se parecía tanto a mi Renato!

Luisa dio un alarido, así como los que dan los reos de la merced cuando les despellejan la espalda y les ponen cal viva para que canten sus picardías... Se llevó las manos al cuello, vomitó sobre el comedor y salió corriendo.

Renato cogió un cuchillo del tamaño de una gallina y correteó a su esposa por toda la casa. Cuando salieron por el jardín descubrieron el cuerpo de Luisa bamboleándose de una cuerda eléctrica. Todavía retorciase bajo el nogal del patio, que sin ser muy fuerte, la rama quebróse y la mujer fue a dar al suelo.

Después de un momento, la bajaron todavía con vida y la llevaron a la recámara donde estaban colgados los retratos de sus hijos.

— ¡Pablito! ¡Pablito! —Dijo la moribunda en el delirio de los que se suben a la panga para hacer el último viaje. El doctor le alcanzó a prolongar la vida un poco más; suficiente tiempo para traer a los hijos del internado.

— Quiero ver a Pablito —Dijo ella, sin dejar de toser.

Unos momentos después, entraron Pablo y Enzo.

— ¡Pablo! —Dijo Renato —¡Rápido, tú primero!

Renato tomó del brazo a Lorenzo y lo sacó del cuarto.

— Pero si ella también es mi madre...

— Ya podrás verla cuando tu hermano salga...

El cuarto estaba en penumbra y Pablo encendió la luz de una araña eléctrica.

— No apaguen la luz. —Dijo Luisa con voz disipada.

— Aquí estoy. —Dijo Pablo.

— Pablito, hijo, hay cosas que debes saber, pero no hay mucho tiempo...

— No te esfuerces, te pondrás bien. —Dijo Pablo, con cara de cachorro abandonado.

— Eres el único que puede salvar a tu hermano Enzo...

— ¿Por qué me dice eso, mamá?

— Acércate, no me queda mucho... tiempo. —Dijo con voz que tienen los motores cuando se les quema el embobinado.

— Tienes que prometerme algo.

Pablo la miró con pena.

— ¿Qué desea?

— Tu perdón.

— ¿Mi... perdón? —Dijo Pablo asombrado

— Por todo lo que te hemos hecho; si no lo sabes ya, lo sabrás después; ¿Me perdonas? —imploró.

— Sí, le perdono.

— También necesito que cuides a tu hermano Lorenzo... él ya no... tiene a nadie.

— ¿A nadie? ¿Y mi papá? ¿Luego yo?

— Tengo sospechas que tu papá fue asesinado por... coff coff coff... Pablo... tienes que... prometerme que vas a ver por Enzo. Pase... lo que pase... ¿lo prometes?

Lleno de dudas, Pablo vaciló un momento, cuatro segundos bastaron.

— Sí, lo prometo.

— A...cércate... —ella se esforzó en seguir hablando y dijo algo más al oído de Pablo. Mientras hablaba, el semblante del muchacho se desfiguraba más y más como plastilina en manos de escultor. A los pocos segundos expiró.

6

La visita

Era la hora de la comida en el internado. Los estudiantes hicieron fila con bandeja en mano. Una línea de contenedores ofreció diferentes tipos de platillos: pollo frito, lomo de cerdo, hígado encebollado, estofado de ravioles, albóndigas gigantes... Pablo y Tavo hicieron fila.

— ¿Por qué tan reservado? ¿Qué te pasa? —Preguntó Tavo.

— No sé—siento que alguien vendrá a verme. Es una sensación muy rara.

— ¿Ya vas a empezar con tus hocus pocus?

— No, claro que no —y señaló con la cabeza. —Ponme en tu charola ese cartón de leche ¿Sí?

Tavo levantó la leche y la colocó en su charola; después el estómago se le hizo panza de perro cuando aterrizó la vista en el contenedor de las albóndigas.

— Mmmh, estas albóndigas están hechas con amor —se sirvió un platón—. Te las recomiendo.

— Sí Tavo, pon otro para mí.

— Eso de las albóndigas... ¿Lo dices porque te recuerdan a las que hacía tu mamá en casa? —Preguntó Pablo.

Tavo no respondió; pero ya sentados en la mesa, le fijó la mirada por un momento, y con la cuchara en mano, dijo:

— Sí, es verdad, son como las que hacía mi madre.

— ¿Recuerdas que al final de las albóndigas tu mamá tenía la costumbre de darles nieve a todos ustedes?

Tavo se puso el índice en la nariz.

— ¿Recuerdas también la vez que tu hermano Francisco pidió un segundo plato y tú le dijiste que comiera monda?

José levantó el ceño, extrañado. Pablo, con los bigotes llenos de leche, continuó.

— Fue entonces cuando tu papá te cruzó de un manazo y te mandó al suelo con todo y silla, ¿recuerdas?

Tavo ya no pudo aguantar más.

— Sí, sí, pero ¿Cómo te enteraste de eso? Eso nunca te lo dije; no conoces a mi familia.

— Dijo Tavo con los ojos saltados.

Pablo contestó suspirando.

— No lo sé Tavo, te juro que no lo sé. Esa noche, antes de meterse a la cama, Pablo entró al baño. Sacó el cepillo de dientes y lo embarró de pasta, pero al mirarse en el espejo, el rostro le cambió de la sorpresa y tiró el cepillo. La imagen del espejo no era la de él. La imagen, con nariz de camaleón y dientes de daga, empezó a salir del espejo. Un enano con cuerpo de mandril apareció enfrente de él. Un par de antenas le resbalaron por el pecho lleno de grietas.

— ¿Qué es esto? —Preguntó Pablo en silencio. Pero para evitar ofenderlo le dijo: —¿Quién eres?

— Soy el duende Malakazín. —Respondió, moviéndose de un lado a otro, como teniendo prisa por ir al baño.

Pablo intentó presentarse, pero el duende no lo dejó.

— Yo soy...

— Sé que eres Pablo Blanco, el gran elegido. —Dijo el duende

sonriendo.

— De ninguna manera soy un favorecido; no me hagas reír.

Al oír esto, el duende se sintió muy importante.

— *Hacer reír al elegido es para mi un gran honor.* —Pensó. Y muy alegre se puso a saltar. En cada brinco se fue elevando más y más hasta que pasó lo inevitable. Se golpeó la cabeza contra el techo y cayó al piso de cemento retorciéndose del dolor. Le salió un chichón del tamaño de una pelota de béisbol. Pablo no pudo evitar seguir riendo. El duende se quejó y se quejó; en cada lamento se fue haciendo más y más pequeño hasta que desapareció.

— HEEEyyy —dijo Pablo—, no me dijiste la razón de tu visita, ¡Regreeeesaaaaa!

En un momento el duende reapareció, deschichonado y sonriendo.

— Hola.

— Bueno, soy todo oídos. —Dijo Pablo.

— Vine a revelarte algo siniestro. Hay alguien que te quiere hacer daño.

— Pero, ¿quién me quiere hacer un mal?

— El asesino de Facundo —dijo y aventó los tentáculos hacia atrás—. Al morir Facundo, el infame que lo mató adquirió ciertos poderes; pero no te preocupes; pocos mortales son protegidos por los dioses así como estás tú. Tienes un protector, y este es más poderoso que el de Renato.

— ¿Quién es?

— Xochipilli, Dios de la alegría y la justicia. El mismo Señor que envió al cristo mexicano, al gran Quetzalcoátl para limpiar los yerros de los aztecas. Te ha escuchado todas las noches cuando le haces honor y está muy complacido contigo. A pesar

de que ya te ha dado algunos poderíos, como el del vaticinio, hay algo de tu pasado que desconoces, pues el adivinador es el último en enterarse de su propio destino.

— Sé que me crié aquí en Sonora, que mis padres me educaron y me mandaron a esta escuela para hacer carrera.

— Facundo y Luisa no son tus verdaderos padres. Tus auténticos progenitores murieron en Hermosillo. Facundo te trajo aquí después de terminada la cristeada; cometió crímenes horrendos para usurpar la fortuna de tus verdaderos padres.

Azorado, Pablo preguntó:

— ¿No le quedó a mis verdaderos padres alguna familia?

— No se les conoció ninguna otra. Todos, incluyendo un medio hermano murieron por un conjuro, excepto...

— ¿Excepto qué?

— Uuuups, perdón, no se me está permitido revelar el excepto.

— ¡Dímelo!

— ¡Enzo no es tu hermano! —Dijo el duende.

— ¿No lo es?

— En la muerte de tu familia alguien hizo un encantamiento en contra de ella. No necesito decir quien hizo el conjuro, ¿verdad?

Pablo se puso la mano entre la boca y la nariz pensando.

— Sí, ya veo, y después mi padrino traicionó a mí... a Facundo para adueñarse del estuche sagrado.

— Sí, tu padrino emborrachó a tu padrastro para asesinarlo. Lo mató para adueñarse de la mansión, la fortuna, y el estuche sagrado, que ahora son tuyos. En estos instantes tus tutores están intrigando en tu contra. Eres el último de los Blanco.

— Empiezo a odiar a mi padrastro porque sé que fue él, el causante de la muerte de mis padres, pero Facundo ya está...

— Sí, muerto como la misma tierra que sin agua y elementos, jamás produce, muerto como tus verdaderos padres lo están.

En la dirección del plantel, el Director, sentado en su escritorio, se acomodó los gruesos lentes color chapopote y hojeó el legajo de Pablo.

— ¿Así que su hermano va a quedar hospitalizado un largo tiempo? —Preguntó el Director.

— No estamos muy seguros que tanto tiempo requiera, pero con las debidas atenciones para que responda a las terapias, yo me supongo que será en un chiflido de aire en la playa, señor Director. —Contestó Enzo

— ... ¿Qué como empezó todo? Empezó así: Mi hermano sintióse indispuerto, pues fíjese que ya hasta veía seres alados vociferando fuego por la boca como si fueran dragones y por eso recayó. Hoy vamos a hacer el traslado. Necesita terapia intensiva para recuperarse del accidente ese... el del regalo; los doctores están desconcertados por sus fantasías y delirios... No, no, señor director, no se volvió loco... No, no señor director, tampoco es contagioso... No, no se va a morir, al menos no por ahora...

El rector se pasó la mano por la calva, colocó los lentes un poco más abajo de la nariz y aventó el legajo sobre el escritorio.

— Está bien, vamos a darle de baja, y sí se recupera, podremos reinscribirlo en cursos futuros.

Enzo hizo un abanico con las yemas de los dedos y preguntó:

— Dadas las circunstancias ¿Podría visitarlo cada semana a la clínica?

El director cruzó los brazos.

— Me temo que no va a ser posible Jovencito, los padres se encargarán de eso.

— Nuestros padres murieron. Pablo no tiene a nadie más que a mí.

— No me diga. —Dijo el Director recordando la visita reciente que hizo Don Esteban y Doña Luisa al hospital cuando Pablo se accidentó.

— La escuela tiene sus reglamentos y no pueden ser quebrantados. —Indicó el Director con voz resuelta.

— A propósito, ¿qué fue del maestro Diego? Todos en clase lo extrañamos. —Dijo Enzo consternado.

— Aquí nadie lo sabe —contestó el director—. Simplemente dejó de venir.

Pablo descansaba en una casa psicoterapéutica. Gustaba de hacer viajes nocturnos. Tenía el don de volar en los sueños. No todos sus viajes fueron exitosos. Una noche de plenilunio, los brazos de los árboles se doblaron por la furia del viento. Pablo, volando en las sombras, escapó de la clínica una de tantas veces. A lo lejos divisó la cúpula de una iglesia. La cruz de la bovedilla tenía la forma de un cristo gigante con los brazos extendidos. *“La otra parte de mi ser se posó en el brazo izquierdo y yo en el derecho. Escuché claramente como mi otro yo oró al cristo y yo hice lo mismo. Miré hacia abajo y me dio miedo ¡Qué extraño! me dije, debía estar acostumbrado a tanto volar en lo oscuro. Otro temor me asaltó al querer emprender el vuelo, pues temí que al hacer presión sobre el brazo de barro, este se desprendería.”*

Dos meses después, Pablo fue dado de alta. Vio un mensaje al lado del teléfono. Cuando Pablo leyó el recado, cogió sus muletas.

— ¡José! ¡José! ¡Alístate el auto!

El chofer sacó una silla de ruedas y la metió en la cajuela del Continental negro, que más que limosina, parecía carroza funeraria. Abrió la puerta lateral izquierda y Pablo entró. El auto emprendió la marcha a toda prisa. Dirigiéndose al sector sur, viajaron por media hora y llegando a un vecindario de casas, estilo reina Victoria, se metieron por una arboleda. El auto se estacionó en una casa rosa que tenía dos arcos del tamaño de un elefante africano. También había una tabla de madera con el número 23313, que colgaba de una gruesa cadena.

Pablo tocó en la puerta hasta que una señora con cara cansada y escleróticas enrojecidas, abrió y lo barrió con la mirada.

— Buenas tardes, señora, soy alumno del profesor Diego, él me espera.

— Pase, mi esposo está en el jardín. Le voy a avisar.

En un momento el profesor Diego entró en la sala.

— Gracias por venir Pablo.

— En cuanto vi su mensaje, volé de inmediato hacia acá. —El maestro le hizo una seña y caminó hacia el jardín.

— Pues ya te has de imaginar por qué te llamé. Son mis rosales, necesito que les echés un ojo porque siento que agarraron plaga.

Pablo analizó el problema y dictaminó la solución.

— El señor Lincoln y la té híbrida Paz necesitan frecuentes podas. —Bajó la vista hacia el resto de los rosales.

— Las demás están bien podadas... pero ya estoy viendo el problema...

— ¿Ves la causa del por qué se están deteriorando?

— Sí maestro. El hongo es el culpable. Es difícil verlo, pero

esos son los estragos —dijo y señaló con el índice una hoja con una mancha redonda y negra, y otra, donde sólo se apreciaba el vacío de la redondez donde había estado otra mancha negra—, a todas las flores debe rociarlas con funguicida... hágalo con frecuencia. También rocíelas con insecticida para plantas.

— Esa ahí parece muy resistente, ¡mira!, ¡no le pasó nada! —Dijo el maestro.

— Sí, se trata de una floribunda ojo de pintura, no es que sea esa una rosa muy robusta, se salvó del hongo por puro milagro.

— Alzó la vista hacia el profesor. — Maestro, yo también vine a pedirle que regrese a la escuela; preciso me favorezca explicándome por qué dejó de asistir.

— Mira Pablo, tuve dificultades con el director. Hubo cosas de las que estuve en desacuerdo, así es que decidí no ser parte de la corrupción.

— ¿De qué cosas estuvo en desacuerdo, maestro?

— Descubrí que los alumnos de la escuela son indeseables. Los familiares los quieren ver fuera de sus casas por razones que no comprendo. Los inscriben con la idea de retenerlos ahí por un tiempo. Después de graduarse, los padres ó familiares se las ingenian para inscribirlos en otras escuelas; así como en Unisombra...

— Profesor, me dijeron que usted estaba enfermo.

— Sí, tal vez fue el estrés que adquirí después de la discusión que tuve con el Director; pero cuando me puse a trabajar en el jardín, rejuvenecí.

Dos meses pasaron desde que Pablo fue a curar las rosas del profesor Diego. Algunas cosas insólitas ocurrieron en la preparatoria cuando Pablo estuvo convaleciente. El personal y la filosofía de la escuela cambió. Todo empezó cuando

arribó el hombre de traje negro con un bastón en la mano. Entró en la dirección para hablar con el Director. Se oyeron ruidos extraños y por fin salió con el Director para no regresar.

Enzo alardeó:

— El nuevo personal es agradable; fijate que hasta mis nuevos maestros me sonrén.

— Le dijo el comal a la olla. —Indicó Tavo, sonando irónico.

— ¿Qué quieres decir con eso? Preguntó Enzo extrañado.

— ¡Que tú tampoco sonrís! Bueno, ya recuerdo la vez que doña Petrita me estaba explicando sobre la ley del Quantum en el grupo aquél; yo tenía un plátano en el lomo del sofá y no vi que desde atrás llegó Pablo y se lo comió. Cuando él estaba comiéndoselo, yo ni color me di, pero recuerdo muy claro que tú estabas miado de la risa. Cuando me acordé y di la vuelta para agarrarlo nomás me quedé con la banana de aire en la mano —dijo Tavo y decidió cambiar de tema, pues la partida del regente le pareció muy misteriosa—. Oye, lo que no entiendo es ¿Por qué tuvo que marchar el Director tan de repente?

— No lo sé —contestó Enzo—. Algo extraño está pasando.

— ¿Te fijaste en los zapatos del visitante? Preguntó Tavo.

— No. Yo no vi cuando llegó, ¿Qué pasó?

— Podría jurar que esos zapatos nunca tocaron el suelo.

— ¿No?

— También vi que una luz salía de la punta del bastón. Presiento que algo más va a suceder. —Comentó Enzo.

— Se nota que te juntas mucho con Pablo, ya estas hablando como él... en fin, si algo ha de pasar que truene de una vez.

— ¿Por qué?

— Porque la semana entrante es la graduación.

- ¡Oh! ¡Qué nervios...! Dijo Enzo sintiendo incertidumbre.
- Estoy seguro que si alguien aquí sabe lo que está pasando, ese debe ser Pablo.
- ¿Pablo? Preguntó Tavo asombrado. —Pero si él ya no está con nosotros...
- ¡Oh, es un presentimiento!
- Pero ¿quién es el nuevo Director?
- Es un interino nombrado por el nuevo propietario de la escuela; dicen que piensa poner al profesor Diego como nuevo Director, si es que el profe acepta.
- Que raro se siente uno, ¿verdad? —Dijo Enzo.
- ¿Por qué?
- Porque pronto terminaremos la escuela y casi todos nuestros maestros son nuevos, ¿si te has fijado en lo absurdo que esto es?
- Mmmm — moviendo la cabeza, se sentó en el cemento del corredor y abrazó las piernas para ponerse cómodo—, claro, absurdas, como muchas otras cosas en la vida también lo son.
- Bueno, hay que seguir pegándole a los libros; falta una semana para los exámenes finales —Dijo Tavo mordiéndose una de sus rodillas.
- Te noto nervioso Octavio, ¿qué te pasa?
- El chico volteó para mirarlo y contestó:
- Mira Enzo, necesito ayuda en química, si no la consigo, creo que voy a reprobado.
- ¡Uuuuuy!, si la repruebas no podrás graduarte.
- Lo sé. Y creo que ya es demasiado tarde.
- ¡Nunca digas demasiado tarde! Yo tengo la solución.
- ¿Cuál?
- Conozco al tutor perfecto para ti.

— ¿Quién?

— ¡Lorenzo Blanco!, ¡tu mero servidor!

Enzo se levantó, sacudió el pantalón y ordenó:

— Levántate, ahora mismo vamos a la biblioteca, no hay tiempo que perder.

Tavo empezó a levantarse con timidez. —Pero...

— Nada de peros.

— Pero es que quiero que sepas una cosa... dijo Tavo titubeando.

— ¿Qué cosa, por que tanto misterio?

— Es que la verdad, yo estoy aquí con beca y no tengo dinero para...

— ¿Con beca y estás tronando?

— Sí, pero vieras el trabajo que me cuesta entender esa materia

— Eso sí que es un problema, pero no te aflijas, siempre hay modos, vamos.

Cuando llegaron a la biblioteca, Enzo le dio las primeras instrucciones a Tavo sobre los misterios de la química.

Una semana pasó y llegó la graduación. Tavo salió exitoso gracias a la ayuda de Enzo. El día de la graduación Enzo marchó en las filas de todos los graduados. Escuchó el discurso de despedida del profesor y Doctor en Ética e Historia, Diego Domínguez Espino.

“...y el individuo que menos se acerque a las trampas de la sociedad, vivirá la vida más tranquila y feliz. Busquen la verdad dentro de ustedes. Lo que es verdad en sus corazones, también lo es para todos los individuos. Confía en ti, confiar en el juicio de otros es cobardía. La sociedad no es la medida de todas las cosas, pero tú sí. Si sigues tu conciencia, no te arrepentirás de tus acciones. Si quieres algo, tienes que nombrarlo para reclamarlo. Juro que el individuo que sigue a

su conciencia, será un semidiós. Recuerda que tú creas tu propia experiencia. Que no puedes cambiar aquello que no encaras. Las aguas de oscuridad que los ahoga, serán las mismas aguas que los lleve a la transformación; flotarán, y llegarán al bosque del verdor.”

Así terminó el discurso de despedida. Los graduados dejaron las sillas del prado. Caminaron hacia un gran compartimiento de madera. Los graduados se quitaron ribete y toga, arrojándolos en un cajón del tamaño de un *triceratops rex*. Enzo observó como los padres abrazaron a sus hijos, como los hermanos felicitaron a sus hermanos. Buscó con la mirada entre la muchedumbre, y por más que intentó no encontró a sus familiares. En ese momento deseó que sus padres viviesen para que lo acompañasen en esa ocasión tan especial. Extrañó a Pablo, él tampoco estaba presente en su graduación. Sintió tristeza, caminó un poco. Alzó la cabeza al cielo, y oró al Cristo de Jerusalén, que pensó no era el Cristo de Jerusalén sino del mundo entero; sin embargo, también pensó que todo era vano. — Mi cerebro ha descubierto mucho conocimiento y ciencia, mas todo esto es como dar de manotadas en el aire, porque en el conocimiento del tamaño de elefantes, hay locuras y desvaríos, y si te bañas en el río de la ciencia, te bañas en el río del dolor y la tristeza. —Pensó en los existencialistas y sintió que no había respuestas; que si las encontraba sería quizá después de esta vida. Continuó caminando. Sintió un alivio al poder caminar y se acordó otra vez de su hermano.

El pacto

Renato se dirigió hacia el estuche, lo tomó con una mano y con la otra le introdujo un pisapapeles para romper la cerradura. Se detuvo un momento y le llegó un pensamiento “¡Me lleva...!” “Primero Tochito...y ahora ...¡maldita sea! ¡pobre muchacho!” —dobló la hoja del cuchillo y volvió a maldecir.

Dejó la mesa, caminó hacia las gavetas y sacó un botón de peyote y se lo llevo a la boca. Lo mascó e hizo un gesto de amargura. Dos minutos después ingirió una segunda bola. Cuando abrió la portezuela de la gaveta de los licores, descubrió que estaba vacía. El perro lo siguió y Renato lo recibió con una patada. Siguió pensando sin desconcentrarse.

— Tengo un gran problema —dijo en su acostumbrado monólogo y se llevó la mano a la barba para seguir reflexionando—. Sería capaz hasta de servir al diablo para conseguir lo que quiero... —al momento fue interrumpido por varios toquidos en la puerta.

— ¡Entre! —Ordenó él, y el ama de llaves abrió la puerta.

— Señor, hay alguien en el recibidor que quiere verlo.

— ¿Quién es?

— No sé, pero me dijo que tiene la solución a su problema.

Renato se sobresaltó y preguntó extrañado.

— ¿Quién es?

— Es una anciana jorobada y desdentada.

— ¡Medea! Dijo en voz alta.

— ¿Quién?

— No... no me hagas caso Jimena; mira, condúcela aquí y también tráeme unas botellas y las metes en la gaveta, está vacía.

— Sí señor —dijo el ama de llaves — ¡Ah! También sabe que...

— ¡Jimena! ¡Por un demonio! ¡Lárgate y haz lo que te digo!

La sirvienta se retiró, guió a la visitante al laboratorio y se retiró a buscar las botellas.

— Hola Renato —Dijo la anciana.

— ¿Nos conocemos? —Dijo él sintiéndole el corazón trotar como cuaco de carreras.

— Sí, aunque ya nos hemos topado varias veces, nunca me había presentado ante ti en esta forma.

— ¿Quién eres?

— El Diablo.

— El Dia... —Renato dudó y confundido sonrió de nervios.

— No me hagas bromas...

La vieja para probar su identidad, dijo:

— Yo no pido pruebas de fe —Levantó la mano abierta hacia la puerta y sobó el aire. La puerta se abrió y entró un niño brincando hacia los lados, muy contento.

— ¡Tochito, hijo! —Renato quedó paralizado de la impresión y contempló al niño. La vieja extendió la mano hacia el chiquillo.

— Tochito está vivo. Jamás murió. Beatriz sólo mostró la cabeza de un chivo y te hizo creer en la muerte del niño. Como ves, la partida de Luisa fue innecesaria.

El niño caminó hacia Renato, metió la mano en el pantalón, y saltando de gusto le informó.

— Aquí teno una togtugita, te la taje de degalo pa que no stes tiste. —Puso la tortuga en el piso y Tachito desapareció.

Renato no pudo evitar derramar una lágrima y al acercarse a la tortuga para levantarla, esta se convirtió en una mujer.

— ¡Luisa! ¡Oh nooo...! ¡No puede ser...!

— Sí, soy yo —alzó los brazos hacia Renato y dijo—: ven, ven a mis brazos, ven... Luisa avanzó hacia él, lo abrazó y al intento de darle un beso, también desapareció.

Renato clareó la garganta pues la sintió áspera y rasposa.

— Tengo seca la garganta, necesito un trago —pensó en Jimena

— ¡Maldita gata! ¿Por qué tardará tanto?

El diablo apuntó con el índice a la puerta y dijo:

— Tu sirvienta tuvo un accidente en la bodega. Al tratar de bajar la caja de güisqui se resbaló de la silla y se desnucó al caer —luego apuntó a los anaqueles.

— Abre la gaveta.

Al abrir vio que estaba llena de botellas de güisqui. Alcanzó una, la abrió y se la llevó a la boca. Después de dar un largo trago, alargó el brazo, ofreciendo.

— No bebo. —Dijo el Diablo.

— Está bien, está bien —dijo Renato —pero ¿qué diablos puedo hacer por ti? ¿Qué es lo que quieres de mí?

— Después del número que hiciste con Facundo, pasaste a mi redil, pero hay algo que me molesta.

— ¿Qué es?

— Hay alguien que te protege, y hay una posibilidad de que salgas del corral. Pero recuerda tus palabras de hace unos

momentos, pediste mi ayuda y aquí estoy.

Renato, recordando, se llevó la mano a la cabeza.

— En estos momentos tu problema se acerca —dijo el diablo—, está entrando por la puerta de la calle.

Sintiendo urgencia, y que el tiempo todo lo apremia, Renato dijo. —Sí, Pablo es fuerte y poderoso. Si me ayudas a aniquilarlo y si me socorres a obtener el poder del estuche negro, te ofrezco mi alma.

El diablo sacó una pluma y un pliego con un juramento escrito.

— ¡Concedido! —dijo, y le entregó el estilete con la mano derecha, con el índice izquierdo le señaló una línea vacía. El demonio dejó que el silencio hiciera el resto.

Renato paró por un momento en la cláusula donde negoció su vida, y sólo pensó en sus intereses cercanos. Terminó firmando.

— ¡Ah! Perfecto —dijo Satán. Pasó la mano sobre la mesa y apareció un guiso de frijoles.

— Dale este guiso a tu esposa. Pablo va a llegar hambriento y cuando pida algo de comer, denle esto con el pollo que hicieron esta tarde.

— ¿Y si no se lo come?

— No te preocupes, lo comerá. Pero instruye a tu mujer bien.

Cuando Pablo empieza a comer, ella, ni nadie debe mirarlo; diles que salgan pronto del comedor.

Cuando Pablo llegó, saludó a sus padrinos. Él tenía cuentas que cobrarle a Renato pero se abstuvo de reclamos.

— Bueno, has de tener hambre y yo haciéndote preguntas. —Dijo Beatriz.

— Sí, madrina, tengo tanta hambre que me comería un dragón.

— Ven, pasemos al comedor. —Beatriz pidió a la cocinera que sirviera y ésta obedeció trayendo los frijoles con el pollo; después la sirvienta quedó detrás de la puerta para escuchar.

— Mmmm. Esto se mira rico. —Dijo Pablo y empezó con la carne.

— A estos frijoles no los perdono. —dijo y los devoró en un instante.

— Dígame madrina, ¿cómo están las cosas por aquí?

— Muy mal, pero no hablemos de cosas tristes, goza tu comida y mejor pláticame de tu escuela.

— ¿No recibieron mi carta? ¿Qué le pasó al teléfono? Siempre sonó ocupado.

— Pues el teléfono lo desconectó tu padrino, ve tú a saber por qué.

— Ya me gradué madrina...

Unos pasos, risas y voces interrumpieron a Pablo.

— Hola familia. —Dijo Felipe, que llegó con Rebeca.

— Hola, muchachos, ¿qué me cuentan? —Preguntó Pablo.

— Pues aquí que Felipe nos tiene un notición, lépero baquetón. Vieran como batallé para que soltara la sopa, y al final mira con lo que me salió... —dijo Rebeca.

— Pero dime Pablo, ¿Ya estás de vacaciones? —Preguntó Felipe con cara de arrestado y sin saber por qué.

— Sí, ya me dieron mi diploma de graduación.

— ¡Oh! —Exclamó Rebeca— ¡Pero nadie nos dijo nada! —volteó hacia Felipe, esperando que alguien dijese algo— ¿Verdad, Felipe?

— Sí, nadie nos dijo nada.

— Bueno, no importa —dijo Pablo— Tal vez mis cartas se extraviaron, pero ¿qué es el notición que trae Felipe?

Felipe se puso nervioso y dijo:

— Pues no sé si este sea el momento apropiado, peeeero en fiiiiin, ¡me acabo de casar! Ahora precisamente voy por Violeta para presentarla a toda la familia.

— Felicidades, Felipe —dijo Pablo y al momento enmudeció al ver que su madrina, Felipe y Rebeca pusieron a gatas y al momento se convirtieron en perros con espuma colgándoles del hocico. Pablo intentó usar su brujería para ayudarlos pero una hoja de árbol le salió de la boca. Después le salió una rama, y otra, y otra...

La cocinera que estaba escondida y escuchando detrás de la puerta, oyó ladridos y asustada salió corriendo.

Desconcertado, Pablo salió al patio para recibir aire y ahí junto a la fuente, quedó convertido en un encino.

Los perros se dirigieron a Renato y dijeron algo, pero en vez de voz, les salió un gruñido.

Él, pensando que estaban rabiosos, sacó su escopeta y les disparó hasta que cayeron muertos. En un instante recuperaron su cuerpo normal.

— ¡Oh, destino cruel, qué he hecho! ¡Ay! —Exclamó, pues mucho los amó. Al momento recordó su olvido y la advertencia del demonio.

Caminó hacia la cocina y vio sobre el piso un rastro de hojas verdes que siguió hasta el patio. Ahí, junto a la fuente, descubrió el nuevo árbol, y supo por una pulsera de plata entre las ramas, que su deseo había sido cumplido; aunque a un precio muy grande. Quedó arrepentido. Abrió el cajón de su escritorio y sacó una *luger* alemana que perteneció a su compadre Facundo. Introdujo el cañón en la boca y jaló del gatillo. “Clic,” disparó de nuevo: “clic.” Abrió el barril, estaba vacío. Las

ultimas palabras de Renato fueron: “Dios, escúchame, dame el perdón; si tan sólo pudiera deshacer todo lo que hice”.

Cuando Renato despertó ya eran las once de la mañana del día siguiente. Se encontró con las pijamas puestas y en la cama. A su lado estaban sus hijos Felipe y Rebeca. También estaban Pablo y Enzo.

— Toma esto, te caerá bien —dijo Rebeca a su padre, dándole una taza de café negro. Renato se sobresaltó cuando vio a Pablo. Estaba entre la confusión de un sueño y una realidad:

— Perdóname Pablo —dijo Renato —y como estaba a un lado de él, lo abrazó. Pablo lo abrazó y lo perdonó.

Un grito de niño se escuchó a lo lejos. Era Tochito que llegó bailando y cantando. Beatriz, arrepentida de la cruel travesura, fue a recoger al niño donde lo tenían cuidando. Cuando vio a Renato en la cama, el niño se acercó para mostrarle algo.

— Aquí teno una cadenita pada mi nuevo pedito. —Dijo dándole un beso.

Con los ojos húmedos, Renato quiso corregirlo, pero un nudo en la garganta se lo impidió.

— ¡Tsch, que más da...! —y lo abrazó.— ¡Tochito! ¡Mi Tochito!

— ¿Y cuando piensas marchar? —Preguntó Renato

— Cuanto antes mejor —respondió Pablo—. Enzo y yo vamos a instalarnos en los dormitorios de la Universidad de San Diego para estudiar, yo, floricultura y forestación; Enzo, filosofía y letras.

Renato lo miró con unos ojos de arrepentimiento y le dijo:

— Pablo, como ya eres mayor de edad, el licenciado González me revocó los derechos para disponer de todo; ahora tú eres el

que dispondrás de hoy en adelante, además...

— ¿Sí? —Preguntó Pablo.

— Mi familia y yo somos los que debemos marcharnos.

— De ninguna manera padrino. De todas formas al marcharme la casa se quedará sola. Quédese, hoy mismo voy a abrirle una cuenta al banco para que disponga de dinero e invierta en algún negocio.

— Te agradezco, Pablo, eres muy generoso —dijo Renato con lágrimas en los ojos.

El encuentro

La graduación en la Universidad de San Diego, fue el 17 de Junio. Los demás compañeros acordaron festejar con una carne asada informal en la mansión de los hermanos Blanco.

Como una fiesta sin pastel no es fiesta, Pablo decidió salir con el chofer a comprar "el keki" a una panadería. Al llegar a la pastelería, ordenó y pidió que lo llevaran a su casa. Afuera de la repostería un niño sin zapatos lloraba como un torturado, mirando la palma vacía de su mano.

— ¿Qué te pasa? —Inquirió Pablo intrigado.

— No a guta Janito. —Contestó el niño sin dejar de llorar.

— ¿Por qué no te gusta?

— A quitó mi piruli... —Pablo se metió la mano al bolsillo y extrajo unas monedas.

— Toma —le dijo Pablo—. Con esto podrás comprar más pirulís —y le pasó la mano por los cabellos. El niño apretó las monedas con todas sus fuerzas, secó las lágrimas, sonrió y salió corriendo.

Cuando Pablo regresó a la fiesta todos estaban ambientados. Pensó en la sonrisa del niño. Dejó de cavilar para mirar a Lucrecia que ocupada y distraída, inadvertió su pedido.

Lucrecia, en el bar al aire libre, preparó los tragos y

una joven del servicio doméstico los entregó a los invitados. Pablo cogió una cerveza de una tina con hielos que estaba en el piso. Alguien dijo que la carne y ensalada llegarían pronto. El no tenía hambre. Una bruma se coló desde arriba—sería el humo de los cigarros—o el olor de la marihuana que sintió al llegar, pero claro oyó a los invitados hablar incoherencias. La imagen de todos se distorsionó, arqueó y tapándose los oídos, lloriquearon histéricos. Fue al baño y se echó agua en la cara; pensó: *Creo que me estoy durmiendo*. Después regresó a su silla. Vio que Karla y Enzo se levantaron de la mesa.

— Que manjar más rico, el lingüini estuvo sensacional, no cabe duda que te la sabes de todas en la comida francesa. —Dijo Karla.

— Eres una chica muy graciosa y encantadora —dijo Enzo, mientras que la cocinera se llevaba los platos vacíos—, el lingüini es italiano, no es francés. Además éste no lo cociné yo, lo trajo la cocinera directo de la cocina.

Riendo, Karla le dio un beso en la boca.

— Sí mi amor, pero vámonos, recuerda que prometiste llevarme al teatro a ver al señor Godoy.

Enzo corrigió.

— “Esperando a Godot”, del señor Samuel Becket. — La tomó de la mano y caminaron hacia la puerta. En eso, Karla resbaló y cayó de nalgas.

— ¡Ayy! Creo que me quebré el tobillo.

— Karla, mi cielo, voy a traer hielos para que no se inflame.

— No, tú prometiste que iríamos al teatro, ve, déjame aquí, después me cuentas.

— Pero ¿Cómo crees que te voy a dejar aquí? De ninguna manera; tal vez entre los invitados tengamos un doctor. No

puedo verte sufrir así.

— ¡Lorenzo Blanco! ¡Te digo que no! ¡Hazlo por mí, ve!

Renuente e indeciso, Enzo primero dudó y después caminó hacia la puerta.— ¡No! —le dice Karla, enganchándolo de una pierna como una garrapata gigante— ¡Nooooo! ¡No me deeejeeees!

— Bueno, ya me tienes todo confundido —le dice Enzo, jalándose los cabellos. Los invitados contemplaron la escena. Uno de ellos dijo:

— ¡No puede dejarla así!, algo tiene que hacer, ¿qué no ve que está sufriendo? ¡Haga algo!

El padre de la muchacha se levantó de la mesa, sacó un revolver y se lo dio a Enzo.

— Tenga. —Le dijo, y dándole palmadas de ánimo, regresó a su mesa.

— Pero, ¿Quiere que la mate como si fuera un inútil caballo de hipódromo?

En eso, Karla empezó a bailotear los labios y relinchó:
— Bbbbrrrrrrrrrr.

— Pero... ¿Cómo creen...? —Dijo Enzo.

Todos los que estaban ahí le gritaron:

— ¡Sí, ándele! ¡Tiene que hacerlo! ¿No ve que está sufriendo?

Entonces Enzo le apuntó con la pistola y volteó la cabeza a un lado y como no queriendo ver... —¡Bang! — el cuerpo de Karla rebotó sobre el piso y terminó desplomándose.
— ¡Oh! ¡Qué he hecho por Dios! ¡Qué he hecho!

El hombre que le dio la pistola se levantó, se quitó las cejas y los bigotes para caminar hacia el lugar de los hechos y recogió el arma.

Karla se levantó como un resorte y todos los invitados gritaron

aplaudiendo a un mismo tiempo.

— ¡Braaaaavoooooooo!

Pablo sonrió comentando en voz queda: “Ahh, era sólo eso...”

Al levantar la cerveza sintió un impulso de voltear; lentamente giró la cabeza y ahí estaba sentada; sosteniendo una coca-cola, la meneó como si fuera un cóctel y le dio pequeños sorbos. Era una modelo con cara de ángel; al voltear, cruzó miradas con Pablo y sonrió. Pablo acomodó las muletas, se levantó y se dirigió a ella todavía sonriendo.

— Hola.

Ella respondió el saludo y miró los aparatos en las piernas del muchacho.

— Mi nombre es Pablo, estoy de vacaciones. ¿Es usted de aquí?

— No, soy de Hermosillo ¿Es usted investigador privado, o qué? —dijo molesta.

— Perdón señorita, es que la vi sola, y como yo también...

— No, perdone usted, es que estos últimos días me han pasado cosas...mi nombre es Diana...

Pablo extendió la mano.

— Soy amiga de Lucrecia. Ella me invitó, no tuve ganas de venir, pero pensé que me haría bien distraerme un poco. —Dijo, levantando los ojos vidriosos.

— ¿Qué le pasa Diana? La noto afligida.

Ella encogió los hombros. La fuente de cielo en sus ojos parecía estar vacía

— Precisamente, pensé que aquí me distraería pero parece que ...

— Diana, ¿tiene usted algún hobby?

Los ojos de Diana recobraron el brillo.

— ¿Se refiere a entretenimiento? Sí, me gusta imitar a ciertos actores; también me gusta leer poesía.

Alguien dijo una vez que la poesía y la música son el alimento del alma. — Dijo Pablo

— A mí también me gusta, escuche estos fragmentos: *“Ven, recárgate en este árbol que sonrío, recordemos la fragancia de las rimas que escribías. Recorramos las memorias nuestras de otros tiempos donde el embrujo y la magia gimen palpitando. Juntos juramos en la juventud amarnos. Juntos jugamos al juego del gemido, cogiendo juntos nuestras largas ilusiones, jamás dejando que la dicha se alejara. Abrí tus cartas regiamente decoradas de perfumes y colores las palabras, encontrándome la risa por tus bromas y las fresas que insertabas en tus versos. Ven, el jardín de la riqueza nos espera, donde vibra el perfume de las rosas la región de las garzas-mariposas y el aroma del amor en mil colores...”*

Calló. Dejó que los versos los envolviera el silencio. Diana le regaló una sonrisa.

— Me gustó. Esos versos no les he oído, ¿de quien son?

— De Cachetonio, el poeta de la oscuridad.

Diana no pudo aguantar más y soltó la risa.

— Me estás vacilando.

— De veras, te lo digo en serio. Así como hay boxeadores en el mundo con calidad de campeones, y no se les reconoce, también hay poetas en la misma situación. Por eso son oscuros ¿no crees?

— Sí, creo que sí.

— ¿Te gusta el juego? ¿Que artista te gusta imitar? —Dijo él entusiasmado.

— A Rita Hayworth.

— A mí a Clark Gable. —Desde donde estaba sentado, se peinó con las manos, tomó un sombrero y chaleco imaginarios, se los puso e imitó una escena que vio en “Lo que el viento se llevó”.

— “Mira querida, en verdad te digo que todo me importa un soberano bledo”.

Ella en turno se puso las manos en la cintura y pavoneándose dijo: “Oye, grandulón, ¿por qué no vienes a verme alguna vez ...?”

Cuando Pablo abrió los ojos, era la una de la tarde. Pidió al encargado del hotel que le llevara unos alka seltzers y un plato de chilaquiles. A pesar de la bebida de esa noche, no olvidó el momento en que Lucrecia lo jaló para informarle de los antecedentes de Diana. Del escape de su casa por miedo a las represalias de su padre si se enterase que su hija estaba embarazada y que el novio la había abandonado. Que tenía pensado abortar cuando cumplierse tres meses de embarazo. “Abortar”, le pareció una palabra muy mortal. Pensó en lo que ocurrió el resto de la noche. Apenas pudo dar crédito de lo que dijo. Sintió las palabras todavía frescas: *“Diana, sé lo que te pasa. Sé la historia completa de tu embarazo. Créeme que quiero que seas feliz, que tu bebé viva. Quiero proponerte que vayamos a tu casa y me presentes como tu esposo.”*

Diana lo abrazó. *“Gracias, eres una persona muy noble. Mis padres tienen unas ideas muy extrañas de las relaciones... A pesar de que no estamos de acuerdo en muchas cosas, no los quiero lastimar, los quiero mucho.”*

“Bueno, no tenemos que casarnos, al menos no por ahora, pero llévame con ellos y haz lo que te digo. Hazlo por las

ideas dinosauricas de tu papá... tu sabes, para llevar la fiesta... y también por el bebé...”.

Ella lo abrazó y gimoteó. Cubrió los ojos con sus rizos de sol he intentó ocultar la amenaza de unas lágrimas que no tardaron en salir. Quiso explicar algo pero calló. Al final los pensamientos terminaron y Pablo quedó flotando en nubes de algodón y atravesando paredes de aire al influjo de Morfeo.

Al día siguiente Pablo y Diana salieron a dar un paseo por el pueblo. En el reino celestial se desataron las furias. El cielo tembló por la ira de Thor y unas nubes temblaron de espanto, lastimadas y heladas por el miedo, se aplastaron entre ellas y cayeron suicidadas en la tierra. Hecha una sopa, Diana empujó la silla de ruedas mientras que un perro empapado por la lluvia, corría por la avenida hacia una enramada, llevaba una bolsa de basura en el hocico. Los dos lo vieron y rieron como adolescentes por la Benito Juárez. Él, a sus recién cumplidos 20 años, se sintió un águila en la cúspide de una montaña. Ella, a sus 18, empezó a divertirse más, a hacer planes. La bruma y las imágenes borrosas de las casas y las personas empezaron a crecer. Empapados, buscaron refugio en una torre.

Se quitaron la ropa para secarse y al sentir frío se abrazaron. Los ojos de ambos se juntaron y como leyéndose el alma, se besaron como príncipes.

Boda y Mortaja

— ¿Y en que trabaja? Preguntó Ofelia, la madre de Diana.

— Pues mire señora, en compañía de mi hermano compramos un rancho ganadero y una hacienda de rosas.

— El Ganado si me late, pero, ¿son las rosas un buen negocio?

— ¡Claro señora! —dijo Pablo—. Las rosas se cultivarán y venderán a las florerías de México y otros países como Los Estados Unidos.

— Sí, tiene usted razón, pero llámeme Ofelia, eso de señora me hace sentir muy vieja.

— Sí Ofelia, a propósito, ¿Cuándo llega el señor Paladino?

— Creo que ya debe estar saliendo del trabajo, o ya debe de estar en camino.

— Que bueno —sonrió él— porque Diana y yo hicimos los tramites para el civil y nos citamos esta tarde en la oficina del registro.

— Me siento nerviosa, pero también emocionada —Dijo Ofelia.

Llegó Diana de la recámara y modelando, se paró frente a ellos; dio la vuelta entera para mostrar su vestido de novia

— ¿Cómo me veo?

— ¿Ignoras que es mala suerte enseñar el vestido a tu novio

antes de la boda?

— ¡Ay Pablo! ¿Es verdad? Dijo Diana con la cara asustada.

— No te aflijas, te ves magnífica. —Dijo Pablo sonriendo.

— Este era de mi mamá; ella me lo regaló; dicen que es buena suerte usar el vestido de la progenitora, así es que una mala con una buena, todo queda contrarrestado, ¿verdad?

— Sí, Diana, se te ve estupendo. —Expresó Pablo.

— Me siento entusiasmada pero un poco nerviosa —dijo Diana; primero se sentó y al momento se levantó—. Ahora regreso.

Después de unos minutos regresó con una charola con chicharrones, una jarra de bacanora y vasos. Sirvió a los presentes, levantó el vaso y dijo:

— ¡Salud!, ¡por el bienestar de todos!

Pablo salió al patio y caminó hacia un eucalipto; le arrancó una rama, la aventó al cielo con la mano izquierda, tronó los dedos con la derecha, y vio que esta cayó al suelo sin ninguna novedad; sonrió y pensó en Enzo.

Don Francisco Paladino supo de las visitas en casa. Una infinidad de cosas desfiló por su mente, incluyendo la cuota de carros que le habían fijado. Tenía que reparar tres autos en una semana; eso equivalía a más retraso. Pidió un anticipo a su jefe para sufragar algunos gastos de la boda.

— Lo siento, pero si no hay sonaja no hay marmaja, mi estimado panchirulo—Un hombre con la gorra puesta hacia atrás y el overol manchado de grasa entreabrió un poco la puerta de la oficina, asomó la cabeza gritando— ¡Ya staaaa el Cheeeevyyyyy neeeeegrrooo maessstrooo! Se asomó también el ruido de motores y bocinas para treparse en las orejas de los que estaban ahí: “¡RON, RON, ROOOOOOON!, ¡BIP, BIP, BIIIIIIPPP, BIIIIIIIIIP! —Neta marioneta, y no me vayas

a salir con que al chucho le faltan sus croquetas... ¡Aaaandalee, primero te avientas el canario del español y pos, ya veremos de que manera asusta el coco... !

— Es que ese trabajo va pa' largo y el dinero lo necesito hoy...

— Es que sólo contamos con sesenta varillas en la casucha enana... Uste dice... ¿Los toma?

— Pos, no me alcanzan...

— Lo siento Panchis, tendrás que rascártela con un pedernal...

— ¡Esperar! No, no puedo esperar maestro, el tiempo lo tengo encima...

— No se me acalore mi Panchirulo, uste tiene muchos amigos y años por delante, aunque me cae que debe empezar con unas cuantas cachoritas con sus respectivas lagartijas pa' reducir esa barriga, o verda de Dios que lo va visitar la catrina un día de estos...

— Si no fuera porque mi familia me necesita, me...

— Qué Don Pancho, ¿qué haría?

— No, nada, no haría nada.

A las 6:00 de la tarde Francisco Paladino salió apurado para tomar el camión hacia su casa. Al cruzar la calle iba distraído y no reparó en la camioneta que pasó a gran velocidad. Un toquido de claxon, un rechinado de llantas, ¡CUAZ! El golpe fue tan fuerte como el dolor de una hernia en el occipucio. Al ser embestido en las piernas, la parte superior del cuerpo fue a chocar contra la cubierta del motor. La cabeza pegó primero en la capota, después pegó en el parabrisas haciendo un boquete. Como la cabeza quedó dentro del coche, el panadero de enfrente se metió al carro para sostenérsela mientras que un bigotón lo ayudaba jalándole el cuerpo hacia fuera. Don Francisco no pudo sostenerse y se desplomó en la calle. Un borbotón

de sangre le salió de una sien. Para impedir que la hemorragia continuara, alguien presionó ahí con un pañuelo... El señor Paladino fue rodeado por un círculo de curiosos. Después de unos minutos se escuchó la sirena de la Cruz Roja. Un paramédico le tomó el pulso, después le puso el estetoscopio en el pecho y meneó la Cabeza

— Es demasiado tarde ¿Alguien lo conoce?

— Sí, es Don Pancho el mecánico —contestó alguno de la muchedumbre.

— ¿Podría notificar en el taller para que avisen a los familiares?

— Preguntó el paramédico.

Después cubrieron el cuerpo con una frazada, lo encamillaron y lo subieron a la ambulancia.

Custodiado por cuatro candelabros, una docena de arreglos florales distribuidos en semicírculo, pareció arco iris alrededor del ataúd. De un gran crucifijo negro pegado a la pared se colgó un Cristo reclinando su cabeza, como dormitando.

— Dios te salve María, llena eres de gracia...

Un niño que tenía la cara embarrada de chocolate empezó a patear la banca de enfrente.

— Me duele la pAAAnzAAAAA...

— Me duele la pAAAnzAAAAA...

— ...Y bendito es el fruto de tu vientre Jesús.

El grupo de oración terminó el novenario. Algunos dolientes salieron a fumar y a beber. Otros más se sentaron para permanecer en silencio. Fuera de la funeraria, en una tortería, la melodía reloj de Cantoral tocó varias veces.

Sentada en la banca de enfrente, Diana secaba las

lágrimas con un pañuelo, mientras recargada en el ataúd, la señora Paladino limpiábase los mocos. Ella contemplaba el rostro del difunto cuando Pablo se acercó a Diana.

— ¿Diste el aviso? Preguntó ella.

— Sí, dijeron en el registro que no había inconveniente en venir hasta acá; ya salieron hace cinco minutos.

— Siento un nudo en el pecho. —Dijo ella.

— Te entiendo; lo que no concibo es por qué decidiste que la boda se realice aquí, en la mortuoria.

— Mi padre estuvo muy ilusionado en verme casada —Quiso seguir hablando pero un hombre se les acercó.

— Los acompaño en su dolor; soy Jorge Márquez, el juez que los va a casar.

Ya estaba preparado todo. Una mesa con un mantel blanco enfrente del ataúd, lista para poner documentos, plumas, libros y firmas. Después de terminar el rito del matrimonio, siguió el del velatorio.

El retorno a la mansión de los Blanco fue de manteles largos: Esta estaba ubicada en el centro de una huerta de naranjas, de la dimensión de un campo de fútbol. La parte del frente tenía una cruz del tamaño de una ballena, a veinte pasos al frente de la cruz estaban los corredores embardados. Estos tenían barrotes a lo largo y ancho de los adobes donde los viñedos se enroscaban para mostrar gruesos racimos de uvas. El edificio era blanco y recordaba a quienes lo miraban, a una vieja misión. Al oeste de la cruz, un mariachi afinaba sus instrumentos, mientras que un ejército de empleados domésticos acomodaban los cubiertos, otros servían el bufete. La carne asada para los Blanco era un mero formulismo. En las mesas cubiertas con mantel blanco de algodón, había un

lugar especial donde estaba el salmón rosa, el pecharí al horno, venado al carbón de mesquite, codorniz asada, borrego cimarrón...

Una semana anterior Pablo avisó de su llegada y giró un cable para preparar el encuentro de su hermano. El mismo Enzo se adelantó y salió a recibirlo.

— Hola hermano. —Dijo Enzo con cara de fiesta, los dos se abrazaron por largo rato; después él volteó hacia la acompañante de Pablo y dijo: — Ella debe ser Diana, ¡es muy bonita!

— Gracias —contestó ella—, ya me habían platicado mucho de ti.

Enzo le estrechó la mano y después la abrazó. Un hombre y una mujer se aproximaron a ellos

— ¡EEEEEnzo! —Gritó el hombre.

— ¡Hola Renato! ¡Beatriz! ¿Qué novedades me tienen?

— Pues que los hermanos Blanco están reuniéndose una vez más —contestó Beatriz mostrando una sonrisa —, usted debe ser Diana, encantada de conocerla...

Renato hizo una seña a un grupo de personas y ordenó al chofer:

— ¡Lleve estas maletas a la recámara principal! —volteó hacia Pablo— Quedó lista desde el día en que me llamaste.

— A propósito, padrino, conmigo se hubiera evitado la molestia de alistarme la recamara grande—me marchó con Enzo en un par de días.

— Pero ¿cómo? ¿Se piensan marchar tan pronto? Créeme Pablo, te necesitamos aquí con nosotros.

— Es que Enzo y yo tenemos planes en una hacienda de rosas.

— ¿Oyeron? Gritó Pablo, afianzo las muletas en los sobacos,

alzó los brazos y bailó con estos al ritmo de la música que se estaba tocando.

Sorprendida, Diana observó la escena y le causó una risita. Esa noche las venas de la noche se retrataron y el cielo gritó de horror cuando vio sus broquelillos de lumbre sembrados por tierra. Aretes de fuego, corredores traviesos por el monte en busca de saguaros libres para guarecerse, para evitar mamar el agua agria del regaño. El viento aulló haciendo que las ramas de los árboles rasparan el cristal de las ventanas. Trastazos se escucharon al abrir y cerrar de puertas y cristales. La luz se fue por varias horas. Renato quiso hablar con Pablo sobre algo que lo inquietó pero calló.

Pareció que la tormenta se metió en la casa, pues las velas se extinguieron con un aire extraño y después la luz llegó para desaparecer de nuevo. Se escucharon ruidos de ollas y sartenes golpeando contra las paredes; luego apareció un hombre alto y corpulento arrastrando por el cuerpo estrellas, conchas y plantas marinas... Emitió un gemido de sufrimiento. Casi todos lo vieron, los que no lo vieron sintieron su presencia. Esto era lo que Renato quería informar a Pablo. Al parecer, este era el fantasma de Facundo que se aparecía a todas horas, unas veces en el baño buscando pastillas para el dolor de cabeza. Otras en la recámara encontrando vendas para enrollárselas en la testa, pues su herida no cesaba de sangrar.

Al día siguiente se comentó lo sucedido, pero el optimismo de una gran noticia triunfó sobre lo acontecido esa noche.

— ¿A qué hora llega tu prometida? —Preguntó Pablo.

— No debe tardar. Me dijo que llegaría con sus padres a las siete por la tarde, y ya son —Contestó Enzo.

— Y ¿cómo es ella?

— Ya lo sabrás, no comas ansias.

— Dime, Enzo, ¿la conozco?

— Sí, la conoces. ¿Recuerdas el encuentro de las barbies, en los tiempos de Unisombra?

— No me digas que es...

Pablo se detuvo unos instantes tratando de recordar

— ¡Ah! No me digas que es Patricia... El ama de llaves se acercó informando el arribo de la novia de Enzo. Renato y Beatriz los recibieron. Diana buscó a Patricia y entablaron conversación.

La música del mariachi amenizó con el Sonora Querida.

En un momento todos se sentaron en la mesa.

— Debí haber imaginado que eras tú Patricia, ya Enzo me tenía en ascuas por saber quién eras —Dijo Pablo.

— Nos vimos tal vez un par de veces, y no nos volvimos a ver después de la graduación, ¿recuerdas?

— Sí —dijo él—, lo recuerdo.

Enzo se levantó, cogió una cuchara y dio golpecitos en una copa de cristal.

— Damas y caballeros, quiero anunciarles que pasado mañana Patricia y yo nos casamos.

Al oír la noticia, Pablo sintió una gran alegría y se unió a los aplausos del grupo. La fiesta se prolongó hasta la medianoche.

Renato sintió una ansiedad del tamaño de la fiesta, llevóse un bocado de peyote y retiróse a su recámara para descansar. Entró una brisa muy fuerte. El ruido del abrir y cerrar de su ventana lo hizo levantarse para cerrarlas y ponerles seguro. Luego vio una sombra que se movió. Sintió una ráfaga de aire

en la cara, el silbido del viento llegó después. Al momento oyó un grito:

— ¡Renato! ¡Renato! —Era el espectro de Facundo que atravesaba la pared de su dormitorio.

El ruido de la tormenta absorbió los lamentos. Los remordimientos de Renato no le dejaron en paz y miró al fantasma con aflicción.

— ¡Nooooooooo!, qué quieres, aléjate engendro infernal, ¡veeeeeeteeeeeee!

— ¡Renato... ¡ ¡Reeeenaataaato..., dame agua!

— No, no puede ser —se dijo él, y volvió a gritar— ¡Nooooooooooooo...!, ¿Qué quieres? ¿A que has venido? —dijo con el pánico reflejado en la cara. —Vete..., aléjate... ¡regresa por donde llegaste! —volvió Renato a gritar. Alicia entró en la recámara.

— ¿A quién le hablas? —gritó ella.

— ¡A él!

— ¿Dónde?

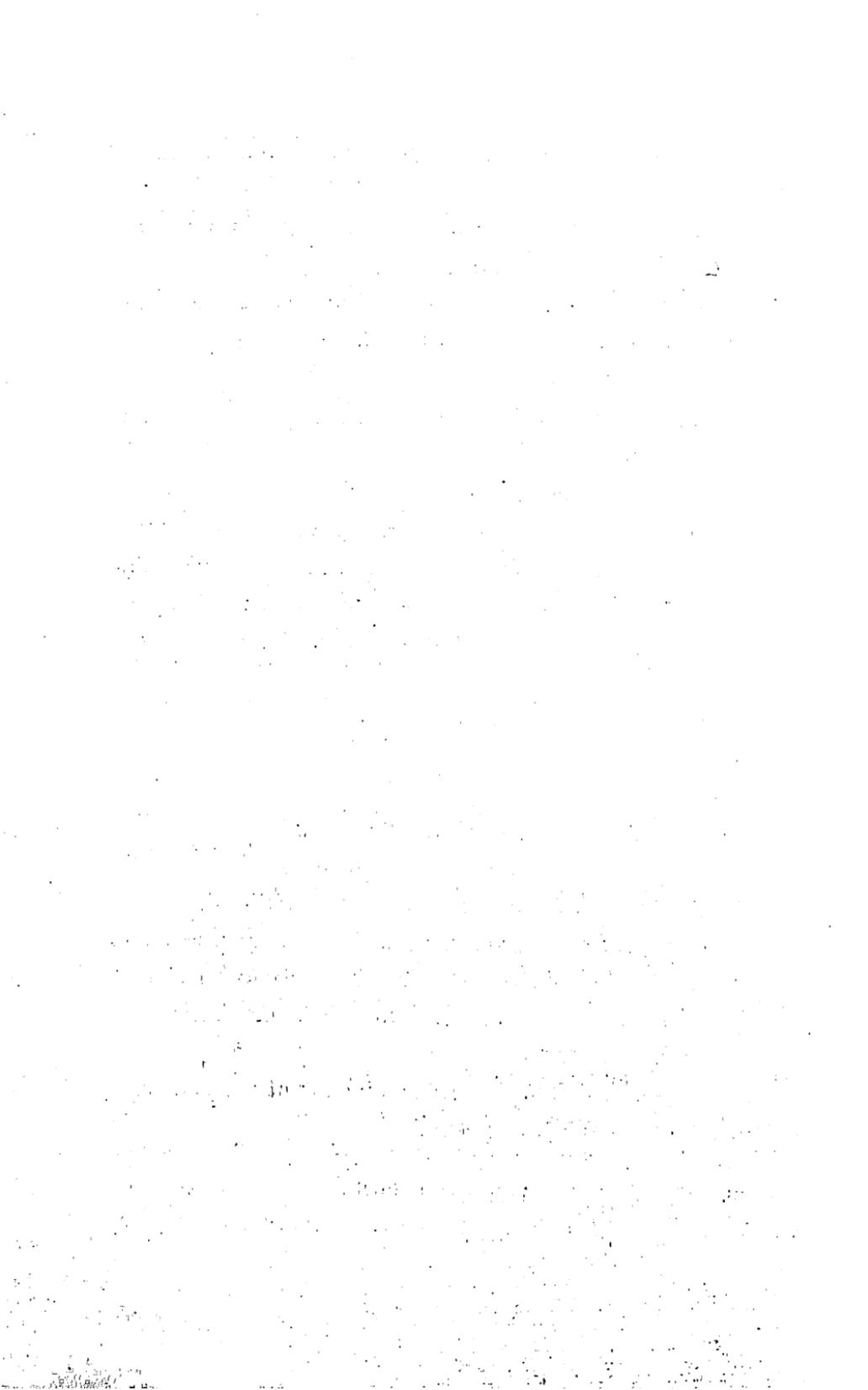
— Ahí —señaló otra vez hacia la silla vacía.

— No veo nada —dijo Beatriz —¿A quién ves?

— A Facundo... ¡Dile que se se marche...! ¡Diiiiile!

El espectro se levantó de la silla, se dirigió hacia Renato, le pasó la mano por el hombro, como queriendo preguntar algo... y al instante Renato cayó como fulminado. Beatriz avisó a los demás.

— Respira —dijo Pablo, después le tomó el pulso. ¡Está vivo, hay que llamar a una ambulancia!



10

El clamor del hermano

Cajeme, Sonora. 1963.

Caminando por las calles de la Ciudad, Pablo observó a un grupo de indígenas deambular por la avenida Obregón. Algunos de ellos, todavía niños, ya sabían ganarse el pan limpiando parabrisas y vendiendo chicles. *“No son vagos —se dijo—. Tal vez esta es la gente que busco, tal vez...”*

Un joven del grupo le recordó su niñez por la edad del rapaz. A los diez años, siendo un estudiante, el apoyo mayor lo encontró en el hombre que pensó fue su padre. Había una niña que le encantó pero tenía pavor declararse. *“Mi’jo, no te preocupes, este juego del afecto es como el póquer. En este caso la ley de probabilidades actúa en tu favor. Escribe una lista de diez chicas que te gusten, con Sandra a la cabeza. Invítalas a tomar un refresco; el salir con alguien del sexo opuesto compromete. Ve pidiendo a cada una que sea tu chava, te aseguro que antes de que llegues a la décima, ya tienes alguien que acceda”*.

Fueron esos tiempos de muchos miedos. Temió a la oscuridad. Apagar la luz durante la noche era impensable. Especuló en la existencia de fantasmas, creyó en seres demoníacos y los miró en pesadillas. Una noche soñó que en

el nicho de una barda de adobe, el demonio se acurrucó y con un dedo le llamó.

En otra ocasión, penetró la cuarta dimensión del sueño. Ahí estaba Enzo su hermano, lo tomó de la mano y lo llevó al patio de la casa porque había unas máquinas de juego, que él juró, encendían sus luces durante la noche. Debajo de una de las máquinas un mono peludo se jorobó. Agarró a Enzo de la mano y Pablo —como por instinto— de un manotazo despegó a su hermano de las garras del antropoide y lo jaló hacia la casa.

Un sábado se quedó dormido en casa cuando sus padres y Enzo salieron a comprar empanadas y dulces de biznaga. Esa tarde sintió claro que alguien estaba a un lado de su cama. Sabía que alguien estaba ahí, sin duda alguna; del pavor no quiso ni voltear. Esto nunca lo pudo explicar. Lo que sí pensó que pudo

expresar fue el mono peludo. Su padre era muy bromista, tal vez estaba divirtiéndose a sus costillas. Tal vez quiso ayudarlo a matar sus miedos. Don Facundo, importante hombre de negocios, desapareció años después en un “misterio.”

El calor era agobiante. Compró una limonada y se acercó al grupo. Sin hacerse muy visible, escuchó a los hombres color cobre con cuerpo de esqueleto; aunque no entendió lo que decían pudo deducir que hablaban en tzotzil, el lenguaje de los lacandones.

— Hola muchachos. —Ellos contestaron el saludo.

— ¿Qué andan haciendo por acá?

— Estar buscando trabajo, patrón.

— No son de aquí, ¿verdad?

— Ser de Chiapas, patrón.

- ¿Cómo están las cosas por allá?
— Requetemal, no haber trabajo, por eso ser aquí.
— ¿Cómo te llamas? Preguntó al de los ojos brillantes, pero la primer voz interrumpió.
— El no entender nada de español, patroncito. Sólo yo entender y mi amigo Artemio...
— No me digan que... ¿son ustedes lacandones?
— Si jefito, casi todos ser lacandones de meritito San Andrés.

Pablo se presentó.

Un tercero dijo:

- Señor Pablo, muchos de nosotros venir de Chiapas pa' buscar trabajo pero tener otras razones pa' estar aquí.
— ¿Quién eres tú? —Preguntó Pablo.
— Mi nombre es Artemio López, señor. Nuestras familias sufrir hambre e injusticias por culpa de mal gobierno. Muchos de nosotros ser perseguidos por protestar las injusticias. Señor Pablo, a mí me quitar mis tierras...
— ¿Cómo que te las quitaron?
— En el bosque... así llamarse el pueblo de donde venir, ahí vivir con esposa, hijos. Mi señora se me enfermar... para operación necesitar veintimil pesos, yo pedir prestado veintimil pesos con extranjero, todos decir con palabra que yo pedir prestado pero como no sé leer, papel decir que yo vender... entonces el regresa quita casa y territa... luego el traer hombre y matar dos hijos, a mi hija la vio...

El hombre no pudo continuar; quebró las palabras, le brillaron los ojos y una duda le hizo callar; intuyó que el silencio sería su mejor carta.

- Sí, por eso estoy aquí —se dijo Pablo, la idea fue reclutar gente que necesitase trabajar. Los Yaquis que acababa de

contratar, más los lacandones que contrataría ahora, sin duda alguna, serían su gente. Cuando menos cuatrocientos de ellos para trabajar como jornaleros en su plantación. Pensó en sacarlos de un mundo hostil y darles la oportunidad de recuperar la dignidad.

— ¿Están dispuestos a venirse a trabajar conmigo?

— Claro que sí —Contestaron en unísono.

— Nosotros hacer trabajos temporales y el dinero que conseguir sólo camina pa' alimentos. No tener suficiente pa' manda a nuestras familias —Dijo Artemio.

— ¿Te queda familia?

— Sólo me quedar mi esposa.

— Eres joven, aquí tendrás la oportunidad de rehacer tu vida.

El día anterior Pablo rentó una casona y decidió empezar su plan de inmediato.

— ¿Dónde se están quedando?

— No tener lugar fijo, todos dormir en calle —dijo Artemio.

Pablo metió la mano en la bolsa del pantalón y sacó una llave y un fajo de dinero envueltos en una bolsa de papel. Se lo entregó a Artemio.

— Aquí encontrarás la dirección de la casa donde podrán quedarse. El dinero es un adelanto. Vayan a reportarse a la hacienda. Ahí tendrán trabajo.

— ¿Adónde patrón?

— Aquí en Cajeme —De la cartera sacó un mapa que él mismo dibujó—. En esto encontrarás el lugar. Sé que acá no podré conseguir lo que quiero pero consígueme lo que puedas en un par de semanas.

— Le podré conseguir a treinta, tal vez más y le aseguro que todos venir. —Dijo Artemio con los ojos que parecían soles.

— Empieza a trabajar cuanto antes. Hoy mismo hago los arreglos para que alguien traslade más gente de Chiapas; con el dinero que te dejo úsalo para comida; se trabaja más feliz cuando se está con la familia. —Dijo Pablo, y agregó: — Calculo que en dos semanas vendrá el resto de la gente.

Cuando Pablo salió, el grupo tzotzil gritó de alegría. — ¿Se dan cuenta compañeros? —dijo uno de ellos—, vamos a reunirnos con nuestras familias.

En el hotel, recargado en la cabecera de su cama, con una gran almohada entre la espalda y la pared, Enzo platicaba con Pablo.

— No, Pablo, no creo que regrese de Chiapas tan pronto. Aunque sí quisiera, ya me conoces. Me siento solo, ¿Por qué no te vienes conmigo?

— Ya lo sabes, necesito estar aquí para cuidar el negocio. Aunque me encantaría estar ahí contigo.

— ¿Y cómo está Patricia?

— Bien, te manda saludos.

— Bueno, yo te aviso si hay alguna novedad. —Dijo Enzo al colgar.

Enzo planeó su campaña de reclutación. Era la una de la tarde y estaba sin desayunar. Apresuró el paso hacia la plaza principal en busca de un restaurante. Consideró comer tacos cuando vio el puesto de carnitas frente al edificio del periódico. Algunas moscas volaron alrededor del buche, la nana, los cueritos y el agua de jamaica. Un perro que pasó oliendo los chicharrones del chancho, enseñó las costillas, se acercó y levantó la pata trasera para orinarse en la llanta del puesto. El apetito de Enzo desapareció de inmediato.

— “Tilín, tilín, tilín, tilín. — A lo lejos divisó un paletero

empujando un carrito, y pregonando su mercancía.

— ¡Paleeeeetaaaaaas, haaaay paleetaaaaaas! ¡De limón, fresa y tamariiiiindooooo, haay paaleetaas!

Dos niños platicaban en la calle. El de los pantaloncitos cortos que era gangoso, dijo:

— Oma fiate pong atencion. —Alzó el brazo he hizo señas hacia donde estaba el paletero

— Oe ú meeen, pa a, meeen, meeen pa a. —El paletero viró 90 grados para dirigirse a los niños y al acercarse a ellos, el gangoso hizo como que seguía haciendo señas a otros chiquillos en la lejanía

— Meeen, meeen pa a, aale, auate! —El paletero que sudó la gota gorda al haber atravesado el terregal en plena humedad, rascó la cabeza.

— Condenado escuincle, ¿Me habrá vacilado? —Después aventó un violín al aire.

El edificio del periódico necesitaba una pintada. El emplaste vacío descubrió el ladrillo de las paredes. En el interior del edificio los muros se vieron igual de rajados por los temblores. El algodón asomó por las grietas del plástico de las sillas. La oficina administrativa con un sólo ventilador, echaba aire avenido del mismo infierno. Pero como la humedad se metió en la camisa de Enzo, el aire lo sintió agradable. Pidió hablar con el encargado de clasificados. La secretaria lo pasó a la oficina.

— Me gusta mucho su anuncio señor Blanco. Ojalá tenga suerte y se lleve mucha gente pues en verdad que todos necesitamos trabajo.

— También acabo de poner un spot en la radio, señor Rodríguez.

— Mmm, que bien —dijo el publicista, como dudando de las buenas intenciones de la demagogia chiapaneca—, ¡le deseo suerte!.

Enzo no alcanzó a leer el recelo del encargado.

— Pienso quedarme un par de semanas, ¿podría recomendarme un alojamiento por aquí cerca?

— Al lado de la armería hay una casa de departamentos. Doña Teresita tiene espacios de renta.

Cuando Enzo salió, caminó de inmediato por el zócalo hacia los departamentos. El zócalo estaba lastimado por el tiempo y el descuido. El piso quebrado por el uso, era nido de arañas y cucarachas. De la pared de enfrente, llena de graffiti, sobresalió la frase: "MUERTE A LOS COMUNISTAS". El olor a orines viejos se respiró en el aire. Estiércol, restos de plátanos podridos y periódicos amarillos por el sol, descansaban en el suelo como difuntos. Al fondo de la explanada un cuarto destechado y vacío miró hacia el cielo como implorando un favor.

Atiborrado de botellas, cartones y más basura, el cuarto habitado por una veintena de descamisados, guardaban unos con celo proboscidio, latas de refrescos vacíos, peines desdentados, camisetas agujeradas, ollas descalabradas, platos de comida rancia. Nunca decían esta boca es mía para convidarse unos a otros. Eran la página de Caronte en el infierno; eran el cuadro perfecto de los ojos ciegos ante el infortunio. Nadaban en su propio mar de excrementos y escupitajos, ignorándose unos a los otros como si fueran piedras y no compañeros de la misma tribulación; eran los hijos del desamparo. Eran los hijos de nadie.

En la mañana de ese día, los infelices del zócalo todavía dormían. El ciego, apodado “el poca luz”, soñó que vivió en un palacio. Agasajado en un banquete por su amigo el rey, devoró un pollo embarrado en mole. Ya no era ningún ciego, sino al contrario, sus ojos grandes y brillantes lucieron pispiretos, coquetos y vivarachos. Tampoco lució flaco ni débil y con la fuerza de un toro, se dio el lujo de cargar en brazos a una bella cortesana que pareció gozar gritando.

“El llantas”, era otro no menos agraciado. Sin piernas, se movió arrastrando el cuerpo en un tablón fabricado con ruedas de una cama destartada. El sueño lo mandó a un campo de fútbol, donde se miró correr con otros jugadores pateando la pelota y metiendo goles.

Otro soñador, mujer de estatura mediana, edad veraniega, pero con cara de anciana: demacrada por la desilusión y el desamor, yacía dormida en una esquina. En sueños se miró en un pueblo desconocido buscando a su hijo muerto. Soñó que lo encontró debajo de un cerro de latas de comida en una casa que le recordó su juventud. Era Juana la Loca, que al grito de “¡Conradiiiiitoooo!” despertó al grupo entero. Era su costumbre de todas las mañanas, despertar gritando. Alguien comentó que Morfeo era su único dios.

Enzo tocó la puerta y una ancianita abrió.

— Mmm, que bien huele aquí —Dijo él, cerrando los ojos e inhalando hondo.

— Gracias —Dijo ella muy orgullosa de su arte culinario.

— Perdone señora, mi nombre es Enzo Blanco y ando buscando alojamiento.

— ¿Cuánto tiempo se piensa quedar?

— Dos semanas, tal vez más.

— Pase —dijo ella —señaló hacia el sofá —siéntese por favor —mi nombre es Teresa Bracamontes, puede llamarme Teresita como me llaman mis amigos.

— Gracias Teresita. Ahora me estoy quedando en el hotel; es un lugar muy solitario.

— Me imagino como se ha de sentir. ¿Usted no es de por aquí?

— Soy de Sonora.

— ¿Y qué hace por acá tan lejos?

Cuando Enzo terminó de explicar sus planes de trabajo, Teresita quedó encantada. Le mostró el estudio desocupado y él expresó agrado por el mobiliario y el precio. Enseguida regresaron a la casa para finiquitar el papeleo.

— ¿Tiene maletas en el hotel?

— Sí, tengo dos.

— Por una cuota adicional aquí servimos comida y cena todos los días.

— ¡Ah, eso me parece excelente! —Dijo él con los ojos iluminados.

En ese momento un hombre de 55 años entró a la sala.

— Él es mi nieto. Mira Jesús, este es el señor Blanco, va a ocupar el estudio desocupado.

— Mucho gusto señor Blanco. —Dijo Jesucito.

Sangre en el Zócalo

Jesucito Bracamontes, hombre bondadoso, salió como todas las tardes con una olla de cocido de res para alimentar a los menesterosos. Entró al zócalo cuando Tenchita, gran devota y presidenta de la vela perpetua de la iglesia local, lo detuvo.

— Don Jesucito, buenas le dé Dios. Veo que nunca falla con la comidita pa' estas probes criaturas... ¡Oh! A propósito, ¿sabe cómo le dice la gente...?

— No, ¿qué dicen?

— Ave María, pos fíjese que le dicen el Jesús de los desamparados.

— Ay Doña Tenchita, que ocurrencias... la gente sabe que no soy ningún santo. Usted sabe que tengo mi fondita y...

— No se haga el humilde don Jesucito, lo que uste tiene es un gran restaurante donde cocina unos guisos desos que lo dejan a uno pos ai, chupándose los dedos pues.

— Pero como le decía... esto que ve aquí, son sobrantes del establecimiento. Usted podría pensar que es basura, pero para estos infelices, es la vida.

— Pos sí don Jesucito pero... ¡Ah! le quero decir que en el pueblo se comenta que todavía tiene uste el retrato de don Jacobo y pos—le quisiera alvertir que tenga cuidadito porque si esto llega a los oídos de...

— No se preocupe doña Tenchita, no creo que sea un crimen tener el cuadro que no quiere en su propia casa.

— Pos ansina será como uste dice, pero andese con cuidadito... dendenantes la gente piensa que su merce conoció al señor Arbenz y que tuvieron amista.

— Puros cuentos doña Tenchita, puros cuentos.

Esa tarde Enzo estuvo presente en el comedor de los Bracamontes. Teresita con ayuda de una joven preparó el pozole de res. La abuelita hizo las presentaciones. Y para terminar... este es el señor José Bucio, trabaja de secretario para el señor ministro —y volteando hacia la cabecera de la mesa, dijo —y el capitán Casasola.

En la conversación tocaron el tema de la política. Ahí Enzo cayó en la cuenta que el adalid era uña y mugre del jefe de policía. También la conversación se dio en torno a la comida regional. Tocarón un poco el tema del excesivo deambular de perros callejeros por el centro de la ciudad y de las posibles soluciones para remediar el problema.

El capitán Casasola, apodado el verdugo, rascó la veruga de su nariz; su gordura no le permitió caminar deprisa. Caminó a un lado de los infelices y cruzó la calle Hidalgo para llegar a la Secretaría de Seguridad Pública. Chupó el puro y dejó escapar el humo. En su mano derecha mostró la pérdida del meñique en una pelea callejera, donde el ofendido le reclamó la honra de una hija violada. Un día después el padre de la joven mancillada apareció muerto a balazos en mitad de una calle. Se detuvo para mirar a los desprotegidos y no pudo evitar decir entre dientes:

— ¡Cabrones! ¡Hijos de puta! ¡Pero algún día, algún día...!

Los pensamientos de macabras intenciones hicieron

brillar sus pupilas, dejando escapar una sonrisa maquiavélica.
— ¡Y creo que hasta el señor Gobernador me va a premiar!

Pronto la amenaza se convirtió en realidad. Unos días después, alrededor de la media noche se escucharon disparos de metralla. Los disparos vinieron del lado de la armería. Un hombre gordo, oculto por las sombras, disparó con un M16, rifle automático del gobierno. Sin piedad aniquiló a todos los desdichados que ahí dormían; a todos, menos a uno, la Juana, que en sus recorridos nocturnos quedó dormida en el parque Tuxtla, y poco después de los disparos, se levantó para regresar al zócalo.

Al empezar las descargas, Enzo que estaba despierto por el insomnio, salió de inmediato para ver que ocurría. Vio con claridad al asesino, pues la luz de la luna le iluminó cuerpo y cara.

Para el capitán algo se movió en el edificio de enfrente, quedó inmóvil, tratando de enfocar al intruso.

Los residentes encendieron las luces, los perros ladraron; un ruido de aldabas crujió al amortiguar los cerrojos. Los municipales de turno se dirigieron corriendo al lugar de los disparos, encontrando entre los masacrados a una Juana, riendo a carcajadas, revolcándose en un charco de sangre.

— Entonces a quien le embarcamos los muertitos mi Capi. — Dijo Fulgencio Apodaca, el jefe de la policía.

— Pues déjeme ver, déjeme ver —el verdugo se acomodó la pistola —... ¡Pues a la Juana que está mandadita del cielo!

Llevaron a la Juana para interrogarla.

— ¿Dónde está el arma que usaste? dijo el jefe de policía.

Sin contestar, la Juana sonrió con los ojos perdidos y la baba escurriéndole de la boca.

— Maldita, ¿Dónde está tu cómplice? ¿Dónde se esconde? ¡Sangre, sangre!, —dijo la Juana —después quedó como

pensando, a manera de hacer memoria y luego respondió con gritos que parecieron cuchillos cortando el aire.

— ¡Conraadiitoooo! ¡Conraadiitoooo!

De repente le ocurrió al verdugo que esta era la oportunidad de deshacerse del hombre que le molestara tanto.

— Tienes que decirnos donde está tu cómplice. —Dijo el verdugo. Abriendo los ojos muy enormes, la Juana llevó las manos a la cara y dijo.

— Sangre, sí... mucha sangre... ¡Conraadiitooooo...!

— ¡Calla maldita!

— ¡Sargento! —apuntó hacia una pileta y dijo— Ya sabe...

El sargento la agarró de los cabellos, la jaló hacia la pileta de agua con cloro y le sumergió la cabeza por varios segundos. La infeliz empezó a sacudirse con desesperación; al salir del cloro, jadeó, y gritó ahogándose. Se talló los ojos y siguió gritando.

— ¡Ayyyyyyyyyyyyyy!

— Dinos quién es tu cómplice. —Volvió a preguntar el verdugo.

La mujer, desesperada por el ardor en los ojos y la falta de aire, pensó en Don Jesús para que acudiese en su ayuda y dijo:

— ¡Don Jesucito! ¡don Jesucito...!

— Conque Don Jesucito; con razón ese comunista me daba mala espina; maldito asesino, ¡Sargento! ¡Venga pa' cá!

— Sí, mi Capitán.

— Necesito que me haga un encarguito, pero que sea con mucha discreción. —El capitán le dijo algo al oído para después decir en voz alta: —Y sáqueme a la vieja como sea pa' que no vea lo que va a hacer, por una ... ¡y se me apura!

El capitán esperó media hora después desde que el sargento se marchó, luego dio una orden.—Ya oyeron a la Juana, se me van de inmediato con Don Jesucito y me lo traen, ¡pero ya...!

El Señor Ministro

Era la segunda conferencia telefónica con Pablo desde que Enzo salió de Plano Oriente.

— Sí Pablo, te digo que todo resultó mal. Puse anuncios hasta en los árboles y no se presentó ni uno solo; te juro que hay un mar de gente aquí que estaría dispuesta a venirse a trabajar con nosotros; pero siento algo turbio.

— A ver, repíteme lo del asesinato.

— Bueno, pues lo que te dije, que el homicida se hospeda en la misma casa donde yo estoy alojado, es un Capitán militar. — Pablo permaneció unos segundos en silencio.

— ¿Te alcanzó a ver?

— Creo que sí, no estoy seguro. —pero por las dudas, estoy pensando en regresarme mañana mismo.

— Estoy pensando en ir allá —Dijo Pablo interesado.

— ¿Estás loco? —Dijo Enzo alarmado.

— No me conocen, no te preocupes —Pablo se despidió y colgó.

Al día siguiente Pablo arribó a Tuxtla Gutiérrez. Lo recibió Enzo en el aeropuerto. Él empujó la silla de ruedas hasta la sección de carros de alquiler. Ahí abordaron un taxi y se dirigieron al estudio. Enzo destapó una botella de brandy y ofreció una copa a Pablo. José tocó la puerta, tenía intenciones

de jugar ajedrez con Enzo, como solía hacerlo por las tardes. Los tres charlaron y bebieron el resto del día platicando de bebidas y política. Pablo pidió al recién llegado que le concertara una cita con el señor Ministro. José accedió de inmediato.

En la oficina de Relaciones Exteriores, Pablo esperó en el lobby. Pudo aguantar sin penas, ya que el aire acondicionado hizo su estancia agradable. Cuando al fin la puerta abrió, un hombre elegante, sin soltar la perilla de la puerta, miró a su secretaria y sonriendo dijo:

— Silvia ¿Me podría ordenar el Batard-Montrachet que le anoté en su escritorio? El teléfono de la importadora está en la parte superior de la nota.

Volteó hacia Pablo; hizo un gesto con la mano invitándolo a pasar. Pablo entró. El señor Ministro le estrechó la mano, cerró la puerta y lo invitó a sentarse.

Un nocturno de Borodín se escuchó en el fondo. El retrato del señor Presidente al frente. Al lado derecho, el cuadro de San Jerónimo, pintado por el artista reformador alemán, Alberto Durero. En la pintura el dedo del santo señala a una calavera: Recordatorio universal de que la muerte espera.

— Perdone mi tardanza, pero me agarró en un día muy ocupado.—Dijo el Ministro.

Pablo enteró al funcionario sobre su misión en Chiapas. El diplomático lo escuchó con paciencia; sonrió, y se sirvió una copa.

— ¿Le sirvo uno Pablo? ¿Le molesta si le llamo Pablo?

— ¡Oh no! De ninguna manera, gracias, creo que necesito el trago. Sosteniendo las bebidas, el ministro se acercó.

— Perdone que me ría, pero es que encuentro su historia muy divertida. Para principiar, el Chiapaneco que conoció en Sonora no pudo conseguirle más que las cinco personas que usted había

ya contratado. Es probable que el resto de los chiapanecos que estaban en Sonora, hayan cruzado la frontera con Los Estados Unidos. Después vino aquí a reclutar por la prensa y radio sin ningún resultado. Y para finalizar, logró usted conseguir la gente que quería ¿Y para qué? ¿Para que Don Timoteo Rojo le negara los camiones? ¿Y para que el Capitán Casasola le boicoteara los traslados? Además, ¿Por qué Chiapanecos? ¿Por qué no Sonorenses? Sí, su historia me parece divertida...

— ¿Divertida...? Dijo Pablo sin disimular su desencanto.

— Si, una persona ordinaria ya se hubiera rendido. Después de todos esos rechazos que recibió no es para menos.

Pablo dio un sorbo a su copa.

— Esto es exquisito.

— Es *Chateau Pétrus*. Tengo contactos con un importador en Nueva York. Este me lo traen en cajas de la región del *Bordeaux*.

El ministro sacó una caja de una gaveta, encajó las uñas sobre los bordes de la tapadera, la abrió y tomó dos habanos. Acercó uno a la nariz, he inhalando, cerró los ojos como dejándose llevar por el éxtasis. Cortó los bordes. Encendió uno y ofreció el otro a su visitante.

— Mire Pablo, usted me cae bien. Me recordó a alguien que conocí hace muchos años.

— ¿Algún amigo?

— No ...a mí mismo. —Dijo el funcionario echando una bocanada de humo.

El ministro se llevó la mano a la boca y con el índice cubrió los labios al estilo del pensador de Rodín. Después juntó las yemas de los dedos haciendo un abanico.

— Me dijo Silvia que es usted un empresario.

— Tengo una plantación de Rosas y un rancho ganadero en

Sonora —el plenipotenciario le acercó la llama del encendedor, Pablo se acercó y le dio el golpe—, es por eso que estoy procurando la gente que le dije.

El funcionario dio una bocanada de humo.

— Mmm, Sonora... donde termina la cultura y empieza la carne asada —después de decirlo, agregó—, José Vasconcelos.

Pablo quiso decir algo al respecto pero el ministro lo interrumpió.

— Ganadero o agricultor, que más da, eso lo hace a usted empresario... Mesías y salvador de su país.

Algo desconcertado, Pablo preguntó:

— ¿Mesías...?

El funcionario aclaró:

— Perdone Pablo, es que estaba repitiendo lo que dijo uno de mis maestros de economía.

— ¿Por qué lo dijo señor ministro?

— Mi profesor quiso decir que estamos concentrados en el trabajador, pero sin patrono no hay trabajador. También el consumidor está limitado en lo que puede gastar por el salario que percibe. No son ellos los grandes causantes de las altas y bajas de los ciclos empresariales. La fuerza dinámica se encuentra entre las inversiones empresariales y gubernamentales.

Después de un silencio, Pablo aprovechó para pedir ayuda en la reclutación de jornaleros.

Mientras tanto, en el estudio estaba una valija abierta sobre la cama. Enzo tenía agarrado una media docena de ganchos con ropa listos para meterlos a la maleta cuando oyó toquidos en la puerta. Abrió y unos hombres entraron, lo esposaron, y se lo llevaron. Sin ninguna averiguación lo remitieron de inmediato a una mazmorra del gobierno estatal.

El encierro

El Capitán Casasola afianzó el gallo de pelea, le pasó una mano por el cuello y apretó dándole vueltas como si fuera matraca. Al soltarlo, el gallo bailó un par de minutos y después quedó quieto.

— Sargento, llévelo a Fermín y dígame que lo que yo pido que se me venda, se me vende, sino, se muere.

Cuando los militares llevaron a Don Jesús con el verdugo, el Sargento, muy orgulloso, mostró el cuadro del ex alcalde Arbens y sacudiendo el rifle dijo — Este lo tenía muy escondidito debajo de la cama, mi capitán.

— ¿Conque al comunista le gusta el tiro al blanco eh? —Dijo Casasola.

— No, alguien lo puso ahí, Capitán. Ese rifle no es mío.

— Cállese, no quiero oír mentiras, ¡hijo de Troski!—¡Enciérrenlo!

— No capitán, no me encierre, mi abuelita está sola... Además, la Juanita no es una criminal...

— ¿Quiere ver a su cómplice? Está bien, llévenlo dentro.

Al entrar, Don Jesús vio tirado en el piso de tierra el cuerpo inerte de la Juana. Tenía varios orificios de bala en la espalda y uno en la nuca.—Después de haberlo acusado a usted, trató de escapar. Al salir corriendo, la policía aquí presente le

gritó que se detuviera y estas son las consecuencias.

— No puede ser, estas son calumnias, Capitán, ella no pudo...

— No mienta asesino. Por lo que hizo, la ley se encargará de cobrar. Ahora sí ¡Llévenselo!

A don Jesús lo encerraron en un lugar que ellos llamaron celda; en realidad era un calabozo sin ventanas, húmedo y oscuro.

— Me tienen porque le menté la madre a un capitán...

— ¿Casasola?

— Ese mero.

Tac, tac, tac, el ruido incesante de un goteo se escuchó después de las voces.

— ¿Pero quienes son los nuevos que acaban de entrar? —Dijo el último hombre que habló.

— Yo soy uno de ellos, me llamo Jesús Bracamontes.

— ¿Don Jesucito?

— Sí, hijo.

— Y yo soy Enzo Blanco, estoy seguro que nadie me conoce.

— ¿De dónde viene?

— De Sonora.

Al día siguiente el pueblo se enteró de la desaparición de Don Jesús. Pablo y Teresita se presentaron en la jefatura de policía pero cuando el primero preguntó por su hermano, nadie supo nada. En cambio si le dieron razones de Don Jesucito. De inmediato Pablo buscó al abogado que lo ayudaría a conseguir la liberación de Don Jesús.

— No, Don Jesucito, ni uno solo sobrevivió. Excepto la Juana, pero dicen que ella estaba coludida con usted —dijo el titulado, mientras que Pablo escuchaba.

— No abogado. La Juana también murió. Yo mismo la vi con

la espalda destrozada por las balas. Le dieron ley fuga. En lo de la complicidad usted sabe que son puras calumnias para desprestigiarme.

El asesor se carcajeó

— ¿Desprestigiarlo? Que va Don Jesucito, se lo quieren tronar.

— El consejero dejó de reír. Transcurrieron unos segundos de silencio y después el profesional continuó — Recuerde mis avisos, le dije que se deshiciera de ese cuadro...

— No me asuste licenciado. Quiero ver la manera de salir de aquí. ¿Es cierto que Don Jacobo se peló para las montañas?

— Sí, casi todos se fueron para el norte, la primera noche que usted cayó aquí, Don Jacobo se fue hacia el cerro; aquí era carne de buitres.

— Pero, ¿y Don Roque? Él podría conseguir que el pueblo...

— No, Don Jesucito, Roque se fue con él.

— Entonces, usted licenciado, usted...

— ¿Yo qué? Don Jesucito, otra vez, ¿no le digo? El pueblo está a disgusto pero no está enojado. No creo que me apoyen. Muchos se vendieron con el Coronel Armas. Los que sí tienen miedo, no se atreven a hacer nada; dicen que el Coronel tiene el apoyo de los gringos y que por eso es invencible. No sé Don Jesucito, creo que el pueblo no está listo.

Abriendo las manos y alzando la cara, el licenciado continuó:

— Pero dígame, ¿qué rayos vamos a hacer con su abuelita? Toda la noche estuvo llorando. Me pidió que no lo abandone.

Don Jesucito se palpó primero la bolsa de la camisa, después las del pantalón. El licenciado sustrajo un cigarro de la cajetilla y le dio el paquete a don Jesucito.

— Mire, este es Pablo Blanco.

Pablo le dio la mano

— Mucho gusto. Soy hermano de Enzo, el inquilino de su abuela. También a él lo encerraron.

— Sí, ya lo sé, aquí está dentro. —Dijo don Jesucito.

— ¡Uf! Que alivio. —Comentó Pablo, llevándose la mano a la cabeza.

— ¿Por qué lo encerraron? Preguntó Don Jesucito.

— Por... — Pablo se detuvo un instante mirando al licenciado.

— Continúe muchacho, el abogado es de entera confianza.

— Es que Enzo vio cuando el capitán se despachó a los mendigos del zócalo. Supongo que el capitán lo mandó arrestar por eso —expresó Pablo.

Enseguida dijo algo al oído del licenciado.

— Me han de soltar con una buena mordida. —Dijo Don Jesucito.

— Olvídese de eso, ya lo intentamos Don Pablo y yo en la mañana y no funcionó. Regresamos más tarde cuando el encargado estaba solo y nos aceptó la mordida pero nomás para dejarnos verlo a usted.

— ¿Entonces?

— Entonces Don Pablo y yo ya la tenemos figurada.

— ¿Sí?

— Pues usted nomás tiene dos opciones, en la primera sale usted de aquí con los pies por delante.

— ¡Licenciado por favor, no me asuste!, ¿y la otra?

— Escapando, Don Jesucito.

Don Jesucito apuntó con los ojos

— Mire a su alrededor, ahí nomás ve usted cuatro guardias, ¿Cómo escapar?

— Shist. —Pablo le hizo una seña a don Jesucito, este se acercó

y habló en voz baja—. He aquí un plan, acérquese más.

De regreso en el hotel, Pablo quedó pensando en la entrevista con el ministro. Sintió optimismo, imaginó la contratación firmada. Pero la detención de su hermano le inquietó. Salió con rumbo a la casa de Teresita para hacer una llamada.

— El señor Ministro ya se fue a su casa, ¿quisiera dejar un mensaje?

— ¿Me podría dar el teléfono de su residencia?

— Lo siento, es información confidencial.

— Señorita, por favor dígame que Pablo Blanco llamó, que me contacte en cuanto pueda; es urgente. —Dio el teléfono de Teresita Bracamontes y colgó. Pablo sabía que el ministro recibiría su mensaje hasta el día siguiente. Apagó el cigarrillo en el cenicero, tomó las llaves de la cómoda y salió.

Cuando abrió la puerta del bar sintió la penumbra del interior contrastar con la luminosidad del exterior. Un inmenso espejo al fondo proyectó la luz de fuera. Adentro Pablo caminó con cuidado para no tropezar con las sillas. Cuando al fin se acostumbró a la oscuridad, eligió la mesa del fondo. Una joven con la falda muy arriba de la rodilla se acercó para ofrecerle un trago. Ella sonrió y disimulando se abrió mas el escote.

— ¿Qué le sirvo?

— Una botella de coñac por favor. —Dijo, sin mirar a la joven. No podía dejar de pensar en la suerte de su hermano. La mujer regresó. Dejó la botella y una copa sobre la mesa y se marchó. Pablo sirvió una copa y la miró como queriéndola hipnotizar; la cogió y se la empinó. Luego volvió a servir y su mirada se posó en la pared. Vio figuras de hombres y mujeres con máscaras y hablaron del amor carnal. Pablo se vio a sí mismo

en el grupo. Sonrió como sonríen los zorros solitarios, su instinto negro deseó destruir el bar completo para desahogar la frustración que sintió al no poder controlar la maldad del hombre. Y pensó que la iniquidad engendra más dolor. El primer yo de Pablo poseía el instinto ennegrecido. El segundo yo le pidió a los danzantes se quitaran el antifaz pero estos se negaron. Se abrazaron y juntaron sus labios en orgía frenética. El grupo volteó hacia él, y con las manos lo llamaron. Pablo parpadeó como queriendo sacudirse la imagen.

— ¿Me invitas un trago querubín?

Pablo levantó la vista, cogió la botella y empezó a servir.

No, yo tomo algo diferente —dijo ella—. Se dirigió a la barra; el encargado le dio una ficha y un trago. Cuando regresó, colocó sobre la mesa un plato de cacahuates.

¿Porque tan pensativo?

Él la miró a los ojos.

— Los sábados me da por pensar.

— No te había visto por este lugar —dijo ella—, ¿eres de por aquí?

— Soy del norte.

Estirando la mano y sin dejar de sonreír, la chica dijo:

— Mis amigas me dicen Marena. Mi nombre verdadero es Guadalupe, como la virgen.

Pablo inclinó la cabeza para que su visita no lo viera.

— Nunca falla —dijo ella—. Siempre que hago referencia de mi nombre con la virgencita, todos se sonríen. Me gusta que la gente esté alegre.

— Perdona. No fue mi intención ¿Te puedo llamar Lupita?

— Sí. Aquí tengo que tener un nombre exótico dizque porque

va con el negocio, pero dime ¿En qué tanto pensabas?

— En cosas de rutina.

Lupita se dio cuenta que todavía no había suficiente confianza para que él se abriese; quiso decir algo de su vida, cuando un hombre alto y corpulento se acercó a la mesa.

— ¡Guadalupe! —dijo, se quitó el sombrero, pasó los dedos sobre el pelo para acomodarlo— Necesito hablar contigo.

— No puedo, estoy trabajando.

— Se trata de don Jesucito Bracamontes, es un caso de vida o muerte...

Pablo se levantó.

— Entiendo, me voy para la otra mesa.

— ¡Quédese! —Dijo ella.

El recién llegado apoyó la mano derecha en la mesa.

— Necesito tu ayuda.

— ¿Mi ayuda? —Dijo ella.

— Sí, piensan desaparecer a don Jesucito; tú lo estimas, ¿no es verdad?

— Como no lo voy a estimar; me salvó la vida cuando Don Jacobo tenía poder.

— Sí, sé que le debes algo, pero no sé precisar qué...

— ¿No recuerda la muerte del monseñor Nevárez? —Dijo ella.

— ¡Ah sí! ya recuerdo, tú encontraste el cadáver en la sala de los Gutiérrez.

— Fue cuando fui a dejarle el mensaje a Doña Fidencia. —
Dijo ella.

— Llegaste y al encontrar la pistola a un lado del cadáver, la pepenaste en el momento en que Damián Gutiérrez entró cayéndose de borracho y te incriminó.

— Me culparon por esa muerte, pero Don Jesucito pagó y fue

a ver al señor Arbens para que me defendieran hasta que me exoneraron.

— Guadalupe, ¿no piensas que ahora es el momento de pagarle el favor?

Ella pensó un momento.

— ¿Qué debo hacer Don Eladio?

14

El escape

Uno de los cuatro guardias de turno destapó las botellas. Otro quitó la envoltura del guiso.

— Salú —dijo el más chaparrito—. Por la independencia.

— Sí —dijo el pelón—, por la libertad y por el dadivoso señor Morales que nos obsequió este sabroso manjar con su respectivo néctar.

— No, compañero, ¡cómo será usted! Esto es el fruto de una noble negociación. Claro que dice el señor Morales que es en agradecimiento por las consideraciones con Don Jesús...

— Sí —dijo Remigio, apodado el sabio—, como decía mi padre, “En este mundo no hay nada gratis”.

— Tiene razón Remigio. —Dijo Ponciano.

— ¡Hey! ¡Don Jesucito! —gritó Ponciano y le alargó un vaso de vino por la pequeña abertura debajo de la pared.

— Tenga, pa' que no diga que lo tratamos mal, salú.

— ¡Tras tras...! ¡Cling! Clang!, ¡clang ...!

Detrás de la pared se escuchó otro trastazo, y más ruidos de esos que hace un recipiente de metal al rodar por el cemento. El guardia encogió los hombros y luego empinó el vaso hasta que quedó vacío.

El sabio arrancó una pierna del pollo y se la llevó a los

dientes, mientras que con la otra mano se empinó una de las botellas para pasar la comida. Luego acomodó las garrafas y el guiso en el centro de la mesa.

— Córte las bien soldado —dijo Ponciano y como un halcón observó a Remigio desde la mesa.

— Ya están bien barajadas y cortadas —dijo Ponciano —, ¿quiere cortar más?

— Sí, no vaya ser que haga trampa... —dijo Remigio y después calló al ver que la cara del compañero se le transformaba en tigre del puro coraje.

— ¡No me ofenda Remigio!, ¡no me ofenda...!

— ¡No!, ¡no!, yo nomás decía Ponciano, un inocente mero decir, es que cuando digo una cosa, pues como que después digo nismiedades, ¡thst! Usted me entiende, ¿no?

— No empiecen —dijo el pelón—, recuerden que hoy sábado, después del relevo quedamos de ir al Cuerno de Oro a visitar las muchachas; de verda que no me gustaría ir con los ojos prietos y la boca desdentada.

— Pos este, que empieza con insinuaciones.

— Perdone Ponciano, es que la vieja ya me trae de su puerquesito. —Dijo Remigio.

— Si le digo, las viejas nomás sirven pa' la cocina y pa' ... no les haga caso Remigio, nunca se les tiene contentas —dijo el pelón.

— El problema es que me sermonea mucho; se la pasó casi toda la noche escaldándome las pulgas del alma... Uste sabe que detesto eso.

Después de unos minutos, ambas botellas quedaron vacías. El primero que sintió el cuerpo pesado fue Ponciano.

— No sé que me pasa —dijo él, tapándose la boca que abrió como un caimán—, el relevo llega a medianoche. Creo que

antes de llegar con las cariñosas me voy a echar un coyotito, si no, quien sabe...

— Que curioso, yo me siento igual. —Dijo el pelón, cabeceando y tratando de abrir más los ojos.

Mientras tanto en la comandancia se presentó una mujer en aprietos.

— Por favor señorita, cálmese y dígame despacio, ¿qué es lo que pasó?

— Cuando llegué a la estación de camiones un fulano que ni conozco y que llevaba puesto pantalón y botas vaqueras, olía a purititos miados porque se me acercó como si fuera pariente pues, me preguntó algo que ni le entendí y alueguito me acercó el brazo pa' arrancarme el bolso y salió corriendo como un gamo enloquecido, pues... —detuvo la conversación para limpiarse los mocos —¡ayyyy! —después continuó—, se llevó todo lo que tenía, incluyendo el dinero y la dirección de mi amiga... ¡¡Aaayyy virgencita de Chalma que mal me sientooo!!

— Por favor señorita, no llore. —El oficial de barandilla sacó un pañuelo, y mientras le secaba las lágrimas, de reojo observó las bien torneadas piernas de la joven.

— Es que ahí tenía la dirección de una amiga con quien llegar y ahora que me robaron la bolsa ya no tengo la dirección ni a donde ir...—y continuó lloriqueando.

El oficial le puso el brazo en el hombro encaminándola hacia el escritorio. Sacó una botella de tequila de una gaveta debajo de la barandilla y vertió en el vaso hasta llenarlo a la mitad.

— Tenga señorita, no se preocupe, yo la voy a ayudar.

— ¿Uuusted...? Gra...gracias. —La chica le dio un beso en la mejilla y probando el vaso dijo: —¿Qué es esto?

— ¡Ah! Es algo que la hará sentir mucho mejor.

— Pero, ¿no me va a acompañar?

— Sí, como no —dijo él, volteó, y caminó hacia la gaveta de madera; ella se aseguró que no la mirara y dejó caer un polvo en el vaso.

El hombre regresó con otro vaso.

Pues veré, creo que podrá pasar la noche en la recámara —vertió tequila en el vaso y continuó —yo podré usar el sofá.

Ella colocó el vaso sobre el escritorio.

— ¿Es usted aquí el General?

— Sí, bueno... —puso también el vaso en el escritorio para acariciarle los hombros— soy el jefe de turno.

Ella fingió distracción y cogió el vaso del oficial.

— Salud, por nuestra nueva amistad. —Dijo ella y dio un gran sorbo.

Animado, el oficial cogió el vaso del escritorio.

— Por el encanto de conocerla —Y se lo bebió todo para estar a tono.

Eladio con las llaves en la mano miró su reloj y luego a su compadre.

— Don Jesucito, ¿le avisaron que también vamos a llevarnos a Enzo Blanco, el inquilino de su abuelita?

— Sí, él ya está listo.

Después que sacaron a Enzo, todos los reos que estaban ahí, salieron corriendo.

— ¡Rápido! En un momento llega el relevo.

— Qué bueno que me advirtió lo de las damajuanas —dijo Don Jesucito al salir—, porque a estas horas ya estaría dormidiiiiito dormidito. —Dijo y miró al cuarteto de soldados inmóviles en las sillas.

Al llegar al auto, Pablo esperaba en el asiento del copiloto. Don Jesucito dijo:

— No me diga que en esto vamos a cruzar la frontera.

— No, compadre, no, esto no llega más que a la estación del ferrocarril. Tenemos que apurarnos porque nuestro tren sale en veinte minutos.

Un batallón militar rodeó la estación. El Verdugo, parado en la entrada del andén, aventó un escupitajo sobre unos matorrales, sintió que las nalgas se le desaparecían en el océano del pantalón y se lo levantó más; luego miró hacia el camino como esperando a alguien.

— Los quiero vivos. —Ordenó a su Teniente— ¡A don Jesucito y a todos los que vienen con él! ¡Del capitán Casasola no se burla nadie!

El teniente se cuadró.

— Sí mi capitán, así se hará.

— No quiero errores teniente.

— No, mi capitán, pronto tendrá a los fugitivos —el teniente miró la cara del comandante y se volvió a cuadrar— ¡Con su permiso mi capitán!

Después de la salida del teniente, el verdugo parecía un lince mirando hacia la calle, parpadeó un par de veces sus ojitos de sapo a medio chillar, y chupó el puro dejando salir una bocanada de humo

— ¡Sabandijas!, ¡traidores!, ¡eso es de mariquitas! ¡Los aplastaré como insectos! —Dijo entre dientes.

Al dar vuelta a la esquina, la carcacha de Eladio empezó a jalonearse. Faltaban dos cuadras para llegar a la estación del ferrocarril cuando un carro del gobierno se les puso enfrente para obstaculizar la huida.

— ¡Compadre! —dijo Eladio, volteando a ver a los demás—, ¡si saben rezar recen, creo que nos llegó la hora... !

Del auto oficial bajó un hombre y una mujer. Eladio quedó maravillado.

— ¡Guadalupe! ¿Qué hace usted aquí?

— Un guardia de turno avisó al capitán del escape —dijo ella—. La estación está llena de soldados —volteó hacia su acompañante—. El señor es Don Federico Rosas. Lo envía el señor Ministro para lo que Don Pablo disponga.

Eladio se rascó la cabeza y miró al hombre de las muletas.

— ¡Así qué usted es Pablo Blanco!

Pablo se abstuvo de contestar y ordenó:

— Suban rápido, tenemos que rodear para cruzar la línea estatal.

— Desconfío del señor Rosas. Ese auto pertenece a la embajada — dijo Eladio —¿Qué tal si esto es una trampa?

— No tienen nada que perder si se vienen con nosotros; debe ser verdad que la estación está rodeada de soldados —Dijo Pablo.

Por fin, Don Jesucito habló:

— Compadre, créame, son de fiar, ya nos hubieran empistolado.—

De inmediato Eladio y don Jesucito subieron al carro del ministro.

Eran las dos de la madrugada cuando cruzaron la línea estatal. El asistente del Ministro los llevó hasta el aeropuerto de la Ciudad de México.

Cuando Enzo y Lupita fueron a comprar los boletos y hacer una llamada telefónica, Pablo y el señor Rosas se despidieron.

— Don Pablo, el señor Ministro me pidió que le entregue esta carta.

— Pablo la abrió y la leyó —quiso disimular una lágrima pero no tuvo éxito—Dígale por favor al señor Ministro que estoy muy agradecido por lo que ha hecho por nosotros. En especial por la mano de obra que me envía.

— Así lo haré.— Dijo el asistente, estrechó la mano de Pablo y dio la media vuelta.

Epidemias y otras plagas

Cuando llegaron a Sonora, Artemio los recibió en Hermosillo para trasladarlos a Cajeme y dirigiéndose a Pablo, le dio la noticia.

— Don Pablo, su señora esposa se marchó con su hijo. Aquí está la carta que ella le dejó. Pablo la tomó y la leyó. Cuando arribó a la hacienda, se encerró en el granero.

Después que Eladio, Lupita y Don Jesucito aceptaron la invitación de Pablo para trabajar en la hacienda, el ama de llaves les instaló en sus recámaras.

A tres kilómetros de ahí, el cerro sagrado se impuso desde lejos. Pablo gustó de quedarse en el granero y contemplar la cuesta; repasó los momentos agradables que tuvo con Diana. Con carta en mano, trató de razonar la decisión de ella. *“Se fue a reunir con el padre de su hijo, tal vez fue para bien”*. Pensó. Enseguida la mirada se le perdió en la cresta de la enigmática colina. Caviló en el misterio que la gente le confería; la loma tenía su historia; decían que en la cima había rosas hermosísimas, pero nadie se atrevía a llegar a su cúspide por temor a nunca regresar.

La leyenda decía que en la cresta de la loma habitaba un fantasma de un hombre que vivió durante la colonia

española; que siendo inocente, fue acusado y condenado de hereje y hechicero; después en la hoguera maldijo a todos sus verdugos. Cuenta la leyenda que un año después de su ejecución, sus acusadores fueron muriendo uno a uno de muertes trágicas. Ahora la gente dice del fantasma que quien lo veía, moría.

Enzo intentó sacar a Pablo de su hermetismo planeando una estrategia de trabajo.

— Tenemos que organizarnos para poder desempeñar un buen trabajo; las tareas son inmensas y si queremos tener éxito, debemos dividir las labores. —Dijo Enzo.

— Me parece bien ¿qué propones?

— Que cómo tú conoces mejor que yo el negocio de las flores, te hagas cargo de la hacienda. Yo me encargaré del rancho. —Dijo Enzo y su hermano quedó de acuerdo.

La estación de varias primaveras y el llanto de Dios, empollaron el colorido sobre las flores y el verdor de los pastizales. Luego surgieron las canastas de oro al otro lado del arco iris porque muchas cosas sucedieron. Las rosas y el ganado fructificaron. Los chiapanecos recibieron un buen salario y permanecieron fieles a los Hermanos Blanco. Ninguno de los empleados cruzó la línea divisoria con Los Estados Unidos, como lo hicieron los chiapanecos que Artemio trató de reclutar en Sonora; el sueldo y los beneficios que recibieron de la hacienda y el rancho les permitió vivir con decoro al lado de sus familias.

Después llegó una enfermedad desconocida que provocó una enfermedad infecciosa que causó gran mortandad entre el ganado. Las vacas empezaron a comportarse extrañas; algunas empezaron a cabecear, a moverse como potrillos recién

nacidos, y finalmente caían para morir después.

Enzo trajo varios veterinarios especializados en ganado vacuno.

— Hay que matar a todas las vacas que estén contagiadas. — Fue la orden.

— Y las demás, doctor, ¿cree que se salven? — Dijo Enzo, con la mirada de huérfano.

— Sí, pienso que las demás se salvarán. — Contestó el veterinario.

Pero transcurrió el tiempo y las vacas siguieron muriendo.

— Doctor, ¿hay alguna manera de erradicar el mal?

— Mire Enzo, lo mejor es masacrarlas a todas y quemarlas.

— Pero doctor, ¿no hay modo de protegerlas?

— No veo como.

Enzo quedó desconcertado y decidió pedir consejo a Pablo.

— Ya oíste al veterinario. Hay que tener sangre fría Enzo. Ni modo, hay veces que la vida se torna dura.

Enzo ordenó la matanza e incineración de todas las vacas. Después desinfectó el terreno.

— Dejaremos que pase medio año y compraremos más ganado — dijo—. Tendremos que financiarnos con el negocio de las rosas.

— Claro Enzo. — Dijo Pablo—. Nos repondremos, ya verás. Mira, te tengo una buena noticia.

— ¿Qué cosa?

— Mandé pedir información sobre ganado resistente a infecciones; nuestras siguientes reses serán formidables, ya lo verás Enzo.

Un día Pablo levantóse temprano; púsose sus aparatos ortopédicos, cogió bolsa con brotes, pala, soga, manta y acomodóse las muletas para el viaje: "*Hacia la colina*". Se dijo.

Al segundo día regresó con la cara raspada y la ropa hecha hilachos; tenía el pelo erizado y las manos sucias por la tierra y la humedad.

— Está ardiendo en calentura —dijo Eladio—. Necesitamos bajarle la temperatura.

— Fue hermoso, no hay palabras... ahí está la bruma... pero madre ¿Ya vienes por mí...? —Dijo Pablo, enseñando los dientes muy contento.

— Está delirando —rápido—, hay que llamar a un médico. —Dijo Enzo y miró a Eladio.

El médico lo atendió y Pablo se recuperó en un par de días. Pasaron dos años desde el incidente de la colina.

— Estas rosas son grandes y hermosas —dijo Pablo a Enzo—. Tenemos tanta demanda en el interior como en el exterior.

— Sí Pablo, hace apenas un par de años que hicimos nuestras primeras exportaciones a los Estados Unidos, y es increíble como nos siguen pidiendo mercancía.

— Ayer que regresamos de la feria de la rosa, ¿Notaste que las nuestras fueron las mejores? —Dijo Pablo.

— Así es —contestó Enzo—, no cabe duda que tenemos suerte.

— ¿Suerte? Vamos Enzo, más bien es la gente que trabaja con ánimos, la tierra es buenísima, los canales de riego son formidables; todas estas cosas que nosotros hemos construido basado en el esfuerzo cuentan.

— Tienes razón Pablo; otros estados de la republica mexicana

nos han imitado y les va tan bien como a nosotros.

— Claro, incluso nuestras exportaciones excedieron nuestras importaciones. Y además, te tengo una noticia.

— ¿Qué noticia, Pablo?

— Hoy en la mañana nos llegó esto. —Se metió la mano en la bolsa de la camisa y sacó la convocatoria.

— La rosa más llamativa y la más hermosa será premiada con el premio Internacional. Dice aquí que hay un premio en efectivo. Los jueces seguirán los siguientes puntos:

Forma (25 puntos)

Color (20 puntos)

Substancia (15 puntos)

Tallo y hojas (20 puntos)

Balance y proporción (10 puntos)

Tamaño (10 puntos).

Todos los cultivadores de rosas en el mundo podrán contender. Pienso que vendrá Estados Unidos, Holanda, Inglaterra y Francia entre otros. También dice que el ganador será reconocido mundialmente como el señor de las rosas.

— Pero, ¿cuándo será? —Preguntó Enzo.

— Aquí dice que dentro de dos meses más. Los dos voltearon y se miraron a los ojos.

— ¿Estás pensando lo que yo? —Preguntó Pablo.

— ¡Claro! Ahora tendrás la oportunidad de probar todo lo que te enseñé y lo que aprendiste todo este tiempo...

Pablo fue a Phoenix, lugar famoso por sus bellas rosas; también a Holanda, Amsterdam y Bélgica para adquirir los mejores brotes y semillas para crianza. También consiguió el mejor fertilizante que pudo encontrar: Miracle grow 15-30-15.

Un día, Enzo estuvo buscando a Pablo por toda la hacienda hasta que lo encontró en el recinto de ensayos.

— ¿Qué haces? —Preguntó Enzo.

— Un experimento.

— Ah ¿Y que es eso que tienes en los contenedores?

— En estos de aquí, arena, en esos otros de allá, guijarros con agua.

— ¿Y qué es ese líquido que estas echando en la arena?

— Es un nutriente que al pasar por los granos de sílice, nutre la raíz del rosal. No necesita nada más que arena y el nutriente líquido. Este método lo aprendí en Arizona, se llama hidroponía.

En dos semanas Enzo quedó asombrado ante el resultado. La hacienda y el rancho crecieron tanto que a una cuadra de la hacienda, se fundó la colonia de las rosas.

Pasó el tiempo. Pero en la segunda semana antes que iniciara el concurso, llegó una tormenta de tierra y tiró el plástico protector. Primero los pétalos de las rosas se desprendieron y después los tallos se quebraron. Al quedar tan débiles, las rosas no aguantaron el sol de los días siguientes. Los hermanos Blanco se apresuraron a arreglar los desperfectos y pusieron especial atención a las rosas sanas.

Llegó el día de la competencia. Cincuenta rosicultores de todas partes del mundo se apresuraron hacia el estado de Arizona. Muchos llevaron sus muestras todavía con las raíces en tierra, otros las refrigeraron con la temperatura apropiada, pero todos tenían la intención de ganar el premio. Pablo rezó pero sus plegarias fueron contestadas de manera extraña. Alstater, el juez mayor, en compañía de tres jueces más, esperaban ver productos extraordinarios.

Dictaminaron que a pesar de ver rosas hermosas, no eran bastante buenas para otorgar el premio; la competencia fue declarada desierta.

— ¿Cómo te sientes Pablo? —Preguntó Enzo.

— ¡Mal! Pero regresaré el año próximo y ganaré, ¡lo juro!

El juez siguió hablando.

— Como premio de consolación, la Presidencia de la Asociación Internacional de Rosicultores, invita a los participantes a que petitionen sus respectivos terruños para que ahí se haga el siguiente concurso. El que exponga las mejores razones será el país sede para el próximo año.

Cuando Enzo ya se había dado por vencido, Pablo le puso la mano en el hombro.

— ¿Oíste, hermano? Escribamos la petitoria para que las siguientes competencias se hagan aquí.

Una semana después del nefasto concurso, Enzo cayó enfermo. Los doctores intentaron levantarlo de la cama; unos le auguraron una larga estancia en el lecho; otros le daban esperanzas de nuevos medicamentos suministrados por la investigación farmacéutica, y otros más auguraron cosas horrendas.

Con la ayuda de Eladio y Lupita, Pablo se puso a cargo de la hacienda y del rancho. El cargo lo desempeñó tan bien que este creció dos veces su nivel económico; pero esto no se prolongó mucho; un día cayó una lluvia huracanada que duró casi una semana. El río se desbordó y la inundación llegó rápida. El ganado se ahogó y las rosas se desperdiciaron. Para no desemplear a su gente, Pablo los puso a juntar las reses para incinerarlas; reemplazó los rosales inservibles y plantó otros mejores.

No todo fue mala noticia, pues Enzo se recuperó después de la tormenta.

— La alegría no me cabe en el corazón de verte sano de nuevo, Enzo.

— Gracias, hermano.

— Aunque tengo malas noticias.

— ¿Qué pasa Pablo? ¡No me asustes!

— Durante tu enfermedad, una tormenta arruinó el rancho y la hacienda; ¡Todo se perdió!

— ¿Todo...?

— ¡Todo!

— ¿Por qué no lo dejas? —dijo Patricia—, Pablo tiene mala suerte, tal vez les vaya mejor cada cual por su lado.

— ¿Dejarlo? ¿Cómo te atreves a pensarlo? Pablo es mi hermano; él ha visto por mi salud, él se preocupa por mí.

— Pero tú también lo has ayudado; una vez arruinó el negocio y tú lo corregiste, ¿Recuerdas?

— Sí, pero eso fue una racha de mala suerte, pudo haberle pasado a cualquiera.

— Ahora están ustedes pagando salarios a empleados nomás por no despedirlos; si no hay trabajo, ¿por qué no los dejan ir?

— Costó trabajo adquirir esta mano de obra; no podemos dejarlos morir de hambre; tienen familia.

— Ya sé que esas son palabras de Pablo, no tuyas; parece que lo quieres más que a mí.

— ¡Patricia, comprende, ayúdame a salir adelante, necesito tu apoyo! —Ella se levantó de la silla y salió indignada— ¡Pues tendrás que escoger entre él o yo!

Pablo estaba a un lado de la puerta y escuchó todo. Se

tapó la cara, y no pudo evitar una exclamación de desconsuelo. Dejó una nota escrita en el espejo de su recámara y se fue de la hacienda. Agarró camino hacia el norte. Llegó a un poblado triguero. Ahí consiguió trabajo llenando y contando costales de trigo donde otros hombres sin impedimentos físicos podían cargarlos en los camiones para llevarlos a un granero.

Con su discapacidad no pudo hacer mucho. La lentitud en su trabajo le trajo muchos problemas. Lo despidieron al final de una semana. Después conoció a un electricista y por medio de él, aprendió el negocio de la electricidad. Trabajó tres meses hasta que un alambre viejo provocó un corto circuito e incendió la casa de su patrón; lo culparon y lo liquidaron.

Pablo era un hombre educado, probó aptitud para administrar un comercio, pero un desfalco administrativo, concertado por un familiar de uno de los socios le dio dolores de cabeza y también lo echaron.

La convocatoria

- No, no lo encontré por ningún lado. —Dijo Patricia.
- Tal vez salió a ver a la gente.
- No, Artemio y Lupita dijeron que no lo han visto por la hacienda, ni por el rancho.
- Tal vez esté en el granero, Pablo solía pasar sus tardes en el granero para observar la colina y tocar la guitarra.
- Ya fui a buscarlo varias veces ahí y no lo encontré.
- ¿Y si se fue otra vez al cerro?
- No —Dijo Enzo —, él me prometió que si subía otra vez, me avisaría.
- ¿Entonces? —preguntó Patricia.
- Sólo hay una explicación. —Dijo Enzo.
- ¿Cuál?
- Presiento que escuchó nuestra conversación y se fue de la casa.
- ¡Ay, no creo!
- ¿Por qué no? Eso es lo que tú querías, ¿no es así?
- Bueno, pero eso es lo mejor para todos; y la razón que haya sido, el asunto es que ya no está.
- ¡Necesito encontrarlo, es importante!
- ¿Por qué?

En ese momento entró la empleada domestica con la carta.
— Señor Don Enzo, esta la encontré pegada al espejo de la recámara de su hermano.

— Enzo la leyó de inmediato.

— ¿Qué dice?

— La carta está acompañada de un cheque y dice que con el dinero replante y compre ganado para seguir trabajando la hacienda; me pide de favor que no desatienda a la gente; él regresará después.

— ¿No dice cuando?

— No dice. —Enzo metió el cheque en la cartera y guardó la carta en la bolsa de la camisa. Salió de la habitación a paso veloz con la intención de buscar a Pablo por toda la ciudad; después regresó a las faldas del cerro donde pensó que pudo haber pasado; sólo encontró una lagartija de tierra que al verlo, corrió asustada a esconderse debajo de una hediondilla derrumbada por el viento. Más allá de los saguaros, mesquites y ocotillos, escuchó un silbido; luego escuchó unas voces de alguien que decía algo y de otro que contestaba... *“Parece que es el viento..”*

Lo buscó como los árboles en invierno buscan el sol, como el río con sus lágrimas rodantes de esperanza buscan el mar, pero sin ningún éxito.

— Va a ser un año desde que tu hermano se fue, no creo que regrese. —Dijo Patricia.

— Ahora más que nunca, debo encontrarlo.

— ¿Lo dices por el nuevo concurso?

— Sí, ya se aproxima; no sabes que ilusionado estaba para ganar ese concurso; ignoro si él está enterado de la nueva convocatoria.

— Debe de saber —dijo Patricia—. Déjalo, si tan interesado está de seguro conocerá la noticia y vendrá.

— En eso tienes razón; él sabrá del siguiente concurso. —Dijo Enzo.

— Olvídate de él, ¿por qué no compites tú solo? Yo sé que tú ganarías la competencia.

— Tienes razón, no puedo andar preocupado por Pablo. Voy a concursar sin él y ganaré; después de todo ¿quién me asegura que Pablo se presentará?

Pablo cruzó la frontera con los Estados Unidos y reencontró el trabajo que lo desafió por tanto tiempo. En la pequeña ciudad de Yuma, del estado de Arizona, se colocó como colaborador del señor *Smith*, el roscultor de un gran plantío. Decidió continuar el aprendizaje del arte del cultivo de rosas, pues lo sintió un compromiso total.

Del señor *Smith* aprendió muchos trucos nuevos sobre el mantenimiento de capullos.

— ¡Pablo! ¡Pablo! —entró el señor Smith gritando— ¿Ya mirar la convocatoria?

— ¿Cuál?

— La que traer premio internacional de las rosas; mirar, ser en México; aquí decir Cajeme, eso ser en Sonora.

— ¿Cajeme? —dijo Pablo sorprendido— ¡Nos aceptaron la petición! —Dijo en voz baja.

— Sí, ¿saber dónde ser?

— Claro, no he mirado todavía la convocatoria, pero sabía que la fecha estaba cerca.

Pablo calló un momento y volvió a repetir en voz baja: “Cajeme...”

— Entonces, ¿tú saber de estos concursos?

— Sí, Arnold, sabía; ¿le gustaría concursar?

— No, Pablo, yo ya ser muy viejo para eso, pero al ver el amor que tú sentir por nuestras hijitas —así llamaba él a las rosas de cultivo—, yo pensar en ti.

Pablo respondió:

— Arnold, no exagere, yo también tengo mis años, y mire que son bastantes.

— Pero tu tener la energía; todavía ver brillo en tus ojos; yo darme cuenta cuando tú cuidar las rosas con tanto esmero; cuando tú poner a estudiar esos libros que encargar y que saber Dios en que idioma estar porque no entender; yo darme cuenta el trabajo que tu pasar desvelándote todas las noches, experimentando con nuevos injertos y fertilizantes que nunca oír...

— Bueno, Arnold, no exagere, tanto como desvelarme, lo dudo, duermo bien; pero le confesaré algo; hace tiempo prometí que sería el mejor cultivador de rosas del mundo; también juré ganar el premio internacional. —Inhaló al terminar de hablar y dejó escapar un suspiro. Los ojos le brillaron y permaneció callado, como pensando.

Pablo arribó a Cajeme dos días antes del concurso. Llevó consigo un rosal en uno de los sacos de ixtle, el cual marcó una P con tinta negra gruesa. El otro costal estaba vacío y marcó con la letra C. El señor Smith lo llevó en su camioneta a la hacienda de rosas, pero cuando llegó, ya era muy noche. Se despidieron en el granero. Pablo entró al almacén, guardó el saco con el rosal, cogió una pala, un manto y se llevó el saco vacío. Caminó rumbo a la colina. Cuando miró hacia las estrellas vio caer un aerolito; cerró los ojos y pidió un deseo. Siguió caminando. Empezó a escalar el cerro con mucha

dificultad; a pesar de sus años, y de los aparatos ortopédicos, Pablo se sintió en magnífica condición.

Llegó a la cima cuando todavía era de noche. La luz de la luna le permitió buscar la marca. Era mucho el cansancio y se durmió sin saber que ya estaba frente a la cruz de rocas. Señal que hizo hacía casi un año en la falda del nogal que estaba rodeado de la nopalera. Al amanecer despertó. Caminó hacia la cabecera de la cruz y buscó a su alrededor. Al no encontrar nada dejó escapar un suspiro de angustia. Siguió escudriñando sin encontrar lo que buscaba.

“¡Dios! No puede ser, tanto trabajo para nada.” Hincó las rodillas en la arena frente a una pitahaya que se movía por el viento, al tiempo que se llevó las manos a la cara para emitir un clamor. Alzó los brazos hacia el cielo y dijo la plegaria.

— Xochipilli, Señor por Quien vivimos, dueño del cerca y del lejos, con alegría te doy gracias por nuestro señor Quetzalcóatl, que con el sacrificio de su sangre y la penitencia, hizo que entrara en mi Tu Vida. Hazme fuerte como él, hazme alegre como él, hazme justo como él, hazme señor y amo de la flor y el canto como él.

Cuando terminó la petición, recordó la retribución de Xochipilli. Como no tenía nada que ofrecer a cambio, sólo pensó en ofrendar su propia vida. Después continuó buscando más allá de un pedregal. *“Ni siquiera están las silvestres que encontré cuando llegué. ¡Ah! ¡Eran preciosas!”*. El cansancio lo obligó a acostarse. Hizo memoria y durmió un poco. Una brisa fresca lo despertó. Se levantó de inmediato para seguir buscando. Al término de dos horas de exploración, vio a lo lejos una cosa extraña; se aproximó y fijó la vista en la brillantez de algo que se movía por la brisa. El corazón le empezó a

palpitar y un sudor le brotó de la frente.

“¡Ahí están! ¡Increíble!, estas rosas son las más hermosos que he visto en mi vida.” Pensó. A cinco metros de distancia lo comprendió; eran los rosales silvestres que vio el año pasado, y más allá de las nopaleras estaban los que él había plantado. *“Sí, ahora recuerdo, era al pie de la cruz justo donde planté los rosales, no en el otro lado como pensé”*

Tuvo ganas de sentarse a contemplar la belleza de esos rosales, pero concluyó que estaba corriendo contra el tiempo. Sacó la pequeña pala y empezó a cavar alrededor del rosal que pensó era el más llamativo. Evitó herir la raíz y lo extrajo procurando el bolo de tierra. Lo metió al costal.

Al empezar a descender, un viento con llovizna lo detuvo. Buscó refugio en un árbol para esperar a que la precipitación aplacara. Construyó con rocas una covacha para proteger su tesoro. El frío como agujas ponzoñosas se clavó en la espalda; tiritando se quitó la camisa y se acurrucó bajo un mezquite. Ahí pasó varias horas hasta que el aguacero cedió.

Un águila voló llevando una culebra en las garras como presagio de buena suerte. Pablo levantó la vista y después la bajo hacia el camino en descenso; cargó el rosal y continuó en bajada.

Todo el pueblo se arremolinó en la plaza cuando el concurso inició.

— Son las cinco de la tarde, por lo tanto se abre la competencia.—Dijo el juez *Bergman*. El Presidente de la Asociación Internacional de Rosicultores cortó el listón color cielo. El Comité de la hacienda de las rosas, encabezado por Enzo Blanco, puso mesas a lo largo y ancho de la explanada para dar cabida a 60 rosales representados por treinta

participantes de todo el mundo. De inmediato, el juez fue eliminando la mitad de los concursantes en la primer hora. En esa Enzo no participó. Los primeros 15 países quedaron descartados. Cuando empezó la segunda y última eliminatoria, Pablo ni Enzo estaban presentes.

Enzo entró al baño, abrió la gaveta, tomó el rastrillo y sacó la navaja. La empezó a acariciar por el borde. Se la llevó a la muñeca y calculó las venas. Una serie de experiencias desfiló delante de él. *“Me siento como al principio. Todo esto es absurdo. Nada me interesa, no tengo anhelos, ni paciencia, ni gozo por la vida. Mi mujer me es infiel, me cela y lo peor de todo, siento que he traicionado a mi hermano por mi cobardía.”*

En el momento en que decidió tomar el paso final, un grito se escuchó en la casa.

— ¡Señor Enzo! ¡Señor Enzo!

— ¡Aquí...! —gritó Enzo— ¡En el baño!

— ¡Estoy seguro que lo vi!

— ¿A quién?

— A su hermano.

— ¿Estás segura?

— Sí Enzo —dijo Lupita —le juro que lo vi bajar del monte.

— ¿Y a dónde fue?

— Venga conmigo, yo lo llevo.

Cuando llegaron al granero, un gato salió maullando por la puerta abierta. Pablo estaba dormido boca abajo en la paja, abrazando los dos costales, y las muletas tiradas en la tierra. Enzo y Lupita quedaron asombrados al descubrir los sacos y contemplar la majestad de los rosales; nunca habían visto tanta grandiosidad. Enzo intentó despertarlo, pero pronto se dio cuenta que ardía en calentura. Se alarmó tanto, que no

se fijó en Lupita cuando tomó los costales y salió corriendo.

— Es hermoso, sí, pero hermano, ¿dónde estás, dónde te encuentro? Dijo Pablo en su delirio.

Enzo tuvo el peor de los presentimientos y lo abrazó.

— Hermano, tengo frío, abrázame más fuerte —dijo Pablo para luego agregar algo que desconcertó a Enzo.

— Sonríe hermano; necesitas reír...

Enzo en su desesperación no supo que hacer o decir. Un nudo en la garganta no lo dejó hablar. Contempló a su hermano por un momento y después salió corriendo por el médico como un loco.

— Dijo el doctor que te dio pulmonía... también tu corazón está débil, ¿Cómo te sientes?

— Bien, creo que bien, ¿dónde estoy?

En la hacienda —Dijo Enzo. Cogió una taza caliente de atole, la puso en un platillo y se la ofreció

— Toma, es atole de tápiro, te hará bien.

— Gracias —dijo Pablo y le dio un sorbo.

— ¿Qué se siente ser un ganador? Preguntó Enzo.

— ¿Un ganador? —Dijo Pablo sin comprender.

— Sí, Pablo —Enzo sacó un pliego y se lo extendió.

— Ahí dice que eres el ganador del premio internacional señor de las rosas, ¿qué te parece si con el dinero del premio empezamos de nuevo?

Pablo tomó el certificado en sus manos y lo terminó de leer. Todavía se quedó unos momentos observando el papel.

— ¡Claro que sí! —Dijo Pablo, tratando de sonreír. Tenía el semblante demacrado, pero radiaba felicidad.

— ¡Vamos! ¡Anímate! Te pondrás bien, ya lo verás.

— Sí Enzo, ya veras lo que vamos a...

Pablo quiso terminar la frase pero fue en vano; quedó inmóvil, con el pliego entre los dedos, con los ojos vidriosos mirando hacia el infinito... Ya jamás volvería a hablar. Ya jamás volvería a moverse.

Al principio, cuando Enzo tuvo el reencuentro con Pablo y sus rosales en el granero, pensó que su felicidad retornaba. Ahora sintió otra vez la soledad; recibió el dolor indescriptible de la pérdida de un ser admirado, del único ser amado. Pero una luz empezó a brillar en la mente de Enzo. La imagen de su hermano y sus palabras empezaron a brotar con vehemencia. El mensaje de Pablo le hizo ver algo que no había visto antes. Pero tenía que ser a costa de su vida para poder entenderlo.

“¡Ahora comprendo! ¡Ahora me doy cuenta de lo que me hacía falta! ¡Ah! Sí, jesto es lo que había estado buscando toda mi vida...! ¡Sí, reiré más y me enfrascaré en la pasión del talento! ¡Sí, continuaré tu obra Pablo! ¡Sí, Persistiré y te juro que jamás abandonaré a tu gente que ahora es la mía. Embelleceré la vida de tus hermanos que ahora son los míos, que es el pueblo que tú me enseñaste a amar!”

**La presente edición, que consta de 1000 ejemplares,
se terminó de imprimir en el mes de marzo de 2004
en los talleres gráficos de EditoRAS, y estuvo al cuidado
de la Coordinación de Literatura del Instituto Sonorense de Cultura**

Próximamente del
Instituto Sonorense de Cultura

Diada, de Ricardo Solís
Concurso del Libro Sonorense
2003, género Poesía

Ingratos ojos míos, de Miguel
Ángel Avilés Castro
Concurso del Libro Sonorense
2003, género Crónica

Lithium, de Yassir Zárate
Concurso Nacional de Narrativa
"Gerardo Cornejo" 2001

*El sentido poético de la ciencia
ficción. Crónicas Marcianas de
Ray Bradbury*, de Lauro Paz
Concurso del Libro Sonorense
2002, género Ensayo

Hay personas que están muy cerca de la grandeza como Pablo y Lorenzo Blanco y aún siguen en la búsqueda de algo que no sólo los edifique sino que los haga crecer. Pablo Blanco personifica al ser débil por ser paralítico; Lorenzo Blanco, hermano de Pablo, representa al individuo fuerte (al menos en lo corporal, pues goza de todas sus facultades físicas y mentales). Pablo es todo lo contrario: adquirió polio al nacer y sufrió de ligeros trastornos mentales. A pesar de estas debilidades, logró levantarse con el descubrimiento de su verdadero potencial: la magia de su talento, con este juicio, él descubre otras puertas que revolotean en su conciencia; pero con la magia del deseo, con la certidumbre del logro y con la concentración en su capacidad, él abre el portón final para adquirir la conciencia plena del triunfo.



9 789685 755030